

# APEGO, MUJER Y VIOLENCIA

Autoras:  
Alexandra Pilco Guadalupe | Ana Kohan Cortada



GCPI / Unach



# APEGO, MUJER Y VIOLENCIA



GCPI Unach

## UNIVERSIDAD NACIONAL DE CHIMBORAZO

### **Rector**

Ph.D. Gonzalo Nicolay Samaniego Erazo

### **Vicerrectora Académica**

Ph.D. Lida Mercedes Barba Maggi

### **Vicerrector de Investigación, Vinculación y Posgrado**

Ph.D. Luis Alberto Tuaza Castro

### **Vicerrectora Administrativa**

Ph.D. Yolanda Elizabeth Salazar Granizo

### **Comité Editorial:**

**Presidente:** Ph.D. Luis Alberto Tuaza Castro

**Secretaria:** Mg. Sandra Zúñiga Donoso

**Miembros:** Ph.D. Anita Ríos Rivera; Ph.D. Víctor Julio García; Ph.D. Gerardo Nieves Loja; Ph.D. Carmen Varguillas Carmona; Ph.D. Cristhy Jiménez Granizo; Ph.D. Pablo Djabayan Djibeyan; Ph.D. Magda Cejas Martínez; Ph.D. Cristian Naranjo Navas.

**Título de la obra:** APEGO, MUJER Y VIOLENCIA

**Autores:** Alexandra Pilco Guadalupe; Ana Kohan Cortada; Riobamba, 2021

© UNACH, 2020

**Ediciones:** Universidad Nacional de Chimborazo (UNACH)

**Diseño Gráfico:** UNACH

Primera edición – junio 2021

Riobamba - Ecuador

Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico. El contenido, uso de fotografías, gráficos, cuadros, tablas, y referencias es de exclusiva responsabilidad de los autores.

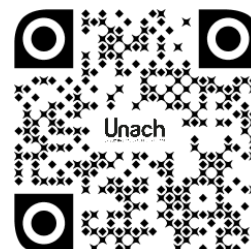
**ISBN:** 978-9942-835-44-4

**ISBN:** 978-9942-835-45-1 (DIGITAL)

Registro Biblioteca Nacional

**Depósito legal:** 060085

**DOI:** <https://doi.org/10.37135/u.editorial.05.31>



# APEGO, MUJER Y VIOLENCIA

Filiación Autoras:

Alexandra Pilco Guadalupe  
Universidad Nacional de Chimborazo  
apilco@unach.edu.ec

Ana Kohan Cortada  
Universidad de Buenos Aires Argentina  
anakohancortada@yahoo.com.ar



GCPI/Unach



## Resumen:

Es una obra que pretende dar una visión amplia de la mujer como víctima de violencia de parte de su pareja, además de tratar de identificar las motivaciones que mantiene la relación de pareja a pesar de concientizar las agresiones entre la pareja. Se realizó una amplia revisión bibliográfica de antecedentes del apego y las teorías sobre la violencia, se vinculó las dos variables a fin de realizar aportes en la rama de salud mental que permita generar estrategias de cambio a esta problemática planteada y mejorar la calidad de vida de las mujeres que experimenta agresiones de parte de su pareja. Se realizó un aporte empírico con la relación del apego y la violencia doméstica, mediante un estudio de enfoque cuantitativo y de tipo descriptivo correlacional de cohorte transversal. La muestra estuvo constituida por dos grupos: el primero  $N= 600$  (no maltratadas), con edades comprendidas entre 18 a 59 con una  $\bar{x}=29,36$  y una  $S=10,744$  y el segundo por 118 mujeres víctimas de violencia de pareja 20 a 59 años con una  $\bar{x}=35,27$  y una  $S= 10,011$ . Los instrumentos utilizados fueron el cuestionario Relationships-revised (ECR-R) Questionnaire validado por Fraley y Shaver (2000), con un  $\alpha=0,87$ , que evaluó el tipo de apego, además, se construyó una escala que evalúa niveles de violencia doméstica, con un  $\alpha= 0,968$ . Se concluyó que, en base a los resultados de esta investigación, predominaron el apego ansioso y una asociación significativa entre este tipo de apego con las creencias irracionales de las mujeres víctimas de violencia.

**Palabras clave:** apego adulto, creencias irracionales, violencia, mujeres maltratadas, víctimas.

## Índice

INTRODUCCIÓN .....	9
JUSTIFICACIÓN .....	12
 CAPÍTULO I. TEORÍAS Y MODELOS DEL APEGO .....	13
1.1 Apego y dependencia emocional.....	17
1.2 Modelos del apego .....	26
 CAPÍTULO II. VÍNCULOS DE APEGO .....	39
2.1 Seguridad en el apego .....	44
2.2 Apego adulto .....	46
2.3 Fases en la formación de la relación de pareja según el apego.....	49
2.4 Apego y conducta violenta.....	56
 CAPÍTULO III. ANTECEDENTES TEÓRICOS DE LA VIOLENCIA.....	77
3.1 Aportes teóricos.....	78
 CAPÍTULO IV. TIPOLOGÍAS DE VIOLENCIA .....	97
4.1 Formas de violencia .....	105
 CAPÍTULO V. VIOLENCIA CONTRA LA MUJER .....	109
5.1 Secuelas y riesgos de la violencia .....	110
5.2 Violencia doméstica .....	116
5.3 Tipos de femicidio.....	120
5.4 Femicidio y violencia contra la mujer en Latinoamérica y Ecuador .....	123
 CAPÍTULO VI. APORTES EMPÍRICOS DE VIOLENCIA Y APEGO .....	141
6.1 Resultados de investigación.....	142
6.2 Cuestionario de apego .....	144

6.3 Comparación con varios estudios.....	149
--	-----

CONCLUSIONES.....	153
-------------------	-----

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	155
---------------------------------	-----

## Índice de Tablas

Tabla 1. <i>Estilo de apego y relación de pareja</i> .....	59
--	----

Tabla 2. <i>Tipos de apego</i> .....	145
--------------------------------------	-----

Tabla 3. <i>Descriptivos de violencia doméstica</i> .....	146
---	-----

Tabla 4. <i>Kruskal-Wallis para muestras independientes apego ansioso y evitativo</i> .....	147
---	-----

Tabla 5. <i>Asociación entre violencia doméstica y tipos de apego</i> .....	149
---	-----

## Índice de Figuras

Figura 1. <i>Representación del modelo del apego</i> .....	35
--	----

Figura 2. <i>Muestra un esquema que tipifica a la violencia</i> .....	104
---	-----

Figura 3. <i>Nivel de instrucción grupo de 600 mujeres no clínicas</i> .....	143
--	-----

Figura 4. <i>Nivel de instrucción del grupo de 118 mujeres clínicas</i> .....	144
---	-----



## INTRODUCCIÓN

El libro que se presenta deriva del grupo de investigación “Psicología y Salud Mental” perteneciente y financiado por la Universidad Nacional de Chimborazo. Además, forma parte de la tesis doctoral titulada “Estilos de apego y creencias irracionales en mujeres víctimas de violencia doméstica” que corresponde a una de las autoras del presente manuscrito.

Por el acercamiento teórico al tema se ha podido observar un incremento de casos de violencia en la relación de pareja debido a varios factores sociales como el aprendizaje desde los contextos familiares que trascienden en el contexto cultural y que han provocado conductas disfuncionales en la interacción de los seres humanos. Es importante tener en cuenta que dentro de estas relaciones en las familias se desarrollan emociones y conductas relacionadas con los diferentes estilos de apego que funcionan como predictores de las relaciones futuras. Los resultados de la investigación pretenden generar conocimientos reales sobre esta problemática en la población ecuatoriana y, con ello, disminuir la presencia de creencias irracionales para formar familias más saludables con apego seguro, sin miedo, ansiedad ni inseguridad.

Se utilizó una metodología con un enfoque cuantitativo, de tipo descriptivo correlacional, comparativo entre dos grupos (muestra no clínica y clínica) y de cohorte transversal. También se fortalecieron los conocimientos teóricos que permitieron concientizar a la sociedad para la erradicación de la violencia, lo que sirvió como base para conocer y entender cómo se producen los pensamientos que conllevan a provocar daños a otro ser humano con la intención de lastimar.

El objetivo de este libro es analizar la relación de los tipos de apego con las creencias irracionales predominantes en las mujeres víctimas de violencia doméstica. En el primer capítulo se muestran los aportes

teóricos sobre el apego y sus diferentes modelos desde varias teorías. Por su parte, en el segundo capítulo se describen los vínculos de apego en la edad adulta, en las relaciones de pareja y las conductas violentas. El tercer capítulo, como soporte de la investigación, presenta aportes teóricos de la violencia además de los tipos descritos por algunas teorías.

A partir de las teorías que se han tenido en cuenta para la valoración del libro se considera que en el tema del modelo dimensional del apego concierne, por un lado, a la representación de sí mismo (self) positivo, donde existe menos ansiedad versus el modelo negativo de sí mismo que se caracteriza por el miedo al rechazo, como no merecedor de amor y atención. Además de la visión de los demás, si esta es positiva habría menos distanciamiento social, a su vez la visión negativa de los demás preferiría relaciones con mayor distancia y consideración de las relaciones íntimas como secundarias. Desde este enfoque se distinguen los cuatro estilos de apego seguro, temeroso, preocupado y evitativo.

Las diferencias particulares o intrínsecas provienen de las creencias o representaciones mentales de las personas sobre sí mismas y los demás. Estas, a la vez, emergen de la regulación del afecto y el comportamiento.

El estilo de apego y la violencia doméstica se vinculan a niveles altos de ansiedad y temor al abandono, lo que puede contribuir a mantenerse dentro de relaciones sentimentales marcadas por la agresión. De la misma forma en el modelo negativo del self se visualizan como poco merecedoras de afecto y atención, al comprometerse emocionalmente reducen su autonomía.

Por lo que se refiere a la figura de apego quien está disponible y goza de confianza, además de la imagen del self como alguien con valía e interés que suscita en los demás.

Los capítulos cuatro y cinco analizan las tipologías de la violencia y las diferentes formas de violencia contra la mujer, las secuelas que esta deja y las consecuencias de la misma. Y el capítulo seis describe, de manera expedita, los resultados del estudio que se presenta, se muestran las comparaciones realizadas en dos grupos uno de mujeres víctimas de violencia y otro compuesto por mujeres de población general.

## JUSTIFICACIÓN

Este estudio se consideró pertinente pues va encaminado a concienciar a la sociedad acerca de la necesidad de introducir en las creencias irracionales y hacer ver a la mujer cómo influyen en ella los tipos de apego disfuncionales caracterizados por conductas permisivas o sumisas con bases en creencias irracionales establecidas desde los esquemas mentales que permiten generar y mantener los comportamientos desadaptativos.

También se consideró una investigación pertinente pues muestra cuán importante es la base del conocimiento y la formación de los pensamientos del ser humano, además de mostrar la influencia directa de la cultura en las conductas machistas y permisivas, que inciden directamente en el dominio e invalidez del individuo, al punto de llegar a cometer crímenes sostenidos en creencias de autoridad y poderío sobre el género femenino. Estos, en la actualidad, se han reconocido a nivel legal con el nombre de “femicidio”.



# CAPÍTULO I

## TEORÍAS Y MODELOS DEL APEGO

El estudio de las emociones tiene su origen en la teoría del psicoanálisis del siglo pasado, no se había planteado hasta esos momentos la idea de incluir temas sobre las emociones en las investigaciones psicológicas. Por eso, se comenzó a vincular el estudio de disciplinas como el psicoanálisis y las neurociencias con las relaciones de cada una de las emociones.

Los estudios sobre el apego son conocidos a partir de las teorías del psicoanálisis de principios del siglo XX, cuando fue necesario responder ante determinados patrones de conducta que no tenían explicación, para ese entonces Bowlby (1973) iniciaba los estudios preliminares sobre este tema con menores de edad desadaptados y delincuentes para buscar la razón de sus conductas y los patrones que le permitieran minimizarlos.

En ese mismo sentido de investigación, algunos años antes, Ainsworth (1967) había referenciado en sus trabajos de investigación que los lazos afectivos que una persona establece con otra a través de las relaciones de apego son fruto de los estilos parentales vividos anteriormente y esto podría ser un factor fundamental para lograr la dependencia o independencia emocional hacia la pareja y para la posible permanencia de las relaciones abusivas.

Siguiendo este tipo de pensamiento y ya más avanzado el estudio sobre el apego, Moral y Sirvent (2009) analizaron los potenciales factores que se relacionan con el origen de la dependencia emocional que se asienta en las carencias afectivas tempranas y, en otras ocasiones, en la violencia emocional y física desde los primeros años de la infancia

Por su parte, Lemos et al. (2012) enfocaron sus miradas sobre el perfil cognitivo de la dependencia emocional en las experiencias tempranas con los cuidadores primarios para demostrar que estas inciden en futuras relaciones y que, a través de la dependencia



emocional, se pueden arrojar desadaptativamente esas necesidades emocionales originadas en la niñez que no fueron satisfechas, y que asumen a la pareja como quien les debe proporcionar satisfacción y seguridad personal.

En el caso de Villamarín (2017), este realizó un acercamiento al estudio de la teoría del apego desde las consideraciones culturales en la práctica psicológica para reflexionar sobre los elementos que los psicólogos ecuatorianos tomaron en consideración al trabajar con personas de diferentes culturas y acerca de cómo delimitar los debates, su evolución y el consenso al que deben llegar para analizar estos elementos y no dejar fuera ninguno de ellos.

Para esto se sirvieron de la psicología antropológica, la transcultural y la cultural como soportes de un desarrollo de la sociabilidad humana basada en la crianza temprana o apego. De este modo, la adquisición de los patrones de comportamientos de los individuos dependientes se haría por un apego inadecuado en la niñez y que permanecería estable hasta la edad adulta.

Barroso (2014), por su parte, en su estudio sobre la relación de los estilos de apego desarrollados en la infancia en cuanto a elección y dinámicas de pareja profundizó en las claves teóricas que establecen la necesidad de estudio del apego en los niños y de cómo el apego adulto se puede desarrollar, estudiar y contribuir a mejorar sus estados. También explicó cómo el cerebro necesita una interacción afectuosa con su figura de apego para desarrollarse plenamente, por tanto, según las características de estas relaciones en la infancia así se determinarán los estilos de relación afectiva adulta.

Sobre esto, Pinzón y Pérez (2014) analizaron las primeras relaciones afectivas, y cómo estas influirán en el contexto de referencia para la vida adulta, también estudiaron los estilos de crianza, la dependencia y el abuso.

La relación de la dependencia emocional y el estilo de apego ansioso o preocupado son otros estilos de apego que se han asociado con las personas que sufren injusticias en sus relaciones parentales.

En esa misma línea de investigación, Gómez, Ortiz y Gómez (2011) demostraron que los mayores predictores de apego adulto podrían ser las percepciones sobre la calidad de su relación con cada cuidador y de la relación de los padres entre sí, ya que las experiencias entre padres e hijos se interiorizan y se transmiten a las relaciones de pareja adultas.

En cuanto a las primeras experiencias afectivas que pueden dar lugar al establecimiento de esquemas sobre uno mismo y sobre los demás, Echeburúa y Corral (1999), hicieron referencia a pautas interiorizadas sobre las interacciones llevadas a cabo con los demás a lo largo de la vida en el contexto de las adicciones a las nuevas tecnologías y las redes sociales en los jóvenes como un reto a descubrir los casos en que el estilo de crianza en la infancia de estos jóvenes puede o no verse afectado en su relación con los avances tecnológicos.

Según Aiquipa (2015), debido a estas experiencias infantiles negativas, el individuo dependiente asumirá que las personas podrían dirigir hacia ellos continuos abusos psicológicos y físicos semejantes a sus vivencias infantiles, resultándole muy difícil escapar ya que lo que realmente sería insoportable es la ruptura y la soledad que esto conllevaría.

Siguiendo el hilo de la relación de apego adulto y la violencia en las relaciones maritales, Echeburúa y Fernández (2009) consideraron que aún es un área que necesita más atención por parte de los investigadores. De ahí que se plantearán como objetivos primordiales el estudio de la relación entre los estilos de crianza parentales percibidos y el apego adulto con la dependencia emocional, el abuso psicológico en relaciones de pareja en la edad adulta y el estudio

del papel predictivo de los estilos de crianza sobre el resto de las variables presentadas. Además, se evalúan las diferencias entre las personas dependientes y no dependientes en los esquemas cognitivos disfuncionales de dependencia.

### 1.1 Apego y dependencia emocional

En el caso de las personas dependientes emocionales, Castelló (2005) planteó en su estudio que si muchas de estas experiencias tempranas son negativas adquirirán esquemas de ellos mismos y pautas de interacción con los otros disfuncionales o desadaptativos que se pondrán en práctica en la vida adulta, creando así una manera desequilibrada de relacionarse desde los primeros años de vida.

Uno de los posibles factores relacionados con el origen de la dependencia emocional se sitúa en las carencias afectivas tempranas (Cubas, Espinoza, Galli & Terrones, 2004) y, en algunas ocasiones, en el maltrato emocional y físico en la infancia (Castelló, 2000; Moral y Sirvent, 2009), por lo que se añade que las experiencias tempranas con los cuidadores primarios podrán influir en futuras relaciones (Feeney & Noller, 2001).

Sobre el tema de las dependencias afectivas en las relaciones románticas en los adolescentes, Delgado (2006), realizó un acercamiento a la relación entre el apego, el autoconcepto y otras características más de las relaciones románticas entre los jóvenes en la que apuntó lo siguiente:

Las relaciones afectivas son de gran importancia durante las diferentes etapas del ciclo vital. Específicamente en la adolescencia dichas relaciones se diversifican; esto quiere decir que además de la importancia de las relaciones con padres, cobran prioridad las relaciones con pares. Como consecuencia de esto los adolescentes entablan relaciones de carácter significativo con personas que no pertenecen al núcleo

familiar. Uno de los principales intereses en este sentido es el llegar a establecer y a mantener relaciones de tipo romántico de manera exitosa (p. 22).

El modelo de apego seguro es portador para el niño de un diseño mental de autoconfianza básica, así como de confianza en los otros que le concede la facilidad de enfrentar a la sociedad de manera resuelta y eficaz. La relación de este patrón tiene lugar con un modo de interacción parental que se identifica con la sensibilidad, o sea, con la posibilidad de la madre (o tutor primero) para apreciar, explicar y dar respuesta pertinente y a tiempo, a las necesidades del niño (Ainsworth, 1969). En relación con los correlatos comportamentales de la sensibilidad, las progenitoras de niños seguros, en cotejo con las madres de los inseguros, se preocupan más por sus hijos, suelen ser más correspondientes a sus necesidades, tienen más perseverancia en su relación con el bebé y apenas se advierte negatividad en su elocuencia afectiva. Autores como Solomon & George (1999), describieron cómo debe ser el cuidado necesario para un bebé, los aspectos que se deben tener en cuenta son los siguientes: 1) atender a las indicaciones de posible disgusto o reclamo de atención, 2) reconocer las señas del niño de manera adecuada, 3) brindar un feedback apropiado y 4) dar respuesta diligentemente a los signos de necesidad del niño. La historicidad afectiva, modela la madurez de los lazos estructurales con áreas límbicas, corticales y subcorticales que facilitan el empoderamiento socioafectivo. Siendo así, el vínculo madre-hijo el que facilita el desarrollo de una mejor capacidad para afrontar y adaptarse a la sociedad, ya sea durante la niñez y luego en la adultez.

Muñoz (2017) señaló que la emocionalidad está relacionada con la intensidad con que se experimenta la alegría, el bienestar, la ira o la frustración e interviene en la operacionalidad positiva o negativa asociada a los patrones de apego inseguro, que en su mayoría son de corte afectivo negativo. No obstante, existe la posibilidad de hallar

alguna habilidad que facilite la autorregulación de las emociones, las cuales cambian los resultados de los apegos en sus fases posteriores con relación al contexto social, la propia voluntariedad o a la mediación de otros factores nuevos.

La aportación parental en la regulación es fundamental ya que facilita al niño transitar de estados afectivos negativos de reprobación hiperarousal o impotencia hipoarousal a una restitución del estado afectivo positivo. Existe un transcurso regulatorio de la sincronía afectiva que crea estados positivos de arousal, es la base del apego y sus emociones incorporadas, por lo que actúa como un elemento de firmeza ante el estrés y se considera una guía de la seguridad afectiva. El apego es un medio que facilita conducir el estrés e incorporar destrezas para la resolución de conflictos.

Mikulincer & Shaver (2008) se replantearon la teoría del apego a manera de regulación de lo afectivo implantando una relación de reciprocidad entre el apego seguro y la capacidad de autorregulación como también entre el apego inseguro y las dificultades en la regulación afectiva. Los estudios de la neurociencia de hoy en día advierten un sustrato biológico para la regulación del apego.

El individuo con apego seguro ha desplegado un nivel de arousal equilibrado, con un sistema nervioso autónomo (SNA) bien balanceado entre el sistema simpático y parasimpático, lo que lleva a pensar en una conclusión donde “las madres de los niños seguros mantienen su nivel de arousal dentro de un rango moderado lo suficientemente alto como para mantener las interacciones, pero no lo demasiado como para causar estrés o evitación” (Schorre, 1994, p. 376).

En cuanto a los sistemas de apegos es importante destacar el buen funcionamiento de los sistemas que bajo la regulación de la región orbitofrontal del cortex derecho establecen los modelos predominantes que incidirán en la forma de regulación afectiva posterior. Para

maniobrar los estresores ambientales de manera segura es necesario también un apego seguro (Ainsworth, 1969).

Por esto, a las personas seguras les resulta muy fácil brindar y entregar atenciones en el contexto de las relaciones de pareja. Un apego como el ambivalente/preocupado presenta a un niño con sentimientos encontrados de ambivalencia e incertidumbre frente a sus figuras de apego. Los infantes con apegos resistentes/ambivalentes suelen tener madres con una interacción representada por una deficiente disponibilidad, apatía, poca involucración conductual, infraestimulación, impenetrabilidad (Belsky & Cassidy, 1994) y fragilidad recurrente y longitudinal (Melero y Cantero, 2008).

Los estados de ánimos del cuidador determinarán su labor en un orden muy superior a las manifestaciones conductuales del bebé. Detrás de un niño ambivalente con un elevado arousal casi siempre hay un cuidador que mediante un refuerzo intermitente de la atención lo provocó. Este hecho es abordado desde la neurología como una debilidad, la cual tiene lugar debido a una hiperactivación del circuito simpático límbico. En este caso, al cuidador de un niño con apego ambivalente, se le hace posible generar motivación en este (como no lo hacen los cuidadores del niño evitativo), sin embargo, este cuidador no siempre es capaz de reducir esta motivación que genera, lo que dificulta la capacidad del niño para autorregularse a continuación (Belsky & Cassidy, 1994). Esto sucede debido a un crecimiento deficitario de los axones que descienden del córtex orbitofrontal a puntos subcorticales, lo que implica una menor cabida a la estimulación del sistema parasimpático (reductor del arousal) y la inhibición del simpático. Debido a esto, los excesivos niveles de enojo y estrés simpáticos que tienen lugar en niños ambivalentes, son el reflejo de una capacidad regulatoria deficiente y un predominio poco eficaz del sistema inhibitorio frontolímbico en el SNA simpático. En estas situaciones, la patología asociada se encuentra identificada con el histrionismo, con los problemas para dominar los niveles elevados



de estrés, así como para reincorporarse luego de experimentar eventos estresantes. El apego evitativo es la característica principal de un niño evitativo que aprendió a esconder y a controlar sus emociones, lo mismo las positivas que las negativas.

Ainsworth (1969) reveló que la falta de involucramiento emocional, ya sea por rechazo al roce corporal, por entrometimiento o por predisposición a la censura, son las características fundamentales de las madres de los niños evitativos. También, la sobreestimación y el excesivo control están relacionados con el progreso de la evitación infantil (Belsky & Cassidy, 1994). Una investigación realizada por Spangler & Grossmann (1993), pudo verificar que las madres de niños evitativos se involucraron en el juego únicamente cuando estos mostraban alegría, mas no cuando denotaron una actitud negativa. Los niños evitativos experimentaron la indiferencia de sus madres cuando estos evidenciaron algún tipo de conducta negativa (Solomon & George, 1999). Mayseless (1996) sostuvo que, más allá de la seguridad o no de la conducta parental, el diseño mental del evitativo se construye en un medio de interrelaciones donde sus necesidades de apego no son compensadas, si bien son padres que pueden fortalecer de manera efectiva y convenientemente con procedimientos acerca de cómo alcanzar metas diferentes a las necesidades afectivas y que ocuparían las expectativas de sí mismos: metas académicas, destrezas, apariencia física, perspectiva de éxito a largo plazo etc., pero si el niño necesita apoyo o reconocimiento, estos lo esquivan o contradicen sus expresiones de incomodidad.

El resultado, con el correr del tiempo, es la desactivación de las necesidades de apego (Mayseless, 1996). El éxito se abre paso en este contexto, como el vehículo por donde la persona tratará de alcanzar el autocontrol, así como también tratará de satisfacer a sus padres. Constituir un estado de mente coherente con relación al apego obedecerá a las interacciones emocionales primarias que armonizan el autoconocimiento y la capacidad. Por esto, el adulto con un diseño

de apego evitativo, mostrará inconvenientes para comprender los estados mentales del niño (Fonagy, Redfern & Charman, 1997). La habilidad de defensa creada por este estilo, lo llevará a proceder con estrategias de minimización para ajustarse a la circunstancia y disminuir la ansiedad.

Los modelos de comunicación apartado provocan que el evitativo establezca su mente de manera que se reduzca el acceso a la memoria de la experiencia e información emocional. Aquí, la visión del self se reduce a las esferas no emocionales, que son autónomas a las prácticas interpersonales. Siegel (2007) sostuvo que una clasificación de la mente que descarta a las emociones y a las relaciones interpersonales es una representación rígida. La poca o ninguna capacidad parental para proceder como agentes reguladores externos durante la etapa infantil producen en el niño evitativo una conducta predominantemente parasimpática, de mantenimiento de la energía, de manera que reduce su acción, como también sus intentos de aproximación con el cuidador.

Solomon & George (1999) plantearon que, de esta manera, el niño experimenta una eliminación defensiva de toda la información idónea que pueda activar su sistema de apego, de ese modo, elude el disgusto generado por la poca atención parental a sus altos niveles de estrés. La eliminación defensiva que experimenta el niño como respuesta a sus conductas de apegos insatisfechas encuentra su plataforma neurológica en la inhibición de la actividad ventral tegmental del circuito límbico. El rechazo del bebé a experiencias maternas disreguladas es la característica principal de la exclusión. Estas etapas son asistidas por la activación del parasimpático, el cual regula el período crítico de gestación final del circuito dual del córtex prefrontal, relacionado con la atención o supresión de ciertos estímulos afectivos. Surge, de esta manera, un esquema vagotónico, parasimpático, inhibitorio, orbitofrontal. Al respecto de los patrones biológicos mencionados, las patologías agrupadas en el estilo evitativo

se relacionan por un sobrecontrol y una ordenación de defensa para los problemas interpersonales.

En cuanto al apego desorganizado, Solomon & George (1999) durante sus estudios sobre esta modalidad de apego denotaron la interacción disfuncional extrema (abuso infantil) y el patrón de apego desorganizado. En el límite de la inconsciencia e ineptitud parental se localiza a las madres de los niños desorganizados, estas se presentan poco responsables en el cuidado e, incluso, pueden haber sido frutos de maltratos durante su niñez. El apego desorganizado se muestra sobrevalorado en casos de niños maltratados y en ejemplos de niños cuyas madres presentan o exhiben serios trastornos emocionales.

De otra manera, investigaciones efectuadas en hogares sin patología ni desestructuración clínica apuntan que ante los traumas postergados por la eliminación de una figura de apego durante la niñez se pueden producir conductas desorganizadas en los niños (Golanó, 2015).

De manera que el apego desorganizado se relaciona con una actitud parental estresante de la vida. Diferentes estudios han encontrado actividad en los centros subcorticales de lucha y un hipearousal simpático, quizá producido por un desperfecto en el HPA. A propósito de la desregulación de la agresividad que experimentan estos sujetos, el daño producido en la región orbitofrontal (que auspicia el proceso a niveles elevados y su interrelación con organizaciones inferiores) permite que las interacciones amenazantes se encausen en los recorridos inferiores, primitivos, ocasionando respuestas emocionales excesivas (cólera, irritación, violencia, etc.) (Spangler & Grossman, 1993).

En otro orden de cosas, los eventos no superados de la niñez, repercuten con una enorme propagación de circuitos jerárquicos corticales y subcorticales que manipulan en la etiología de la fragilidad

a desordenes excesivos posteriores de regulación del afecto. Los perjuicios ocasionados en el SNA, el eje HPA y el sistema inmunológico explicarían la gran propensión a la enfermedad en estas personas, el enorme índice de fracaso escolar debido al perjuicio ocasionado en las estructuras afines con la memoria, así como una mayor preferencia por revelar conductas violentas. Los hábitos de apego disfuncionales perturban la respuesta neuroendocrina cerebral y predisponen al estrés, lo que posibilita una mayor debilidad afectiva.

La secuela de la herida infantil será mediada por la liberación noradrenérgica de glucocorticoides como el cortisol. Aunque esta libertad resulta adaptativa para contextos de estrés agudo, el estrés arraigado produce niveles inusualmente altos de estas hormonas en el hipocampo, lo que puede ocasionar daño cerebral o hasta la muerte neuronal en estas.

De modo que, cuando un niño se desarrolla en contextos de estrés psicosocial, va a tener lugar una ruptura de sinapsis como también va a ocurrir una disminución de la cantidad de neuronas del hipocampo (región cerebral a cargo de la regulación emocional) producto del reiterado estado de estrés. Spangler & Grossman (1993), hallaron divergencias en lo que concierne a los niveles de cortisol segregados en circunstancias extrañas, lo que mostró diferencias a favor de los apegos seguros a la media hora de aplicado el procedimiento.

Durante otros estudios se advirtieron niveles de cortisol superior en los niños con desorden afectivo, lo que evidencia una fuerte propensión a ser vulnerable ante situaciones de estrés. Por esta misma vía, las investigaciones efectuadas con niños institucionalizados, han arrojado enormes anomalías en muchos aspectos del desarrollo. Una investigación realizada por Carlson & Earls (1997) a niños reclusos en un orfanato de Rumanía, arrojaron desajustes en el eje HPA, así como altos niveles de cortisol, y se verificaron indicadores de desarrollo mental y motor muy por debajo de la media del grupo de control. Aquí

se observó cómo el cuidador encargado actuaba con funciones de un ordenador externo del niño ante las situaciones de estrés. Toda vez que la figura materna está preparada para provocar que este retome la seguridad y realice su actividad reguladora, el nivel de cortisol en sangre disminuirá y logrará el equilibrio hormonal.

El niño, resultado de esta interacción sensible experimentará sistemas de estabilización de estrés interno y, por esto, el córtex prefrontal contará con una mayor cantidad de receptores glucocorticoides que permitirán modificar la respuesta ante el estrés. Sin embargo, en el caso de que el cuidador no pueda regular la emoción como sucede a lo largo de la inseguridad afectiva, aun con muy pocos receptores generados, se puede producir también una menor capacidad de reabsorción y, por esto, niveles de cortisol circundantes elevados en respuesta al estrés.

Dentro de la perspectiva teórica, Lecannelier (2017) sostuvo que los precedentes de interrelación encargados de la construcción cerebral, de regiones que establecen la regulación afectiva durante la niñez, influenciarán también en el modo de afrontar escenarios de malestar durante la edad adulta, lo que hace que se refuerce, a su vez, su estilo de funcionamiento emocional. La contestación de los sistemas orgánicos regulatorios quedará imbuida por la estructura neuronal, con eje HPA /sistema CRF (factor liberador de la corticotrofina), hiperactivación del SN, afectación en la neurogénesis del hipocampo y su neurotoxicidad. Los acontecimientos imprescindibles alrededor de cualquier situación que necesite de regulación emocional serán, cuando resulte en apegos inseguros, un evento de fragilidad que ocasiona reacciones fisiológicas desreguladas, crecimiento del nivel de glucocorticoides durante un tiempo demasiado elevado con la consecuente depresión del sistema inmunitario, aumento de neurotransmisiones que a su vez desregulan el sistema CRF, alteraciones del sistema nervioso y serotoninérgico, etc. que aumentan la probabilidad de estados depresivos o de ansiedad.

Antes bien, debido a la gran capacidad adaptativa del seguro, se le proporcionará la habilidad de mostrar un manejo eficaz de los aspectos emocionales, ya sean estos positivos o negativos, lo que resultará de manera integradora en sus relaciones afectivas en general y de pareja, ya en la edad adulta.

## 1.2 Modelos del apego

Primero en el modelo cognitivo existe una predisposición genética de las personas que permite establecer una relación de apego de los niños recién nacidos con sus padres o cuidador principal, solo en los casos de abandono esta figura de apego se ve interrumpida o desvinculada de la misma. Sin embargo, aunque el vínculo de apego esté establecido, puede darse el caso de funcionar eficientemente o no, incluso, puede ser una función de perturbación. En la forma en que la figura de apego se desempeña para el niño y posteriormente para el adulto como una base segura, así podrá potenciar, explorar y reinstalar la seguridad, esto contribuye a la cualidad y calidad del vínculo de apego, y aquí radica su función de variabilidad y no de universalidad. Por tanto, es atinado decir que las diferencias individuales tienen mucho que ver con las experiencias particulares de cada persona con su figura de apego (Bowlby, 1979).

Desde su nacimiento, el bebé experimenta muchas experiencias con su cuidador principal o su madre, en la mayoría de los casos, esto hace que se acumulen estas experiencias y se construyan expectativas de lo que puede ser usual en esa relación. Por ejemplo, cada vez que el niño se siente angustiado o asustado sabe cuál será la reacción de su cuidador principal y va a esperarla para lograr calmarse con una respuesta casi regularizada. Esto contribuye a modelar la mente en base a experiencias concretas repetidas, la interacción se concreta, se logra abstraer y luego se traslada a la mente y se instaura como un



modelo del mundo interno del niño, de este modo las experiencias de interacción con las figuras de apego contribuyen a formar y estructurar su mundo interior y con él la base para su comportamiento futuro.

Sobre este comportamiento y constitución de los modelos mentales según el intercambio de los estilos de apego, Bowlby (1979) sostuvo que: “una vez establecido el vínculo, los modelos mentales de trabajo, cuyas raíces se encuentran en las experiencias afectivas previas, implicarán diferencias significativas en las dinámicas de formación e interacción en la relación de pareja” (p. 83).

Estos modelos mentales son altamente influenciables en el intercambio personal en todo momento, pues tienden a regular lo que se quiere esperar de las figuras de apego en cada una de las situaciones que se presenten y, a su vez, estos modelos mentales contribuyen a guiar la conducta y su proceso de interacción social. Es así, entonces, que se puede hablar de diferentes actuaciones ante iguales estímulos, en dependencia de la figura de apego que haya tenido el individuo desde sus primeras edades.

El niño espera de los demás el mismo resultado que recibió de su principal figura de apego, pues los modelos mentales, aunque provienen de las experiencias interpersonales y de la realidad más inmediata, también dependen de la capacidad creada para reaccionar ante los moldes generados. La idea es que puedan enfrentarse a las situaciones adversas con los patrones mentales creados en su relación de apego segura, de ese modo podrán filtrar las experiencias, organizarlas y darles el sentido que necesitan para guiar su conducta y resolver las situaciones de frustración o peligro.

Son estos modelos los responsables de construir, comprender y actuar en consecuencia con la situación presentada, cada una de forma diferenciada y con un sello personal que le da la identidad a la persona, pues lo interno configura lo externo y este a su vez configura la relación interpersonal.

Estos modelos representacionales fueron llamados por Bowlby (1973) modelos internos de procesamiento, los cuales surgen para regular la interacción con los sujetos de apego y guían las costumbres afectivas interpersonales, de los cuales uno de los rasgos centrales es su disponibilidad: lo que se puede esperar de ella cuando se le precisa.

Otra de las características principales de representación complementaria de sí mismo, tiene que ver con el valor propio, y de cuán aceptables y merecedores de ayuda y protección tiende a ser uno a vista de la figura de apego.

La imagen mental de lo que se puede recibir de la figura de apego demanda una situación de necesidad. Lo que se espera recibir depende de lo que se haya recibido, y estas experiencias configuran una parte central de la imagen de la figura de apego: la confianza y disponibilidad indisolublemente acoplada a la imagen de la figura de apego, como el reflejo de esta o como la imagen de uno mismo. Cuánto se espera recibir y cuán disponibles puedan estar las figuras de apego constituyen, desde los modelos mentales, una medida de lo que cada uno vale a los ojos del otro y, por consiguiente, cuánto una persona merece recibir del otro. Las formas de apego pertenecen al mundo representacional. No exactamente al mundo real, sin embargo, esto condiciona la manera en que se vive en el mundo real, cómo se experimenta y se comprende, desde las representaciones de apego subyacentes y desde los primeros años de vida.

El modelo conductual determina las conductas de apego, las cuales se refieren a aquellos comportamientos visibles derivados de los esquemas mentales de relación que la persona activa ante una determinada situación emocional y cuyo objetivo último es el logro del equilibrio afectivo y emocional de la persona. La estimación de estas conductas como de apego tienen lugar debido al uso prioritario de las figuras de vínculo y su utilidad en correspondencia con el

contexto, así como la posibilidad de desarrollo y de relación con las prácticas precedentes. Belsky & Cassidy (1994) identificaron tres tipos de conductas que los niños ejecutan para constituir o conservar su cercanía con los cuidadores: las conductas identificadoras como una leve risa o breve parloteos, las conductas con estímulo aversivo del tipo de llorar o chillar y las conductas activas como la proximidad y el seguimiento. Si bien estas se diferencian en su fenotipo, el objetivo sobre el que es sustentan es muy similar, o sea, conservar al niño corporalmente cerca de sus cuidadores, cuestión esta que permite que se amplíen así sus posibilidades de sobrevivencia.

Las conductas anteriores solo se activan cuando la percepción del niño le avisa que está ante una potencial situación de peligro. Toda vez que estamos en la adultez se puede observar cómo la frecuencia y la intensidad en la forma de estas conductas se modifican. En la adultez también se puede prescindir durante mucho más tiempo de la figura de apego, lo que hace que se recupere el sentimiento de seguridad con conductas menos directas (llamada telefónica, comunicación por redes sociales, etc.). Aunque, al reactivarse el sistema de apego, se efectúan procedimientos para conservar el contacto con la figura de apego a fin de reestablecer el sentimiento de seguridad, ratificando la presencia del sistema conductual de apego en la edad adulta (Belsky & Cassidy, 1994).

Bowlby (1979), al referirse a los sentimientos señaló que es un sistema emocional donde los vínculos afectivos juegan un papel determinante en el tipo de emocionalidad que expresa el individuo. Casi todas las emociones intensas tienen origen en la formación, sostenimiento, quiebra y modificación de los vínculos afectivos. Estos, debido a este motivo, también son conocidos como vínculos emocionales. Alrededor de la experiencia subjetiva, el establecimiento de un vínculo es relacionado con el hecho de enamorarse, la perduración del vínculo con el hecho de amar a alguien y la separación de ese alguien como duelo, así como su renovación como motivo de alegría,

por lo que remata diciendo que “debido a que dichas emociones son generalmente reflejo del estado de los vínculos afectivos de las personas, la psicología y psicopatología de la emoción es, en gran medida, la psicología y la psicopatología de los vínculos afectivos” (p.130). Para que se construya un vínculo de apego es necesaria una sucesión de emociones relacionadas con el tipo de relación instaurada, la cual involucra lo mismo a la figura de apego, que a la persona objeto de este en la misma relación.

A partir de la perspectiva cognitivista, estas emociones son el resultado de la incidencia inmediata de la representación mental del procesamiento activado para una realidad categórica, no obstante, ¿se podría especular sobre la posibilidad de una activación emocional inmediata, desprovista de procesamiento mental intermedio?, ¿acaso tienen lugar las emociones mecánicas o reflejas, ocasionadas por un aprendizaje asociativo de ciertos sucesos y sus resultados emocionales? Cabe la posibilidad de que, en las marcas creadas en los circuitos neuronales, se localice una presencia de emociones con activación ante ciertos sucesos, esto, sin que exista un proceso cognitivo de nivel superior. Como se sabe, casi siempre, las investigaciones científicas determinan que es imposible la existencia de una emoción sin un previo proceso cognitivo (Beck, 1976), visto así, emoción y pensamiento responden a una entidad indisoluble (Damasio, 1994).

Por otra parte, al dirigir la mirada sobre un estudioso como LeDoux (1997) se puede identificar a cierto procesamiento que tiene lugar en el exterior de la conciencia y que, en ocasiones, dirige sistemas de respuestas determinadas, LeDoux (1996, 1997, 2000) que divergen con el procesamiento de vía expedita (low road) frente al indirecto (high road) que opera mediante la participación cortical. La vía directa posibilita responder a un estímulo de manera expedita, sin valoración cortical, involucrando a estructuras subcorticales, fundamentalmente a la amígdala, la cual brinda una respuesta no precisa, sin valoración.

Desde esta perspectiva, se crea la posibilidad de hablar de un proceso cognitivo nimio, casi imposible de develar al paciente durante la terapia (LeDoux, 1997). Así mismo, también las teorías que intentan responder a los padecimientos de ansiedad, expresan que el umbral de réplica a la ansiedad resulta un automatismo que fortalece la capacidad de respuesta del organismo y, por consiguiente, de supervivencia. Al unirse estas ideas, se deduce que, a partir de acontecer determinados estímulos, ciertos individuos experimentan una asociación involuntaria que los conduce a actuar de manera ansiosa ante acontecimientos que en potencia no son peligrosos, aunque de ellos el individuo efectúe una evaluación similar a la de un peligro verdadero. Antes bien, un investigador como LeDoux se preocupaba únicamente por la emoción del miedo, aun así, su investigación también es transferible a la teoría del apego, sobre todo, en casos particulares de niños implicados en circunstancias de amenazas frecuentes, esto, debido a lo importante de la amígdala en la consecución de la memoria implícita para circunstancias con alta activación afectiva (LeDoux 1996, 2000).

LeDoux (1994), sostuvo que los sentimientos de las emociones ocurren solo como consecuencia de la toma de conciencia de la acción de un sistema emocional, el cual efectúa su actividad casi siempre al margen de la conciencia. O sea, los sentimientos son el resultado consecuente de los procesos emocionales.

El significado del fundamento neurológico de las emociones también va a estar presente en las investigaciones de Damasio (1994, 1995) quien ha precisado que los estados corporales básicos están regulados por los procesos emocionales y a su vez, estos, están regulados por las estructuras neuroanatómicas.

Los componentes, apenas tres, del sistema de apego se interrelacionan entre ellos, de manera que la actividad mental desprendida como resultado de lo generado por las experiencias

afectivas, con las figuras de apego, direccionan la exégesis de lo acontecido como cualidad afectiva y que, por ende, contiene ciertos tipos de sentimientos y conductas. Amparados en la teoría del apego, se formularon cuatro diseños mentales con procesamiento primordiales, el modelo mental seguro, el evitativo alejado, el evitativo temeroso y el preocupado (Camps, Castillo & Cifre, 2014). Los diseños de procesamiento mental antes expuestos responden a las pautas de interacción parental experimentadas por el individuo durante la infancia e, incluso, de unos eventos vitales determinados y unos atributos de personalidad propios. Las relaciones de pareja resultan una entidad donde el análisis de la conducta del otro se efectuará desde el espectro de los deseos y anhelos personales, así como desde las habilidades afectivas esgrimidas en el tiempo para reconstruir el sentimiento de seguridad afectiva. De manera que, en el caso de una persona estresada, con carencias afectivas explícitas, debe asumir la necesidad de alejamiento de su compañía, no como una necesidad de esa persona, sino como falta de amor y una validación de sus propias representaciones de incertidumbre. Sin embargo, los individuos seguros, con una respuesta de autoconfianza integradora donde lo afectivo se ha conformado estructuralmente, no asumirán el alejamiento de la pareja como un peligro para su situación afectiva, sino que estarán dispuestos a comenzar un inventario de las necesidades del otro que deben tenerse en cuenta, y a partir de ese instante y, desde su capacidad para resolver dificultades, de manera dual, encontrará una respuesta efectiva a tono con las circunstancias del momento. En consecuencia, en el camino de la compenetración entre esos sistemas, Collins & Read (1994) establecieron que los modelos mentales de trabajo incidían de manera directa en la práctica de la reciprocidad mediante su repercusión en la respuesta cognitiva, emocional y conductual.

Para Bowlby (1990) del apego múltiple en los niños podía vincularse afectivamente con varias personas, pero su predisposición



mayor estaba centrada en la figura materna y en la del cuidador principal, con esto dio por sentado que la situación más adecuada era que ese vínculo afectivo sucediera con la figura materna, y descartó como posibilidades de resultados completamente positivos el hecho de que los infantes fueran cuidados por varias personas al unísono.

Más adelante, en posteriores investigaciones Bowlb& (1990) confirmó que cuando un niño está enfermo o triste no solo busca compañía y apoyo de su madre, muchas veces también la busca en su padre como figura importante en su desarrollo.

En este proceso de interacción con ambos padres es interesante acotar que cada uno tiene un espacio de tareas y actividades distintas con el niño, por ejemplo, las madres suelen ser más dedicadas a los cuidados físicos, a darles cariño, a enseñarles a hablar, a conversar mientras que los padres dedican su tiempo a jugar con ellos, darles juguetes, participar en juegos que ellos prefieran.

De esta manera, cabe esperar que un niño prefiera pasar tiempo con su madre y jugar con su padre. Aunque esta teoría ha cambiado con el suceder de los años, debido a que los roles paternos en la sociedad han mutado hacia una interacción más lúdica ya sea en el interior de la familia como en la sociedad, buena parte de las veces las madres trabajan fuera del hogar y sus parejas intervienen más con los infantes, por lo que existe una redistribución de los roles (Sorribes, 2001).

Otra de las figuras de apego a las que no se les ha dedicado mucho tiempo de estudio es el hermano o hermana como uno de los más sinceros y auténticos estilos de apego en su formación, de hecho, no es nada raro que un hermano mayor cuide a su hermanito con cuidados que semejen a los de la madre, en ambientes hostiles o fuera

del hogar los hermanos tienden a buscarse unos a otros para crear una base de seguridad entre ellos, incluso, es muy común que ante una separación que provoque ansiedad la presencia de un hermano pueda aliviarla.

Las razones para que este vínculo afectivo con los hermanos sea seguro se deben a que ellos pasan mucho tiempo juntos, comparten actividades de juegos, de familia, de responsabilidades, de afectos emocionales variados. Esto hace que sea incuestionable el hecho de que existan más relaciones de apego que intervengan en el adecuado desarrollo del niño. La existencia de varios sujetos de apego puede ser muy provechosa para el niño, pues lo prepara para desarrollar varios aprendizajes como el de la imitación, los celos, la estimulación motriz y otras (López, 1993).

Dentro del espectro del modelo dimensiones la inseguridad es una de las más significativas peculiaridades del apego y está integrada por dos extremos: la ansiedad (que ocurre en casos de alejamiento o abandono) y la evitación (que tiene lugar cuando hay cercanía o dependencia del cuidador principal) (Fernández et al., 2006). La dimensión ansiedad expresa los temores al rechazo y al abandono, que se interaccionan con las vacilaciones sobre la capacidad y valor social de sí mismo. La evitación de la dependencia o de la intimidad se relaciona con un poderoso énfasis en la independencia, autoeficacia y la habilidad para enfrentarse a los desafíos. De igual manera, la ansiedad, como dimensión se interrelaciona con los siguientes estilos de apego: el preocupado, el temeroso y el de la violencia sobre la pareja (Mikulincer & Shaver, 2007).

Otro modelo es el planteado en el perfil investigativo elaborado por Bartholomew & Horowitz (1991), considerado como uno de los más ponderados ya que reconoce al modelo de prototipos y relaciona dos dimensiones con cuatro categorías. Los investigadores advirtieron la existencia de cuatro estilos de apego adulto que, en el presente, orientan la investigación del tema:

- El sujeto seguro
- El preocupado
- El temeroso
- El rechazante

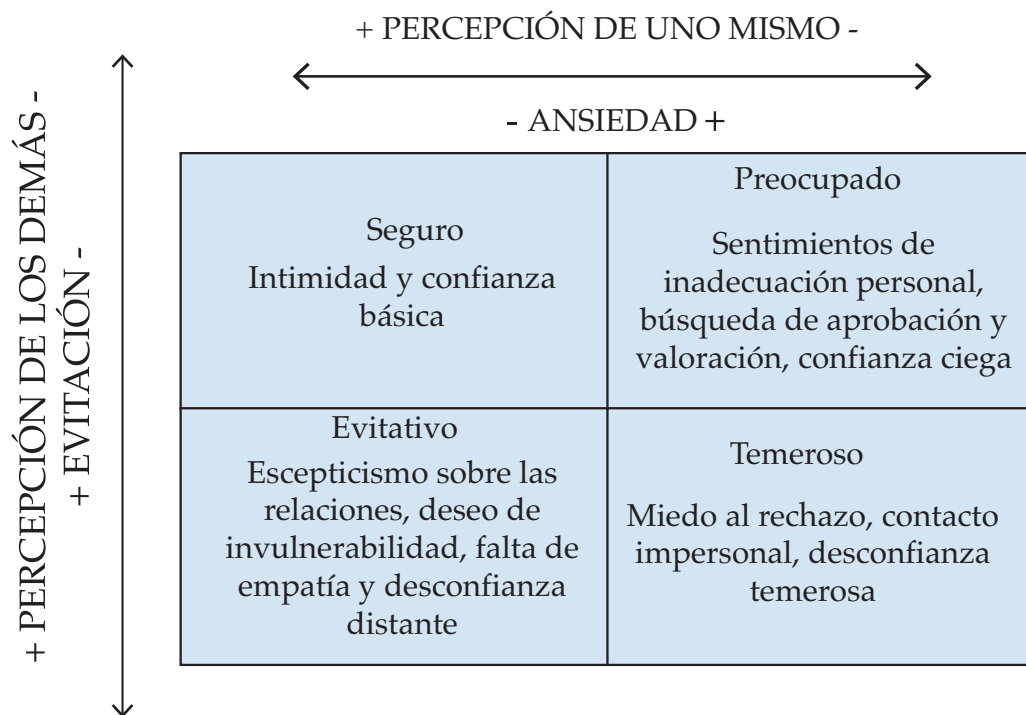


Figura 1.- Representación del modelo del apego. Fuente: Modelo del apego adulto, Bartolomew y Horowitz (1991)

Así mismo el vínculo que establece el apego se refiere a la tendencia de buscar la aproximación a su cuidador y se manifiesta en relación con otros sistemas de conducta, esto lo hacen en base a tres características: las conductas de apego, los sentimientos de apego y la representación mental. En lo referente a las conductas de apego estas se expresan cuando el bebé suele llorar, reír, se estimula o realiza búsqueda visual de la madre o el cuidador preferido para que le atienda. En cambio, los sentimientos de apego se refieren a la implicación afectiva con relación a las personas más cercanas y su decisión de ser parte o no de esa cercanía (Bell & Ainsworth, 1972).

Aquí la representación mental es afín con la visualización e

integración mental que realiza el infante con la figura de apego, debido a que se interrelacionan los recuerdos con los modelos operativos internos. Semejante vinculación tiene como objetivo subrayar lo fundamental de los vínculos afectivos y emocionales entre las personas y marcan un hito sustancial en el dominio que efectúan las relaciones de apego en la evolución y formación de la personalidad.

Los estudios científicos se hicieron notar alrededor de estas conductas, abordadas con carácter de exégesis, a fin de realizar una taxonomía precisa de los estilos de apegos, fundamentales para esta relación afectiva desde el nacimiento mismo del bebé. Ainsworth (1967) realizó estudios prácticos sobre las diferencias entre las relaciones cuidador-hijo y cómo estas incidían en el apego. A través de situaciones experimentales Bell & Ainsworth, (1972) pudieron establecer estilos de apego que determinaron las respuestas ante situaciones de regulación emocional. Estas características conductuales específicas llevaron a que se representara el modelo de estilos de apego.

El estilo de apego seguro se da en la confianza que tiene el individuo en la comprensión, disponibilidad y ayuda que su figura cuidadora o parental le puede dar en situaciones adversas. En este estilo de apego hay un manifiesto contacto y respuestas activas en la relación que se establece, ella genera sentimientos positivos y negativos de pertenencia y aceptación de sí mismo y crea una confianza como base de la relación de afecto.

Los individuos con base de estilo de apego seguro reconocen el hecho de que su cuidador estará disponible en todo momento, también saben que este es sensible y comprometido ante las demandas que puedan ocurrir.

Con respecto a esto, Aizpuru (1994) señaló que la sensibilidad materna tiene una percepción correcta de las señales que el niño emite, por eso su conexión es sincrónica y el cuidado materno se convierte en receptivo, cálido y de conexión eficaz.

En el estilo de apego inseguro-evitativo, el infante desconoce y soslaya a su cuidador, casi siempre personificado por la madre, evade el contacto visual, su conducta por lo general es similar con las figuras paternas como con desconocidos, la sensación que se desprende de su actitud es que desea desarrollar su vida emocional al margen del apoyo de las figuras paternas o de otros individuos que esten cercanos a él, sus exteriorizaciones tendrán lugar al margen de temores, irritaciones o incomodidades.

La reacción del niño ante esta ausencia de ansiedad cuando la madre se aleja, hace que esta aprenda a vivir con este modo de relación de apego, que desarrolle un distanciamiento que se considere normal por las evidencias y las situaciones de no extrañeza ni emoción cuando la madre regresa al niño después de separarse. Debido a esta conducta, claramente independiente y sin emociones visibles, se pudiera pensar que se establece una conducta saludable y normal, sin embargo, estudios más profundos han constatado que son niños que desarrollan dificultades emocionales iguales a las que han tenido otros niños que han desarrollado conductas de apego inseguro por situaciones dolorosas (Aizpuru, 1994).

Mientras, en el estilo de apego inseguro-ambivalente, se encuentran los niños ansiosos por la separación, pero que no logran tranquilizarse cuando la madre regresa, se puede notar en ellos un intento de exageración en el afecto para lograr una mejor atención. Su preocupación cuando el cuidador desaparece es bastante notable y sus respuestas emocionales son adversas y diversas y van desde la ira, la irritación, el acercamiento y la separación.

En este tipo de apego, al parecer la madre no está constantemente o sucede que su acercamiento emocional solo está disponible en ciertas ocasiones, lo que lleva a que el niño crezca con propensión a la ansiedad por la separación y el miedo a explorar otras experiencias él solo. Mikulincer (1998) advirtió que estos infantes poseen una intensa

aspiración de proximidad e intimidad aunque, del mismo modo, experimentan sentimientos de inseguridad en relación con los demás. Esto sucede, en buena medida, a las peculiaridades que presentan gran parte de estas madres y que se les muestran con poca sensibilidad, ligereza y el hecho de estar ausentes buena parte del tiempo.

A este respecto, buena parte de los estudiosos subscriben estos tres modelos de apego, aunque, se ha presentado una cuarta categorización nombrada desorganizado-desorientado incluido como parte de los apegos inseguros. Esta denominación obedece a que estos niños no tienen una organización mental análoga. Según Siegel (2007) tienen también dentro de sus manifestaciones externas algunos de los aspectos del apego evitativo y ambivalente. En este caso los padres o cuidadores principales constituyen una fuente de miedos hacia ellos, tienen una conducta de cambios bruscos en su estado mental, ellos mismos inducen, de cierto modo, esta característica de desorden que les es inherente.

Es así que al conocer las teorías del apego se procede a describir como se desarrolla la seguridad del apego y las fases que se forman en la relación de pareja.



# CAPÍTULO II

## VÍNCULOS DE APEGO

La teoría de las figuras de apego descritas por Pinzón y Pérez (2014) en su investigación “Estilos de apego y relación con la figura materna en mujeres que viven violencia conyugal” encontraron que los estilos de apego adulto, fruto de los estilos parentales vividos, podrían ser factores fundamentales en la dependencia emocional hacia la pareja y en la permanencia en relaciones de pareja abusivas, así como los estilos de apego que mejor caracterizan a estas mujeres es el ambivalente-preocupado y sus modelos internos de trabajo están constituidos por pensamientos de control sobre su vida y poca contención emocional.

De este modo, la adquisición del patrón de comportamientos de las personas dependientes estaría relacionado con un apego inadecuado en la infancia, el cual permanecería estable hasta la edad adulta (Izquierdo & Gómez, 2013).

En esa línea de estudios, los mejores predictores del tipo de apego adulto podrían ser las percepciones que uno tiene sobre la calidad de su relación con cada padre y de la relación de los padres entre sí, ya que las experiencias entre padres e hijos se interiorizan y se transmiten a las relaciones de pareja adultas, así concluyen Gómez, Ortiz & Gómez (2011) su estudio sobre la experiencia sexual, los estilos de apego y los tipos de cuidados en las relaciones de pareja.

En el proceso de formación del apego es importante tener en cuenta que la construcción de la personalidad comienza justo al nacer el niño, aquí intervienen las más disímiles características, donde también influyen la familia, la información genética del individuo, la escuela, la sociedad. Estos elementos constituirán los aspectos fundamentales en la conformación de la personalidad del individuo, aunque eso sí, existe un elemento donde se concentran buena parte de la futura personalidad de este, el cual se localiza en el trato que se crea entre el bebé y su cuidador en las etapas iniciales de su vida.



Como es sabido, el nacimiento aporta predisposición genética pero las relaciones afectivas primeras hacen que se regule el sistema emocional a través del apego que permitirá afianzar con el tiempo los primeros sentimientos de cercanía con el mundo circundante, es decir, la seguridad, la confianza y el afecto como sentimientos positivos y el miedo, el abandono y la inseguridad como elementos negativos (Hesse & Main, 2000).

La aparición de solidas emociones de apego del niño con su cuidador tuvo en un autor como Bowlby (1979) el primer estudio serio al respecto. El niño construye lazos emocionales con apegos a su cuidador(es) primario(s) (padre, madre y otros). El autor basó su estudio en la interrelación existente entre cuatro sistemas conductuales; el primero abarca las conductas de apego, luego continúa la exploración, se prosigue con el estudio del miedo a los extraños, para concluir con el sistema afiliativo.

El concepto esencial de Bowlby (1990) sobre apego, lo establece de la siguiente forma:

Apego es todo tipo de proceder por el que mediante una persona se acerca o mantiene el contacto con respecto a otro individuo, ya sea diferente o preferido. Mientras la imagen de apego continúe asequible y se manifieste, la conducta se puede limitar a verificar, ya sea de manera visual o auditiva, en el espacio en dónde se realiza el intercambio circunstancial de miradas y saludos. Así mismo, en algunas ocasiones se advierte una modelación o incluso una sujeción a la figura de apego, la cual en ocasiones puede llegar a reclamar su atención, incluso hasta llorar por ella, provocando en la figura del cuidador conductas de protección y cuidados (p.60).

La formación del vínculo afectivo con las primeras figuras de apego ocurre gracias a tres aspectos básicos: la sintonía del cuidador

con las señales del hijo; el balance, equilibrio o medida atenuada en el cuerpo, emociones y períodos mentales mediante el primer aspecto, así como la coherencia obtenida por el niño en la relación con su figura de apego, donde se concibe la sensación de interacción y vínculo con los otros (Mosquera & González, 2011).

Como apuntó Garrido (2006), tres funciones componen el sistema de apego, la primera: mantener proximidad del cuidador que genera protesta o ansiedad ante el alejamiento y placer ante el reencuentro, la segunda: facilitar la organización de una estructura de confianza que lo anime a explorar, desde el equilibrio, entre la disponibilidad del ente de apego y las amenazas concebidas del entorno, lo que resulta que el niño distinga o no tranquilidad en el aprendizaje y conquista de su ambiente como consecuencia de la confianza de disponibilidad del cuidador.

Por último, la tercera función es la búsqueda de un refugio seguro o cuidador ante una amenaza, necesidad, ansiedad o peligro (Feene& & Noller, 2001; Gómez, Pérez, Vargas & Wilthew, 2010). Como consecuencia de lo precedente se elaboran las representaciones de sí mismo, así como la de otros en las diferentes relaciones, por esto, sus modelos operativos internos (MOI) en la forma de corresponder con el bienestar a las necesidades establecidas con anterioridad (Barroso, 2014) se establecen a partir de una guía para la organización psíquica del individuo donde se trabaja el afecto, la cognición y la conducta en la relaciones más próximas (De la Cruz, Luviano & Gonzales , 2013).

Durante el transcurso de esta secuencia se van conformando las maneras de apego, por lo general, la relación entre la figura de apego y el niño ocurren de una manera categórica, de ahí que se construyan estructuras de aprendizaje sólidas que, a su vez, constituyen diseños de necesidades, expectativas, emociones y conductas que son consecuencias del apego que antes se estructuró jerárquicamente, por esto, la primera formación de apego crea un camino a seguir para la

formación y sustentación de las posteriores. También se asevera que estos patrones se hacen extensivos y se involucran en las relaciones interpersonales casi siempre (Gámez & Marrero, 2005).

El apego conocido como resistente ansioso-ambivalente o resistente se identifica por haber tenido cuidadores insensibles, entrometidos, con baja disponibilidad excesivamente afectuosos y evidentemente incoherentes (Carrera, 2007; Brenlla, Carreras y Brizzio, 2003), lo que genera en el niño que haya formado una limitada exploración y juego, alta perturbación o aflicción ante la separación, ansiedad e ira ante la llegada del cuidador como conducta de protesta. Además, sobregiran su afecto incrementando la expresión de su malestar con el objetivo de despertar las respuestas esperadas del cuidador y lo experimentan bajo un umbral de sensibilidad ante condiciones amenazantes.

Para 1985 Main presentó la tercera forma de apego inseguro, nombrándola como desorganizado/ confuso (Main, Kaplan & Cassidy 1985), la cual recoge a conductas desordenadas y poco predecibles, con esquivación del contacto visual, así como conducta inestable, producto de haber permanecido con cuidadores que no proporcionan seguridad, aumentando la desconfianza y el sentimiento de reaseguramiento, como también de una angustia perdurable o, incluso, por la separación de la figura de apego, todo esto conduce a interrelacionar peculiaridades de los dos tipos de inseguridades precedentes, movilizándolo a situaciones conflictivas que provocan conductas de desconcierto (Gámez & Marrero, 2005).

Ya en la adultez se generan relaciones que pueden llegar a ser de apego al cumplir con las funciones previamente expuestas, al ser el apego adulto un proceso biosocial por medio del que se forman vínculos emocionales afectivos entre adultos determinados por la historia de apego infantil de cada uno, conformándose como lazos

duraderos caracterizados por complejas dinámicas emocionales, al diferenciarse del infantil por ser recíproco, mas no unidireccional (Bartholomew & Horowitz, 1991).

## 2.1 Seguridad en el apego

El estudio del apego y su evolución a medida que el niño crece y se desarrolla ha dado como resultado que existan determinantes que influyan en estos elementos. El modelo establecido por Bowlby-Ainsworth asume que pueden ser distantes o próximos.

Los determinantes próximos estipulan la manera en que ocurre la correspondencia emocional de padres e hijos y ascienden junto al temperamento del infante y la comprensión de la madre. De la misma manera, los determinantes distantes son los que se ocupan de la influencia en el futuro. Estos buscan entender este desarrollo por períodos, se localizan en la etapa de mayor intensidad de las conductas de apego y ocurren entre los 9 meses y los 3 años de edad, ya que aquí se consolidan las formas de apego y las mismas poseen considerables posibilidades de postergarse durante el transcurso de la vida, se le reconoce asimismo como periodo crítico, ya que las restricciones de apego pueden incurrir de manera nefasta en la conducta del infante en los años venideros (Del Barrio, 2002).

Bien cercana a la familia, y en específico a los padres, ocurren las emociones infantiles, los padres resultan ejemplos de conductas, así como traductores de los estímulos de las expresiones emocionales. Los familiares próximos al niño componen, enuncian y perfeccionan el desarrollo de los trastornos emocionales.

Todo el mundo sabe que es mediante el vínculo familiar donde se adquieren los primeros indicios de creencias y valores, como también la conducta apropiada para pertenecer a la sociedad, esto no se hace únicamente mediante el lenguaje, se hace igualmente mediante la

interacción de los modelos más activos del entorno, debido a que el vínculo familiar es acaso el que más protección y socialización hace experimentar al infante, y en relación al nivel de seguridad o no que reciba de la misma se establecerán las percepciones de seguridad o inseguridad que se estén creando (Del Barrio, 2002).

En esta primera etapa del conocimiento y apego del niño, se refuerza la confianza en sí mismo, su valor y autoestima así como las habilidades, motivación y conocimiento como predictores de un desarrollo pleno del apego. El niño llega así a la adolescencia con un sentido de autoconcepto y autoestima que no conoce límites y del que no es consciente, muchos autores asumen que la adolescencia es un periodo de grandes cambios metabólicos, biológicos, emocionales y de crecimiento personal que permiten enraizar el proceso de apego que ya venía gestándose desde la infancia (Díaz, 2015). Durante esta etapa las figuras paternas se ejercen como las fundamentales fuentes de apego, ahora con adolescentes que se le suman, pues todavía conviven con ellos, influenciados por sus expectativas, experiencias y necesidades, las mismas se suelen sentir cómodas con la relación de emociones y autoridad que se ha construido entre todos.

La dependencia emocional es un concepto muy trabajado en la autoayuda pero muy poco tocado en la literatura científica y está relacionado con la vinculación de dos individuos a partir de afectos frustrados que se intentan satisfacer mediante las relaciones con apego patológico. Por esto la cercanía tan precisa con esta modalidad de apego origina un alto nivel de deterioro afectivo, donde es casi imposible eliminar ataduras y el afecto se torna voraz y, por ende, la base de seguridad de las relaciones se resquebraja y esta puede llegar a ser una relación de alejamiento sentimental y sin mucha influencia por ambas partes, debido a esto no habría que extrañarse que situaciones de violencia tuvieran lugar en cualquiera de sus versiones (Valle, 2018).

## 2.2 Apego adulto

Tal cual se expresó en el punto anterior, el establecimiento de vínculos afectivos será una constante que acompañará al individuo durante toda su experiencia vital, es preciso tener en cuenta que la entronización de la figura de apego variará durante la vida (Hazan y Zeifman, 1994). El presente acápite, indaga sobre el traspaso de los elementos del sistema de apego, desde la figura paterna, a las amistades y al sujeto amoroso, así como el proceso de creación de normas que se establece para la conformación de un vínculo de apego durante la relación de pareja. El traspaso gradual de los estamentos de apego de las figuras paternas a las amistades y a la pareja sentimental. La transferencia de los estamentos del vínculo afectivo de la figura paterna a la pareja realiza un orden preciso cuando la necesidad de proximidad es el primer estamento en traspasarse, y a continuación le sigue el refugio emocional y el estrés por separación, en la etapa de 15-17 años las figuras paternas experimentan la pérdida del estamento primordial del apego: la base de la seguridad (Hazan & Zeifman, 1994).

En la investigación realizada por ambas autoras, tomando como muestra a niños y adolescentes entre 6 y 17 años, hallaron un traspaso progresivo de las funciones de apego: los grupos de menor edad inquirían ayuda en las amistades, sin embargo, ocurrió que el grupo de 15-17 años fue el que recurrió a las amistades como base de seguridad. Las investigadoras determinaron que el apego plenamente establecido, o sea, portador de los cuatro estamentos que lo definen (búsqueda de proximidad, protesta de separación, refugio emocional y base de seguridad) resulta, para buena parte de los casos, privativo de apegos paternas o de la pareja sentimental. De esta manera, y en consideración con que los amigos también pertenecen a los vínculos afectivos, se reconoció durante la investigación que los individuos que no tenían una relación amorosa en ese momento solo experimentaban protesta de separación de las figuras paternas, pero

no de amistades, hermanos, ni de individuos con las que solían tener relaciones sexuales. O sea, “las únicamente del tipo sentimental” por lo que concretan que “aparentemente el sexo juega un rol central en el apego con los compañeros puesto que se crearía un contexto social facilitador de la formación de vínculos de apego” (Hazan & Zeifman, 1994, p. 340).

A continuación, Fraley & Davis (1997), refutaron la investigación precedente con una muestra de adultos jóvenes, lo que corroboró, de cierta manera, la investigación al hallar que el desarrollo de un vínculo de apego entre amistades requiere de una proximidad de alrededor de tres años y medio de permanencia, sin embargo, para una relación amorosa solo es necesario dos años para establecerse un vínculo de apego. Fraley & Davis (1997) destacan dos respuestas potenciales; una, las relaciones amorosas son más peculiares y requieren intimidad física la cual despeja el trayecto a la consumación del apego y dos, la circunstancia de que las amistades se crean durante la adolescencia temprana cuando todavía la entidad paternal es aun figura de apego primario.

Las investigaciones efectuadas por Lafuente (1992) y López (1993) arrojaron, con anterioridad, deducciones semejantes. Vale subrayar que estos estudios se realizaron con una gran muestra y un alto rango etario. De manera que, la investigación de Lafuente se efectuó con 772 individuos con un rango de edad de los 2 a los 85 años, y la investigación de López, con 338 colaboradores y un rango etario de 14 a 65 años. Los resultados de las sendas investigaciones arrojaron que, durante la niñez, la figura primordial de apego son los padres, aunque también surgen otras entidades de apego del tipo de hermanos y parientes cercanos y lejanos, así como amigos de juego.

Este establecimiento gradual se va a mantener a través de la adolescencia, pues muchas veces, las amistades alcanzan mayor relevancia que muchos familiares. Ya de joven, la pareja y las amistades

emergen como figuras de apego de igual manera que hasta entonces lo habían sido los padres.

Aunque las figuras paternas se mantienen en el estatus de apego principal, experimentan una regresión en la escala jerárquica de los apegos. Va a ser en la edad adulta cuando la pareja sentimental desplace a los padres como la figura fundamental de apego (López, 1993). En fin, la investigación de Lafuente arrojó que, al arribar a la senectud (66-85 años), los hijos o el cónyuge, si todavía vive, representan las figuras de apego fundamentales. En una investigación ulterior Lafuente remató que el estamento de búsqueda de proximidad comienza su transferencia a las amistades al final de la infancia, la guarida emocional de la adolescencia temprana, al tiempo que los últimos estamentos (protesta de separación y base de seguridad), se realizan al concluir la adolescencia o comienzo de la adultez. Enfatizaba, también que, en contraste con la investigación de Hazan & Zeifman (1994) en residentes norteamericanos, el traspaso de los componentes del apego en este contexto al parecer ocurre un poco más despacio, aunque el proceso de transferencia escalonada y el orden resulten semejantes.

En este orden de cosas, es pertinente puntualizar que los estilos de apego y las amistades poseen una relación común en función del tipo de coherencia, el beneplácito, la satisfacción psicológica, lo evitativo y la confianza con que se recíproque la amistad. Este vínculo de afectos tiene profunda relación con las principales tareas del desarrollo y su tipo de apego es secundario (Díaz & Díaz, 2016).

No siempre estas relaciones son intensas y duraderas, muchas veces suelen ser superficiales y efímeras. Estos tipos de apego ayudan a dignificar la confianza, a manejar de manera profunda la intimidad, a regular y entender la sexualidad y a establecer una confianza mutua. Aunque en momentos algunos lo consideren algo exagerado, lo cierto es que las relaciones de amistad pueden incidir en el bienestar



psicológico y en la seguridad, creación de valores, proximidad e interacciones íntimas de apego que facilitan la confianza y seguridad de las personas (Díaz & Díaz, 2016).

La investigación acerca del apego durante la adultez representa una contribución fundamental en el terreno psicológico ya que posibilita instaurar un diseño de estudio y representación de la esfera conductual del individuo y el impacto que estos puedan ocasionar en sus relaciones interpersonales, sociales y predios laborales. Ortiz (2019) dejó claro que en la vida adulta las relaciones de apego se identifican más con la pareja y con los amigos que con los cuidadores principales o los padres, aun cuando estos hayan sido los dadores del vínculo de apego inicial, pues en esta jerarquía de afectos debe haber una evolución progresiva en la que el aprendizaje sea un viaje de mejoría constante y de contribución a los afectos que aparezcan en el desenvolvimiento social y personal de cada uno.

### 2.3 Fases en la formación de la relación de pareja según el apego

Basados en la teoría del apego, en concreto, en la formación y mantenimiento de los vínculos de apego descritos por Bowlby (1979) y asumiendo cierto paralelismo con la etapa infantil, Hazan y Zeifman (1994) presentaron un modelo del proceso de formación del vínculo de apego adulto en el transcurso del establecimiento de una relación de pareja. Este modelo se compone de cuatro fases: pre-apego, formación del apego, apego definido y corrección de metas cuyas características se detallan a continuación: - Pre-apego: atracción y cortejo. Esta primera fase, corresponde al momento en el que comienza la atracción entre dos personas. En ella se observan una serie de conductas universales que sirven para iniciar una interacción con aquellas personas por las que se siente cierta atracción: sonrisas, contacto ocular, charla animada e intranscendente, expresiones faciales y otros gestos informales. Durante esta fase, existe un gran entusiasmo y respeto por el otro y cualquier comentario o información

trivial, son atendidos con gran interés. Esta motivación, unida al elevado contenido emocional del discurso y los gestos, facilita la sincronía en las conversaciones.

La feniletilamina es la hormona responsable de la elevada energía y empatía que se produce en esta fase y disminuye la posibilidad de nuevos rivales que dificulten el potencial vínculo futuro. Para estos autores el único componente de apego presente en esta etapa es la búsqueda de proximidad, donde el sistema más implicado es el sexual, principal promotor de la búsqueda de contacto. No obstante, si la interacción se inicia con la expectativa de un posible compromiso, señales relativas a los componentes de cuidados y apego como son la calidez, el cariño y la responsividad, estos van a cobrar cierta relevancia aunque haya, incluso, cierto impacto en el componente sexual.

En cuanto al enamoramiento y apego en similitud al acápite precedente, en el enamoramiento continúa una alta activación fisiológica, no obstante, durante esta etapa el arousal se extiende mucho más aun de la interacción básica: circunstancias como el insomnio y la inapetencia, también, contradictoriamente, experimentan una energía inacabable, son ciertas características de este tipo de activación.

La respuesta explicativa neurológica de este grado de activación, se localiza en los efectos de la feniletilamina, con síntomas muy parecidos a los de las anfetaminas, o sea, con un incremento de la activación y facultades parcialmente alucinógenas, lo que daría respuesta a la sublimación distintiva de esta fase (Alamán, 2018).

También, el proceso de activación bioquímica reactiva la avidez por continuar el contacto físico con la pareja sentimental, es la hormona llamada oxitocina que liberada luego del clímax sexual se involucra en las caricias que preceden a las relaciones íntimas. Se verifican proceder más calmados e íntimos como modificaciones

en la modulación de la voz (susurros, habla imitativa de un niño, etc.), miradas cruzadas y contactos corporal dilatados, caricias, comportamientos de pareja (cuidados, mimos, etc) y un incremento notable de la confianza mutua en cuanto a información se refiere (interioridades familiares, experiencias desagradables precedentes, etc.).

Las conductas identificadas, privativas de las relaciones de pareja, auspician la construcción del vínculo de apego. Las parejas comienzan por volverse entidades de soporte emocional recíproco, de ahí que la relación adquiera un nuevo mecanismo del sistema de apego, el refugio emocional. En Hazan & Zeifman (1994) las conductas habituales de esta fase, posiblemente se apreciarán a través de sentimientos como decaimiento, depresión, aunque no se percibirá una alta ansiedad o quiebra del comportamiento diario habitual, de la disolución de un apego, ya que las necesidades de apoyo emocional pueden ser compensadas por familiares y amigos.

En cuanto a la violencia y apego en las relaciones afectivas es prudente realizar un aparte relacionado con la interioridad del apego adulto, donde se refleje que la violencia contra la pareja es comprendida como una reacción desmedida ante una interpretación ofensiva de la conducta de la pareja y también es una manera de impedir que la pareja termine la relación. De esta manera, según Dutton (2007), la agresión en la pareja puede comprenderse como una conducta de protesta del agresor enfocado en la figura de apego (la pareja) e impulsado por amenazas de alejamiento o abandono.

La teoría del apego puede brindar importante información sobre los estilos relacionales de los agresores y sobre la forma en que las interacciones violentas suceden. Por ende, su evaluación no solo facilitaría un mejor abordaje del estilo emocional del sujeto, sino que incluso podría ser una herramienta útil para su tratamiento.

Mínguez & Álvarez (2013) establecieron que el vínculo de apego formado en la niñez persiste estable a lo largo de la vida e influye en las relaciones interpersonales que establecen la intimidad y proximidad. La función del apego adulto es la misma que la de la infancia relacionada con buscar cuidados, resguardo y superar la circunstancias que parezcan amenazantes.

Sin embargo, en aquella etapa, la figura de apego principal la representan los padres y durante la adultez, el rol lo asume la pareja romántica. Campos (2018) definió el apego adulto como la búsqueda de proximidad con un ser específico para alcanzar la sensación de seguridad, esto se lleva a cabo principalmente en las relaciones de pareja, con quien se busca planificar el futuro y asegurar la seguridad y permanencia, tanto física como emocional. Sin embargo, esto requiere el conocimiento previo, en virtud de que no todas las relaciones son seguras ni duraderas, lo que podría derivar en fracaso en la formación del vínculo de apego.

En relación al apego y relaciones violentas, Bowlby (1979), propuso que la conducta de apego tiene una alta predisposición al esquema explicativo de la violencia contra individuos cercanos, estas conductas procuran una impresión de seguridad siempre que se realice un acercamiento y proximidad con las figuras de apego. A partir de las relaciones de apego con las figuras cuidadoras se construye una opinión sobre cada uno y sobre los demás, eso nos lleva a considerar como factor común el hecho de tener una identidad establecida.

Bartholomew & Horowitz (1991) asentaron los estilos de apego adulto en esa evaluación positiva o negativa que se construye de uno mismo y de los demás. Desde esta perspectiva se ha incorporado un bosquejo de dos dimensiones que caracterizan las estructuras de apego, la primera está relacionada con el grado en que sienten el miedo a ser rechazados o abandonados y esto está condicionado por la ansiedad.

La otra dimensión tiene que ver con el grado de incomodidad que puede transmitir la intimidad con otros, y aquí se relaciona con la dimensión evitación.

En estas dimensiones predominan dos estilos de estrategias frente a contextos amenazadores. Por un lado, el gran miedo al rechazo y el abandono se relacionan con destrezas hiperactivas desarrolladas en el sistema de apego, y que consisten en insistir coercitivamente en la proximidad de las figuras de apego, en completa concordancia perceptiva de la indefensión y nula competencia para autorregular los estados de ánimo, o lo que se le conoce también como estilo de apego preocupado. Cuando estas estrategias de desactivación y de activación son muy frecuentes, el estilo de apego se conoce como temeroso en adultos y también se le llama estilo de apego inseguro desorganizado en los niños de pocas edades.

El desarrollo de esta fase de apego temerosa proviene de actitudes de las figuras de apego inseguras como la separación en momentos tensionantes, respuestas negativas, roles confusos en las respuestas que le dan a los niños, comportamientos que producen temores y eso lleva a que las propias figuras de apego introduzcan el miedo y la desconfianza en los niños.

Por supuesto, esta conducta de amenaza o violencia infringida al niño desde tempranas edades va a incidir directamente en un proporcional daño físico y psicológico en el niño y sus respuestas ante las adversidades. Es así que la familia que genera un clima violento enseña a los hijos la única forma de convivir y su conducta futura, lo que proporciona al hombre creencias irracionales sobre un nivel jerárquico que lo hace superior a la mujer y esto genera conductas en diferentes estructuras socioculturales.

El entorno en el que se desenvuelve el individuo fortalece las conductas aprendidas en el hogar, justifica la violencia como patrones

aprendidos, sin embargo, hay que hacer una diferencia entre la agresividad que constituye la supervivencia sin intencionalidad de causar daño, mientras que la violencia además de tener la intencionalidad de dañar también cuenta con el deseo de demostrar poder (Cussiánovich, Tello & Sotelo, 2007). Por lo anteriormente expresado, se puede definir que el estilo de apego influye en la capacidad de cuidar o intencionar la agresividad en los niños desde sus primeras relaciones de apego.

Según Kuncé & Shaver (1994) estos resultados pueden estar relacionados con las carencias en el cuidado de los niños, en las pocas posibilidades para entender lo que el niño solicita y por tanto, se establece una incomunicación que aleja al cuidador de su sujeto de apego, la falta de condiciones en la casa para cuidar a los niños y mantener organizado un lugar de base segura también incide en este estilo de apego desorganizado y ambivalente que puede generar actitudes violentas en el niño y en el adulto que tuvo estas características en su infancia y no pudo establecer un patrón adecuado de apego para constituirse (Fontanil, Alonso & Ezama, 2015).

En la pareja, el término apego emocional se había mantenido alejado del de violencia hasta hace unos pocos años que se comenzó a relacionar por sus variadas influencias. Esta teoría del apego brinda información importante sobre los estilos de los agresores y la manera en que se producen las intervenciones violentas. Las figuras de apego influyen en las expresiones funcionales o disfuncionales relacionadas con la ira, la violencia doméstica, la de pareja e incluso la de grupos (Mikulincer & Shaver, 2008).

El apego no expone la conducta, pero sí establece un método analítico sobre los procesos psicológicos que se estructuran en la agresión y que se presentan como carencia de empatía o devoción por la impulsividad (Ansbro, 2008). Con respecto a la agresión de pareja y su comportamiento de protesta ante la figura de apego, Fox et al.

(2002) refieren que este se intensifica por amenazas de separación o abandono. La variable del apego ha pasado a formar parte de los protocolos que sirven para evaluar a los hombres violentos con sus parejas. Existen distintos tipos de apego que todos coinciden en la poca estabilidad emocional frente al rechazo o abandono de la pareja haciendo que estas necesidades de dominio en las relaciones de pareja conlleven a una actividad violenta en contra de la persona a la que se muestra apego (Mikulincer & Shaver, 2008).

Las relaciones afectivas en la edad adulta en los estudios iniciales sobre el apego clasificaban tres estilos principales de apego: seguro, ambivalente y evitativo, sin realizar distinción entre los estilos evitativos (Collins & Read, 1994). No fue sino hasta los años 90 del siglo XX cuando la investigación realizada por Bartholomew (1990) evidenció la presencia de dos estilos afectivos en la clasificación de evitativo: el alejado y el temeroso, mediante esto se eliminaron muchos de los inconvenientes de la tipología de tres estilos y se progresó mucho para conocer, constituir e impulsar los modelos mentales de relación. En estudios siguientes se pudo validar la tipología que señalaba Bartholomew (Feeney, Noller & Hanrahan, 1994).

Mayseless (1996), en su ejercicio de tesis doctoral, refirió que el individuo con un estilo de apego alejado tiene un modelo mental positivo de sí mismo, pero negativo de los demás (Bartholomew, 1990). Experimentó una alta molestia con la intimidad y estimó que las relaciones interpersonales pueden ser poco importantes en comparación con los logros profesionales o económicos (Feeney, Noller & Hanrahan, 1994; Mayseless, 1996), y que estos poseen obsesión de éxito, perfeccionismo, labor adicción o materialismo e involucramiento extremo en actividades de resultado (Brennan & Shaver 1995). La táctica empleada por este subtipo reside en la negación de las necesidades afectivas y en la autosuficiencia emocional (Bartholomew & Horowitz, 1991; Mayseless, 1996) para lograr que los demás tengan una imagen positiva de lo que se muestra de sí mismo.

De este modo, se elabora un modelo del self que resulta invulnerable a sentimientos negativos o posibles rechazos de las figuras de apego; al decir de Bowlby (1979), su sistema de apego se mantiene inactivo (Melero, 2008).

“Las mujeres víctimas de violencia no tienen un estilo de apego único, sin embargo, pueden presentar combinaciones de estilos de apego y, a su vez, pueden presentarlas en diferentes niveles”, así lo conceptualizan (Argüello, Polit & Proaño, 2019, p. 260). Con el estudio de la violencia interpersonal, una de las variables más complejas de investigar es el apego adulto y la influencia que este aporta en la regulación de las emociones y los afectos más allá de las familiares y las románticas. Este trabajo logró relacionar los diferentes estilos de apego con las expresiones de ira, con la violencia doméstica, con la de pareja y en algunos casos con el comportamiento delictivo.

Los dos principales modelos teóricos sobre el apego se diferencian como dimensionales o categoriales. Una debilidad del modelo categorial es que diferentes mediciones no logran consenso al evaluar a un mismo individuo (quizá porque su expresión emocional es producto de un proceso relacional y, por tanto, se hace complicado su clasificación transversal). En los modelos dimensionales los individuos se ordenan dentro de un continuo, de modo que las dimensiones son independientes y sin interacción entre ellas.

## 2.4 Apego y conducta violenta

Dentro de la bibliografía sobre psicología se pueden hallar disímiles referencias que relacionan los estilos de apego adulto con diferentes tipos de agresión y de agresores (Mikulincer & Shaver, 2011), como también con otras conductas desadaptadas, como resultan ciertos trastornos mentales. Desde un hipotético continuo del apego, Fernández & Merari (2013) situaron dos tipos de conducta delictiva y violenta con excelente acogida en el gremio forense: el



acoso y la psicopatía. El investigador abordó los diferentes sondeos empíricos sobre la relación entre las posibles patologías del apego y sus comportamientos problemáticos, a lo que añadió que en estos casos los acosadores pueden presentar un período mental de apego preocupado, además de una hiperactivación psicofisiológica (arousal, término que se relaciona con el estilo de apego).

También añadió que las personas penadas por acoso no poseen trastornos de la personalidad antisocial y salvo raras excepciones son psicópatas. Por lo que se determina que los estilos de apego preocupado o temeroso son los más frecuentes en los agresores que agreden sus exparejas. Ahora bien, habría que ubicar en el lado opuesto de estos acosadores a los psicópatas, pues sus primordiales atributos están dados por su baja activación psicofisiológica, por evitar la afectividad y ser presas de un desapego emocional crónico, sustentado en la teoría del apego por los reconocimientos de obstáculos o abandonos en la niñez, por alteraciones neurobiológicas o una potencial heredabilidad de esos rasgos.

Mikulincer & Shaver (2008) establecieron que los procesos de apego intervienen en las expresiones irascibles y en los distintos tipos de violencia interpersonal. Los individuos con apego ansioso tienen propensión a intensificar el estrés y a parlotear sobre sus hábitos estresantes.

No obstante, su temor a la separación, la necesidad de ser amados y su elevada dependencia emocional pueden lograr no exteriorizar la ira y redirigirla hacia sí mismo. El estilo de apego es incapaz de responder por sí mismo a una conducta violenta, aunque sí posee un método de interpretación alrededor de los procesos psicológicos que participan en la agresión, tales como la poca o ninguna empatía o la predisposición a la impulsividad (Ansbro, 2008). Para Mayseless (1996), el apego podría dar respuesta a por qué ciertos individuos en casos específicos articulan violencia en situaciones en las que otros

solo expresarían disgusto. En resumen, en los problemas de pareja la incomunicación, la tentativa de ruptura y el desapego emocional suelen ser escenarios en los que se desempeña la agresión.

En este entender la agresión como expresión de un apego ansioso, West & George (1999) señalaron que la activación de estas acciones se producen al percibir la conducta de la pareja como amenazante, de abandono o de humillación. Suelen ser sujetos celópatas y urgidos de su pareja y que, por esto, temen particularmente su pérdida (Holtzworth & Stuart, 1994; Holtzworth & Meehan, 2004). Bartholomew señala que los individuos con apego temeroso, “desean contacto social e intimidad, pero experimentan desconfianza interpersonal generalizada y miedo al rechazo” (Dutton et al., 1994, p. 35).

Las personas con apego temeroso y preocupado son las más propensas a experimentar ansiedad ante el abandono en sus relaciones íntimas. Estos modelos de apego están correlacionados efectivamente con la ira y la impulsividad (Loinaz, 2011a), la celotipia y el desequilibrio afectivo que, también se correlacionan con frecuentes abusos físicos y psicológicos en las relaciones íntimas (Dutton, 2007).

Los individuos con apego desorganizado se suelen sentir vulnerables e inseguros física y psicológicamente. No obstante, a que necesiten y añoren las relaciones íntimas, las conciben como una amenaza. Su apego se expresa en forma de hipersensibilidad al rechazo y de evitación de todas las relaciones en las que presuponen posibilidad de rechazo (Dutton, 2007; Holtzworth et al., 2003; Holtzworth & Meehan, 2004) y, a su vez, manifiestan menos empatía. Es el estilo predominante en los subtipos borderline/disfóricos, también llamados emocionalmente inestables (Loinaz, 2011).

**Tabla 1**  
*Estilo de apego y relación de pareja*

Estilo de Apego	Características en la relación de pareja
Evitativo Alejado	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Minimizan las necesidades afectivas.</li> <li>- Evitan el compromiso a largo plazo (Brennan &amp; Shaver, 1995).</li> <li>- Desconfiados en las relaciones íntimas (Simpson, 1990).</li> <li>- Evitan conductas que puedan implicarlo emocionalmente con la pareja (Fraley &amp; Davis, 1997).</li> <li>- Disfrutan de menos muestras de cariño con sus parejas (Hazan &amp; Zeifman, 1994), y mantienen la distancia interpersonal (Feeney &amp; Noller, 1990).</li> <li>- Menor implicación emocional, niegan la necesidad de apego (Brennan &amp; Shaver 1995; Hazan &amp; Shaver 1987)</li> <li>- Menor entendimiento y satisfacción en sus relaciones íntimas mantienen a los demás apartados de su vida (Hazan &amp; Shaver 1987)</li> <li>- Ven a los demás como incapaces de proporcionar cercanía emocional y tranquilidad, por lo que se sienten social y emocionalmente aislados (Feeney &amp; Noller, 1990).</li> <li>- Restan importancia a las relaciones íntimas, ponen énfasis en la independencia y en la autosuficiencia, tienen una emocionalidad restringida (Bartholomew &amp; Horowitz, 1991)</li> <li>- Suelen cuestionar la existencia o la estabilidad del amor, se conciben autosuficientes y restan importancia a las relaciones afectivas (Hazan &amp; Shaver, 1987).</li> </ul>
Evitativo Temeroso	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Combina la evitación y la ansiedad por las relaciones (Brennan, Clark &amp; Shaver, 1998; Fraley, Waller &amp; Brennan 2000).</li> <li>- Evitación emocional por temor al rechazo, aunque su necesidad de aprobación y conciencia de necesidades lo lleva a retener la pareja cuando la consigue (Feeney, Noller &amp; Hanrahan, 1994).</li> <li>- Realizan interpretaciones negativas de la conducta de la pareja más frecuentemente (Collins &amp; Read, 1994).</li> </ul>

Evitativo Temeroso	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Evitan las relaciones íntimas por desconfianza (Marrone, 2001).</li> <li>- Desconfianza en los otros y en las consecuencias positivas de su interacción (Feeney &amp; Noller, 1990; Hazan &amp; Shaver, 1987).</li> <li>- Manifiestan mucha brusquedad e ira con la pareja (Fraley, Waller &amp; Brennan, 2000).</li> </ul>
Preocupado	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Se enamoran constantemente, aunque les resulta difícil que lo hagan con similar pasión que ellos lo hacen (Hazan &amp; Shaver, 1987).</li> <li>-Enorme aspiración de proximidad y cuidado.</li> <li>-Excesivo involucramiento en las relaciones íntimas y sublimación de la pareja (Feeney &amp; Noller, 1990, Marrone, 2001).</li> <li>-Alta frecuencia de disoluciones y aunque pasan un duelo grande, no es extraño que vuelvan a enamorarse con similar intensidad (Kirkpatrick &amp; Davis, 1994).</li> <li>-Alta activación del sistema de apego (Mayseless, 1996).</li> <li>-Relaciones afectivas caracterizadas por una preocupación constante por el abandono o la ansiedad al rechazo, la pretensión exagerada de alianza y reciprocidad, la desconfianza, la celotipia y una gran fragilidad a la soledad (Brennan &amp; Shaver, 1995; Feeney &amp; Noller, 1990; Hazan &amp; Shaver, 1987; Mikulincer &amp; Shaver, 2011).</li> <li>-Su objetivo principal parece ser la obtención de la aprobación y evitar el rechazo, por lo que dirigen su atención sobremanera a los signos de reprobación de los otros (Collins &amp; Read, 1994).</li> <li>-De cara a los conflictos interpersonales, tienden a culparse a sí mismas mientras sostienen una visión positiva del otro (Feeney &amp; Noller, 2001)</li> <li>-Tienen fuertes deseos de intimidad, junto con una inseguridad respecto a los otros (Feeney &amp; Noller, 2001).</li> </ul>

Seguros	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Autonomía e interdependencia en la pareja (Simpson, 1990).</li> <li>-Relaciones eficaces con durabilidad en el tiempo (Feeney, Noller y Hanrahan, 1994; Bartholomew &amp; Horowitz, 1991; Mikulincer, 1998; Simpson, 1990).</li> <li>-Se sienten seguros tanto en circunstancias de proximidad como de lejanía (Bartholomew &amp; Horowitz, 1991).</li> <li>-Poseen expectativas positivas sobre las relaciones con los demás (Marrone, 2001).</li> <li>-Confían en las posibilidades de respuesta, afecto y deseo de alianza de sus parejas (Collins &amp; Read, 1994).</li> <li>-Valoran las relaciones íntimas, tienen capacidad para mantener relaciones sin perder su autonomía personal (Marrone, 2001).</li> <li>-Son más capaces de ofrecer cuidado y apoyar a sus parejas, amigos e hijos (Collins &amp; Read, 1994).</li> <li>-Sostienen un equilibrio entre las necesidades afectivas y la autonomía personal (Mayseless, 1996).</li> </ul>
---------	--

Vega (2015) abordó la situación de los individuos evitativos y sostuvo que, para ellos es crucial sostener la distancia y evitar que los otros se aproximen demasiado. Su tendencia a limitar la intimidad estaría motivada por una gran necesidad de sufrir el rechazo (temeroso) o, al contrario, por su inquietud por la autonomía, aspecto que se encuentra localizado en el énfasis que ponen en el logro, que es alejarse.

Rhatigan, et,al (2006), construyó la teoría de la unión traumática con el objetivo de entender por qué las féminas sometidas a la violencia de pareja (y también las personas secuestradas) experimentan vínculos emocionales de apego hacia aquella persona que las maltrata o las agrede. El autor sostiene que la base de este fenómeno está basada en el desequilibrio de poder y en los períodos intermitentes de refuerzo positivo y negativo. Cuando habla de desequilibrio de poder se refiere

al control coercitivo que lleva a cabo el perpetrador sobre la víctima, que provoca que esta internalice la visión negativa que él tenga de ella y le provoca así una baja autoestima, la hace sentir incapaz de cuidarse por sí misma y, por tanto, aumenta su sumisión emocional. A propósito de lo que se refiere a la discontinuidad del abuso, el descenso en el arousal tras una situación violenta opera a modo de un potente reforzador negativo.

De la misma manera se pudo comprobar que el inicio de la relación puede operar como un catalizador positivo según esta teoría, pues mientras exista mayor desequilibrio en el poder e intermitencia del maltrato, mayor será el apego de la víctima, con esta teoría se busca entender cuáles son las mujeres que suelen tener mayores probabilidades de volver a su relación maltratadora. El sistema de apego actúa ante situaciones de separación, de tal manera que las féminas con mayor unión traumática intentarán, tras la separación, centrarse exclusivamente en las cuestiones positivas y reforzantes de la relación. Por otro lado, Andrés Montero procesó la teoría de la adaptación paradójica a la violencia doméstica, que describió como un conjunto de procesos psicológicos (cognitivos, conductuales, emocionales y fisiológicos) que culminan en el desarrollo paradójico de un vínculo interpersonal de protección entre la víctima de VP y el perpetrador, en el marco de un ambiente traumático y de restricción estimular, a través de la inducción en la mujer de un modelo mental.

Este síndrome sería semejante al de Estocolmo desarrollado para proteger la honradez psicológica y reestablecer la homeostasis: en la fase desencadenante la mujer se siente desorientada en las primeras agresiones, también puede llegar a sentirse perdida ante reacciones de estrés; después aparece la fase de reorientación en la que la mujer reorganiza sus esquemas cognitivos para dilucidar la discrepancia que siente entre elegir a su pareja nuevamente y la realidad que la circunda, aquí ella se auto inculpa y llega a sentir una profunda indefensión.

En la fase de afrontamiento, es donde llega a asumir el modelo mental del abusador desde su posición traumática, y en la fase de adaptación, esta mujer es capaz de proyectar su culpa al exterior y, paradójicamente, termina defendiendo a su pareja.

Por otro lado, Walker (2009) utilizó la teoría de la indefensión aprendida para entender la pasividad y dependencia de las mujeres víctimas de VP. Las mujeres víctimas de VP que son víctimas de violencia a pesar de todos los intentos de detener dicha situación experimentan déficits de la motivación, cognición (dificultades para la resolución de problemas), y el afecto (síntomas depresivos), que son dependientes de atribuciones internas (he causado la situación de violencia), estables (esta situación no cambiará) y globales (recibo abuso en todas las áreas de mi vida) de la causalidad de la violencia. Estos déficits serían los responsables del mantenimiento en la situación de violencia y la dificultad para salir de ella (Critchfield et al., 2008). El vínculo de apego en la etapa adulta es una necesidad primaria durante toda la vida, tanto es así que en las primeras investigaciones alrededor del apego, Bowlby (1979) conceptualizaba al apego como algo “propio de los seres humanos desde la cuna hasta la sepultura” (p.129), y aseveraba que el sistema de apego es innato y vital para la supervivencia que se mantiene a través del desarrollo. En la niñez los padres suelen ser los principales sujetos de apegos de los infantes.

En la adolescencia tiene lugar un tránsito gradual de los diferentes componentes conductuales del apego a otros sujetos no necesariamente parentales, lo que provoca un traslado de la escala de jerarquía de las figuras. A propósito de esto, Hazan & Zeifman (1994) expresaron que las funciones fundamentales del apego (seguridad y protección) estudiadas por Bowlby en la niñez (1969-1972), continúan aun en las relaciones íntimas durante la adultez, aunque con la peculiaridad de que en la edad adulta es la pareja la que juega el rol de figura de apego fundamental.

Sin embargo, las figuras paternas continuarán la función de figura de apego también en la adolescencia y la edad adulta, aunque estas ahora tendrán una función “moderada” como ente de apego en comparación con la pareja conyugal. De este modo, tanto el nudo paterno-filial como el vínculo conyugal conforman elementos insoslayables y tanto uno como otro pueden establecerse como sujetos de apegos (Hazan & Zeifman, 1994). Las investigaciones alrededor de las relaciones de apego durante la adultez, arrojan que la necesidad de encontrar un lazo de apego, continúa durante el desarrollo, a través de actividades análogas a las de la niñez.

Por su lado, Mikulincer (1998) propuso que, en la adultez, la necesidad de indagar en nuevos sujetos de apegos viene originada por una madurez en el área social y sexual del individuo, debido a que este ya puede identificar las limitaciones de las figuras paternas, así como también se puede incrementar su autoconfianza y el sentimiento de libertad. Esta defensa de la presencia de interrelación de los apegos durante la adultez es brindada por Hazan & Zeifman (1994).

A propósito, los apegos surgidos durante la adultez también comparten parecidos con los establecidos durante la niñez. Hazan & Zeifman (1994) contribuyeron a esta idea de la prolongación del apego a través del estudio de cuatro variables. En lo concerniente al contacto físico (lograr la aproximación y el contacto), se advierten interacciones íntimas privilegio de las relaciones conyugales y de las relaciones materno-filiales y que distan de la presentadas en cualquier otra forma de relaciones. Hay parecidos entre la manera de comunicarse en eventos de intimidad adulta y en el trato madre-hijo, interrelación visual, postural, espacial, táctil y sonora desformalizada etc.

La segunda variable se ocupa de los razonamientos que permiten elegir la figura de apego, los cuales son afines a niños y adultos, los cuales se interrelacionan con aquellos que brindan respuestas



a las carencias personales y que resultan agradables, responsivos, competentes y familiares. La tercera variable se ocupa de la separación de la figura de apego, así como fundamentalmente de la reacción del individuo, la cual puede ser, ansiedad, estrés, con la consiguiente depresión para, si el alejamiento es demasiado largo, provocar el desapego o una reorientación afectiva (Bowlby, 1979).

Para concluir, se muestra la incidencia en la salud física y psicológica, la quiebra, la disolución, la divergencia o la conducta celosa durante la relación con la figura de apego, lo cual implica una presencia de anomalías fisiológicas y psicológicas, producto de la actividad perjudicial sobre el sistema inmunológico. Varias investigaciones han abordado este último tema y se ha corroborado que existen mayores posibilidades de mortalidad en las personas que viven al margen de vínculos de apegos, los individuos divorciados son más vulnerables a las enfermedades físicas y mentales, así como el porcentaje de trastorno mental es superior en personas solteras y, en las relaciones de codependencia, se advierte una salud endeble, hábitos de vida insanos y una fuerte propensión a la depresión. Sin embargo, se ha comprobado que las relaciones de pareja felices poseen un mayor arsenal de respuestas ante las contingencias de la vida y, por tanto, tienen una mejor regulación del sistema inmune que el de las relaciones conflictivas, así como también disfrutan del doble de posibilidades de sobrevivir tras un ataque cardíaco (Kiecolt & Newton, 2001).

Por otro lado, y sin obviar los parecidos entre el sistema de apego infantil y el adulto, los aportes, carencias y otros asuntos evolutivos presentes en el adulto marcan una diferencia significativa entre los dos. Brindar cuidados, ejercer el rol de proveedor en ambos conyuges, así como un cuidado mutuo y adicional, tanto físico como emocional, es la característica fundamental de una relación de apego adulto funcional (Hazan & Zeifman, 1994), lo que lleva a que ocurra, de esta manera, un equilibrio entre la tríada de sistemas involucrados (apego,

cuidado y sexualidad). Más allá de la situación en que un miembro de la pareja tenga que ejercer como cuidador durante un tiempo, una relación saludable abarca el hecho de que la posición de cuidador pueda cambiar de un miembro a otro en la medida de las necesidades de esta.

Por lo que respecta a las circunstancias activadoras del sistema de apego en la adultez, Kobak & Duemmler (1994) identificaron tres circunstancias: el miedo, que auspicia el interés por refugiarse emocionalmente; los retos, que auspician la pesquisa por encontrar una base segura y los conflictos en las relaciones (búsqueda de proximidad). A propósito de la búsqueda y mantenimiento de proximidad, la divergencia se localiza en el conjunto y tipo de interacciones que son necesarias para restaurar el sentimiento de seguridad.

La capacidad de encontrar proximidad elemental durante la niñez es reemplazada por la “activación de representaciones mentales de la pareja” (Mikulincer, 1998, p. 13). La persona adulta, a no ser en circunstancias de dolor extremo (duelo, enfermedad, etc.), puede prescindir de la interrelación física como de la figura de apego para retomar el equilibrio emocional. La persona adulta ha incorporado estrategias cognitivas y comportamentales que le permiten dar respuesta a la activación del sistema de apego. El volumen para tolerar las frustraciones aumenta toda vez que el niño aumenta la capacidad de representación, por lo que el adulto, generalmente, puede tolerar la distancia con la figura de apego, gracias al modelo mental creado para las relaciones.

Para concluir, el elemento sexual suele estar presente en las relaciones de parejas adultas, motivación esta que es una de las principales en la inducción al contacto físico, sobre todo durante las etapas iniciales de la pareja (Hazan & Zeifman, 1994). Las conductas de apego van a resultar menos evidentes en la adultez que en las fases

evolutivas precedentes. Sin embargo, en eventos muy particulares que reactiven el sistema emocional (enfermedad o fallecimiento de un familiar, calamidad natural, etc.) el adulto, tal cual un niño, necesita una mayor proximidad o contacto con la entidad de apego para restaurar su sentimiento de seguridad. En circunstancias estándares, el programa de apego en adultos actúa indagando proximidad ante la posibilidad de una nueva pareja y con modelos de trabajos internos en la elección de pareja. En “circunstancias anormales”, los mecanismos de apego trabajan como modeladores del enfrentamiento en situación de estrés o ansiedad si las pericias de enfrentamiento de siempre no son suficientes. En pocas palabras, durante la adultez los apegos continúan su función de restauración del sentimiento de seguridad elemental (Sroufe & Water 1977) aunque más como figuras protectoras, aumentando la capacidad del adulto de enfrentar eventos que impliquen un reto para su seguridad.

Smith, Ortiz & Apodaca (2014) declararon que las relaciones de apego establecidas en los jóvenes que pertenecen a familias conflictivas conservan malas relaciones con los padres y tienen menos confianza en sí mismos, pues a través del tiempo conservan los recuerdos de su propia historia de apego, por lo que se confirma que las representaciones mentales que el individuo hace del cuidador principal son la base e influencia mayor de todas las relaciones que posteriormente, en su etapa de adulto, mantendrán con sus parejas.

En la tercera fase, el apego definido como amor, el endiosamiento de la persona amada es sustituido por una versión más objetiva de la pareja. En el transcurso de la relación, aumenta la solidaridad entre los miembros, disminuyen los encuentros sexuales, aunque se incrementan la relevancia de los detalles emocionales y del cuidado relativo a la complacencia sexual. Durante esta fase, los amantes trasladan el tiempo que están juntos para conversar no ya de cuestiones personales o temas específicos a la relación sino además de otros aspectos externos, disminuyendo el tiempo dedicado a la

conversación íntima. Para los investigadores la habituación a la feniletilamina segregada durante esta fase incide en la liberación de endorfinas inductoras de calma y satisfacción.

También disminuye la ansiedad, los opioides repercuten en la vinculación a los efectos placenteros (Alamán, 2018). En la construcción del apego se supone que exista un condicionamiento del sistema opioide donde la pareja experimenta el resultado fisiológico de disminución de ansiedad producto de haber liberado endorfinas. Así mismo, el apego se define desde un “condicionamiento del sistema opioide de un individuo al estímulo de una persona particular” (Hazan & Zeifman, 1994, p. 191).

En resumen, si el desprendimiento del apego tiene lugar en la fase opioide (luego de la formación del apego), se experimentará una fuerte ansiedad, disminución de la actividad y desajustes de las funciones corporales, como la inapetencia y la falta de sueño. Al portar esta información, los investigadores propusieron que el estrés de la separación (tercer elemento del sistema de apego), es un juicio sensato y laudable de la construcción del apego en la edad adulta, ajuste de metas fase post romance, durante esta fase, las amistades, y algunas otras responsabilidades hacen que el proceder de los elementos de la pareja regrese a la normalidad, ocurriendo una mengua de las conductas de apego y de las relaciones sexuales. Se experimenta una baja considerable de la periodicidad y permanencia del contacto visual y del contacto corporal tanto íntimo de como de cuidados (Torres, 2014). Ahora mismo, ocurre la redirección de la atención y la necesidad de estimulación hacia entidades externas a la relación, teniendo lugar los más variados diálogos no circunscritos a los temas personales, de la otra persona o de la pareja. Llegado este momento, y no obstante la fuerte unión emocional no es tan notable como en estadios precedentes, sí ocurre una dependencia mutua que generalmente es intensa que involucra también a la correulación de sistemas fisiológicos (Hazan & Zeifman, 1999). De esta manera,

durante esta fase, la pareja es tenida como la base de seguridad, esto aun cuando en circunstancias promedio el sistema de apego se encuentre desactivado.

A pesar de lo cual, hay certeza de que, según las características individuales, el proceso experimentará algunos cambios en la manera en que tales fases transcurren. Hay que citar a Hazan y Zeifman (1999) quienes sugirieron que las características del contacto físico se agrupan en cada estilo de apego de alguna manera, responden a las tasas relativas de éxito en la conformación de una relación estable.

En lo relativo a la cuestión temporal, en un estudio precedente, Hazan & Zeifman (1994) determinaron que se necesitaba, cuando menos, dos años de relación para estimar que se ha construido el vínculo de apego. El fundamento biológico de las vinculaciones de apego en la adultez fue un estudio durante un breve tiempo por Fisher, Aron & Brown (2006). El estudio arrojó que las relaciones amorosas asumidas con intensidad ocurren por la presencia de dopaminérgicas conectadas con centros de estimulación cerebral, donde la segregación de dopamina favorece no pocas de las sensaciones vividas por los enamorados. Sostienen, también, que la pareja romántica es una de las tres redes primarias del cerebro establecidas con carácter reproductivo para los mamíferos. De manera que el deseo de apareamiento se estableció para buscar el sexo con una pareja adecuada. La atracción, precedente mamífero del amor de pareja, ocurre para que las personas puedan ir detrás de los individuos de apareamiento de elección, disminuyendo el tiempo y la energía que se utiliza en la conquista. El sistema neuronal que se desarrolló para establecer el vínculo macho-hembra (apego) evolucionó de forma que se facilitará el establecimiento de las personas con una pareja el tiempo necesario para realizar las tareas de crianza importantes de la especie. (Fischer, et al., 2002). El establecimiento de una relación de apego en el interior de la esfera de las relaciones de pareja, impone una serie de fases normativas con consecuencias a nivel físico y psíquico. Toda vez que

se establece el vínculo, los modelos mentales que operan, cuyo origen se localiza en las experiencias afectivas precedentes, determinarán cambios importantes en las dinámicas de formación e interacción de la relación de pareja.

El apego en la pareja refleja las experiencias tempranas con los cuidadores primarios, los cuales influirán en futuras relaciones (Feeney & Noller, 2001). A través de la dependencia emocional intentan cubrir desadaptativamente dichas necesidades emocionales insatisfechas originadas en la infancia (Skvortsova & Shumskiy, 2014), ya que la pareja es quien les proporciona satisfacción y seguridad personal (Lemos et al., 2012). Así, el apego adulto, fruto de los estilos parentales vividos, podría ser un factor fundamental en la dependencia emocional hacia la pareja y en la permanencia de las relaciones de pareja abusivas (Pinzón & Pérez, 2014). El apego hace referencia al lazo afectivo que una persona establece con otra persona específica (Ainsworth, 1969). De este modo, la adquisición del patrón de comportamientos de las personas dependientes sería debido a un apego inadecuado en la infancia y que permanecería estable hasta la edad adulta (Izquierdo & Gómez, 2013).

Los vínculos afectivos de la niñez mediarán y se ofrecerán como marco de referencia para la adultez y para la contrucción del estilo de apego adulto. La subordinación emocional se ha relacionado con el estilo de apego ansioso o preocupado (Alonso, Shaver & Yárnoz, 2002) y este, a su vez, se ha relacionado con los individuos que experimentan abusos en sus relaciones de pareja (Pinzón & Pérez, 2014). En este tema, los mejores predictores del tipo de apego adulto pueden ser las percepciones que uno realiza sobre la calidad de su relación con cada padre y de la relación de los padres entre sí, ya que las experiencias entre padres e hijos se interiorizan y se transmiten a las relaciones de pareja adultas.

Las experiencias iniciales afectivas brindan espacio a la elaboración de esquemas personales y sobre los otros, por lo que se realizan alusiones a patrones asimilados sobre las interacciones efectuadas con los demás a lo largo de la vida (Echeburúa & Corral, 1999). En el tema de los dependientes emocionales, muchas de estas vivencias primeras son negativas, toman esquemas de ellos mismos y patrones de interrelación con los demás disfuncionales o desadaptativos que utilizarán en la vida adulta, constuyendo así una forma desajustada de relacionarse desde los primeros años de vida (Castelló, 2005). Los esquemas son estables y duraderos en el tiempo y sesgan las interpretaciones realizadas de posteriores acontecimientos. Debido a estas experiencias infantiles negativas, la persona dependiente asumirá que las personas podrían dirigir hacia ellos continuos abusos psicológicos y físicos semejantes a sus vivencias infantiles, por lo que les resultará muy difícil escapar ya que lo que realmente sería insoportable es la ruptura y la soledad que esto conllevaría (Aiquipa, 2015). Más allá de su relevancia, la relación entre el apego adulto y la violencia en las relaciones de pareja es un área aún por debatir producto de las pocas investigaciones halladas dentro de la población española (Loinaz & Echeburúa, 2012; Loinaz, Echeburúa & Ullate, 2012).

El apego adulto se da a través de fases, la primera es la que se conoce como preapego, donde se evidencia la atracción, el cotejo, la evaluación mutua y el surgimiento de sentimientos; la segunda, en la cual se inicia la construcción del apego, facilita el enamoramiento donde se instaura un vínculo emocional con el aumento del compromiso, lo que, a su vez, produce la sublimación de la pareja y el aumento del autodevelamiento asistido por la conducta sexual. Y la tercera y última es donde finalmente se consolida el apego con la creación de un vínculo emocional y de compromiso donde aparecen todas las funciones del apego planteadas por Bowlby (Lozano, Albarracín & Vázquez, 2016).



En la actualidad se reconocen cuatro estilos de apego adulto, el seguro caracterizado por confianza y *MOI* positivo de sí mismo y los demás (Bartholomew & Horowitz, 1991), elevada autoestima, proporción entre sus necesidades afectivas y autonomía, anhelo de poseer intimidad y comodidad ante esta (Feeney, Noller & Harahan, 1994; Mikulincer, 1998; Melero & Cantero, 2008); el alejado o evitativo presenta un *MOI* positivo de sí mismo pero negativo de los demás (Bartholomew & Horowitz, 1991), evidencia elevada autosuficiencia emocional, alta incomodidad con la intimidad, pocas necesidades de apego y alineación al éxito (Mayseless, 1996); el preocupado evidencia un *MOI* negativo de sí mismo aunque positivo de los demás (Bartholomew & Horowitz, 1991), lo que genera baja autoestima y conductas de dependencia por su necesidad de aprobación seguida de una inquietud desmesurada por las relaciones interpersonales (Feeney, Noller & Harahan, 1994), esto hace que demuestren alguna hostilidad y celotipia ante conductas amenazantes por su temor al abandono, considerándose ineficaces socialmente e ineptos de hacerse querer.

Por último, el evitativo temeroso presenta en su *MOI* un concepto negativo de sí mismo y de los demás (Bartholomew y Horowitz, 1991), con elevadas necesidades de aprobación, baja confianza y autoconfianza, con necesidades de apego malogradas, debido a que siente necesidades de contacto social e intimidad, pero por el temor al rechazo evita situaciones donde pueda ocurrir (Feeney, Noller & Harahan, 1994; Mikulincer, 1998; Melero & Cantero, 2008).

La necesidad de expresión afectiva de la pareja se encuentra mediada por el afecto percibido por su padre, ya que, a mayor afecto, mayor necesidad de este tipo de manifestaciones afectivas, de igual manera se encuentra relacionada positivamente con estilos de apego materno ambivalentes tales como, constricción cariñosa (alto afecto y alto control) y apego seguro (alto afecto, bajo control), lo que manifiesta que ante la inestabilidad de afecto y control percibido



de su madre o padre se incrementa la necesidad de que su pareja constantemente le brinde muestras de afecto para sentirse apreciado y querido (Cavero, 2008). No es de obviar que la reciprocidad que tiene lugar en las relaciones románticas y la salud provoca un bienestar indiscutible siempre que la figura de la persona amada se perciba como el que da todo el soporte posible, desde situaciones de afecto, hasta las manifestaciones de amor en las situaciones de estrés.

Es por esto que se insiste en que la pareja puede actuar como inhibidor del dolor y amortiguador de las percepciones de tristeza. Pietromonaco & Collins (2017), mencionaron que estos eventos de acercamiento y comunicación entre la pareja son predictores de afectos positivos y de satisfacción con lo que le toca vivir. Por su lado, en las parejas sentimentales con elevados parámetros de ansiedad ejercitada en el interior de la relación, también existen mayores niveles de cualquiera de los factores de subordinación emocional: temor de separación ante una contingencia de disolución de la relación, necesidad de expresión amorosa de la pareja que ratifique su amor y sosiegue su inseguridad, modificación de metas por alcanzar a la pareja, temor a la soledad por no poseer la pareja o no sentirse amado, expresión límite ante el tentativo abandono de la pareja y búsqueda de cuidado de la misma; lo que conllevaría a tener conductas adictivas que puedan llevar a la persona a permitir que la lastimen por el temor o ansiedad ante la pérdida (Izquierdo & Gómez, 2013), y con la conciencia equivocada de un cambio idealizado de la pareja para una estabilidad en la relación, realizando cualquier tipo de conductas con el objetivo de no perder a la pareja (Lemos et al., 2012).

En este mismo sentido, las relaciones de pareja donde se establecen estilos de apego con altos niveles de evitación como el temeroso y rechazante están relacionados con la dependencia emocional, pues a pesar de su autosuficiencia emocional demostrada (Mayseless, 1996), lo que encubre es el miedo al rechazo experimentado en la infancia,

dejando ver sus necesidades de apego frustradas (Feeney, Noller & Harahan, 1994; Mikulincer, 1998) lo que propicia una búsqueda de relaciones afectivas inestables donde se puede pasar de emociones agradables fuertes a negativas, cuestión esta que favorece la unión simbiótica psíquica que consiste en una necesidad patológica de estar con el otro (Fromm, 2007). Por dichas razones, cabe señalar la relevancia del vínculo que se genera con los cuidadores (madre-padre) y a su vez la influencia en el tipo de relación de pareja que se busca, debido a que el sujeto proyecta en el otro las necesidades no satisfechas, y se sostiene en el esquema mental generado en la infancia en relación con la madre y este va a ser el prototipo de las relaciones amorosas posteriores para ambos sexos (Freud, 1999); puesto que a nivel cognitivo se pretende perpetuar e incluso compensar las dimensiones del apego estructurado hacia los padres (afecto y control) por medio de las relaciones de pareja, para mantener y reforzar el esquema desadaptativo temprano predominante a partir de las características de la pareja (Lemos et al., 2012).

De este modo se integra en la medida en que vive sus experiencias con los otros, especialmente con su cuidador principal su sistema diádico y modelo o representación operativo interno que genera representaciones o mapas cognitivos, sobre sí mismo y los otros que le permiten al sujeto organizar la experiencia emocional, cognitiva y la conducta (Marrone, 2001). La influencia de la regulación emocional y afectiva va más allá de las vinculaciones familiares y románticas. Así, una de las variables emocionales más interesantes en el análisis de la violencia interpersonal y, a la vez, más compleja de analizar, sería el apego adulto. Los procesos de apego podrían influir sobre nuestra expresión funcional o disfuncional de la ira, la violencia doméstica y de pareja, el comportamiento delictivo y antisocial o, incluso, la violencia entre grupos (Mikulincer & Shaver, 2007).

Con la descripción realizada sobre las teorías y formación del apego desde la niñez hasta la edad adulta, se ha puntualizado la relación

que existe con las conductas violentas que pueden influenciar en la problemática. Es así que las autoras consideran importante realizar aportes sobre violencia y enfatizar en las relaciones de pareja. Por lo que en el siguiente capítulo se pretende realizar aportes sobre la violencia.





# CAPÍTULO III

## ANTECEDENTES TEÓRICOS DE LA VIOLENCIA

### 3.1 Aportes teóricos

Acercarse a la violencia como concepto generalizador supone un ejercicio de síntesis que podría dejar fuera algunos elementos que la contienen, en toda sociedad y desde tiempos inmemoriales ha existido y existe algún tipo de violencia, por eso, cuando se habla de ella pueden estar involucradas las guerras, los conflictos étnicos, personales y sociales; el maltrato infantil, las acciones destructivas y autodestructivas, el abuso de poder y muchos más, pero todas concurren en una misma acción: el acto intencional de la fuerza contra uno o varios elementos de la sociedad, ya sean individuales o colectivos.

Sobre el concepto de violencia confluyen diferentes clasificaciones. Se ha definido como “todo acto verbal, físico, sexual, directo o indirecto que lesione a otra persona física o emocionalmente y que tenga por objeto mantener una relación de poder o simplemente ejercerlo” (Aguilar, 2002, p. 17). En una adaptación del esquema de Baumeister. Pinker (2012) hizo referencia a cinco raíces de la violencia. En primer lugar, señala la práctica instrumental, explotadora o depredadora como violencia más sencilla, pues se usa para conseguir un fin y se lleva a cabo en casos de codicia, lujuria o ambición, entre otros. En segundo lugar, ubica la dominación, traducida como el afán de supremacía sobre otros. En tercer lugar, posiciona la venganza transformada en furia y miedo. En cuarto lugar, menciona el sadismo o la sensación de placer al provocar daños a otros. Y, en quinto lugar, fija la violencia de ideología tejida por el credo y el involucramiento de otros para sus fines destructivos.

Meltzer (1998) se refirió a ella como “violación de las fronteras privacidad/secreto”, con esto se refería al ultraje tanto de lo físico como de lo mental en las personas y que de algún modo tiene que ver con los manidos discursos de: es por tu propio bien, tú me provocaste, por algo será que se escucha en las voces de los agresores y los cómplices, los cuales llevan directamente a culpabilizar a la víctima.

Berenstein & Puget (1997) aludieron a la violencia como los espacios mentales donde se encuentra el origen de los estadios violentos y que pueden ser: individuales, vinculares y sociales. El primero se refiere a la experiencia que parte del mundo interior de la persona y se extiende hasta el ámbito corporal y mental los cuales tienen como base situaciones vivenciales traumáticas desde la infancia que no permiten que la persona pueda crecer emocionalmente, lo que desencadena todo este cúmulo de patologías psicosomáticas.

Desde el ámbito de lo vincular Berenstein & Puget (1997) refirieron que son actos realizados por sujetos relacionados entre sí y que buscan borrar la subjetividad del otro, en otras palabras, tratan de desacreditar el desarrollo y el pensamiento individual del agredido, en este lugar se encontrarían la violación, el abuso sexual, entre otros. Y en cuanto al ámbito de lo social, señalan que la violencia de este tipo constituye un aniquilamiento del sentido de pertenencia de un grupo de personas o de una comunidad, en este caso se traspasan los vínculos interpersonales e, incluso, el propio yo, aquí se pueden encontrar las grandes expulsiones de territorios o las matanzas que han provocado históricamente los exilios.

Con respecto a lo anteriormente relatado, Camargo (2019) planteó que, en muchas ocasiones, la violencia es un reflejo de los factores socioculturales y la falta de consenso en cuanto al establecimiento de las políticas de intervención de los mandatarios o de determinados grupos sociales. El fenómeno de la violencia ha abatido a todas las personas desde que se tiene noticias de la historia de la humanidad, en su nombre se han cometido toda una sarta de atrocidades que han cambiado el curso de muchos países y personas, es por eso que Camacho (2014) lo trató como “una vertiente comportamental de la agresividad de tipo destructivo” (p. 58).

Por lo manipulado del término violencia a veces resulta difícil asumir determinada conceptualización, en este sentido, la Organización Mundial de la Salud (OMS) (Krug et al., 2003) no se siente en la capacidad de considerarla como un problema de salud pública y en su intento por clasificarla la define como:

El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho, o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad que causa o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastorno del desarrollo o privaciones (OMS, 2014).

Señalan, además, que la violencia puede estar segmentada en tres categorías: la que va dirigida contra uno mismo, la interpersonal y la colectiva (Krug, Merc&, Dahlberg & Zwi, 2002). Todas estas clasificaciones se tienen en cuenta en la creación de programas destinados a la prevención de la violencia y que buscan establecer pautas, definiciones e iniciativas en torno a minimizar los efectos catastróficos de la violencia a nivel mundial.

La teoría de Sanmartín (2018) sobre la violencia sostuvo que algo ha cambiado, al menos en Estados Unidos y en muchos países de Europa Occidental, la gente o se casa tarde o no lo hace, más hijos nacen de padres solteros, ya no se ve la identidad de género como algo fijo, etc. Por su parte, el psicólogo estadounidense Robert Sternberg (1989), que desarrolló la Teoría triangular del amor, caracteriza el amor en una relación interpersonal según tres componentes diferentes: intimidad, pasión y compromiso. Pero posiblemente, en esta tríada, falte el componente primordial y necesario como el hilo conductor para que estos se fusionen, se trata de la comunicación, entendida como aquella habilidad aprendida para transmitir y escuchar correctamente. Dando cuenta de lo anterior, es algo más que todo esto, claro está, pero sin extenderse más en este campo, es la piedra angular para una convivencia plena en pareja.



Las violencias diversas que se han mencionado hasta el momento se pueden convertir en cuadros inflexibles de ansiedad, depresión, trastornos de la conducta y estrés postraumático, sin contar con que pueden aparecer innumerables problemas para llevar el ejercicio ciudadano como se debe, la violación de los Derechos Humanos y el goce de la calidad de vida (Bojic, Njoku & Priebe, 2015). Por esto se hace imprescindible una participación eficiente por parte de distintas instancias, y a través de la comprensión especializada como la que tributa la psicología.

Brew, Mhairi, Ciaran & Ciaran (2018). Revisaron y analizaron la literatura sobre el impacto de la guerra en la salud mental y concluyeron que al estudiar profundamente las variables que mejor anuncian desenlaces negativos en este ámbito, donde se incluye la psicosis, se acierta que la severidad del trauma y la vivencia del abuso sexual son aspectos relevantes en las consecuencias emocionales.

Los patrones explicativos de violencia determinan cada tipo de esta, suscita en sí todo un arsenal de estudios y de caracterizaciones generales y específicas que pretenden explicar el porqué de estas situaciones y la manera más cercana de solucionarlo. Si bien no existe un modelo único que aborde el problema desde la raíz también es puntual acotar que se han tomado las características más comunes entre los tipos de violencia generados con mayor intensidad para llevar a cabo estrategias que puedan responder de modo positivo a estas agresiones, García (2001) reconoció como uno de los modelos explicativos que supone la visión panorámica del asunto al modelo ecológico, a partir de la defensa del desarrollo como cambio perdurable y que incide en el individuo a partir de su relación con él.

En base a esto, planteó García (2014), que el proceso de desarrollo humano es activo y está en constante relación con el ambiente en el que se inmiscuye, por lo que pudiera ser un espacio de recuperación en el que ambos se acomodan y se adaptan, sobre todo si se aleja

del ámbito donde fue afectado por la violencia. Por otro lado, Bronfenbrenner (1987), hizo referencia a cuatro niveles que podrían afectar a los individuos de manera directa o indirecta y en los que se puede trabajar sobre el modelo ecológico, estos son: el microsistema, el mesosistema, el exosistema y el macrosistema. Este modelo de explicación de la violencia no pretende ser absoluto, de ahí que se tenga en cuenta que es un modelo dinámico que puede variar en consecuencia con el desarrollo de los acontecimientos, en lo que sí acierta es en crear un marco general para intervenir, especificar y sistematizar las aproximaciones a estas situaciones de violencia.

Otro de los modelos explicativos que se tienen en cuenta con relación a la violencia es el multisectorial, que aboga por agrupar organizaciones que promuevan la integración de los individuos afectados por la violencia. Estos sectores incluyen la salud, el marco jurídico, la seguridad, el espacio psicosocial y, por ende, los hospitales, los suministros médicos, los centros de salud (Agüero, 2018).

En casi todos los modelos económicos la sociedad asume que el hombre ejerce la violencia sobre la mujer, pero nunca al revés, en la mayoría de los casos se dice que el hombre tiene una motivación intrínseca por ser el más fuerte. El otro modelo sobre el que se basa la explicación de la violencia es el integrado, que tiene como propósito proporcionar las herramientas principales para garantizar la calidad de vida a las personas, principalmente mujeres, víctimas de violencia y prevenir el daño a partir de promover una cultura de la no violencia. Para esto se pretende realizar una intervención coordinada que parte del reconocimiento de que ninguna víctima de violencia puede, por sí sola, resolver el problema, por tanto, necesita de la intervención de los diferentes sectores de la sociedad civil (Agüero, 2018). También parte de la premisa de que el sector de salud es un espacio único de detección y atención de estos problemas dado que este es el lugar al que las familias acudirán para buscar ayuda médica (Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva, 2009). El impacto de

la violencia contra la mujer se hace visible mediante las estructuras legislativas que amparan sus derechos con los alcances de los movimientos feministas que han identificado las violencias basadas en género, lo que recuerda la asimetría social establecida entre hombres y mujeres como una violación de los derechos humanos, puesto que las agresiones a las mujeres y la violencia en el hogar se perciben como situaciones del ámbito personal y, a pesar de la lucha contra la subordinación femenina, la violencia de pareja es aún un problema de salud pública a nivel mundial, puesto que la violencia hogareña, o también, luego de concluida la convivencia, ha generado afectación en la salud física y mental de las féminas abusadas (Ramos, 2018).

En Colombia, aproximadamente un 9,3% de las mujeres con 18 años o más son presas de maltrato físico, psicológico o sexual por sus parejas y en más del 60% de los hechos ocurren durante un período de 5 años o más (Instituto de la Mujer, 2006).

Los estudios realizados durante los pasados treinta años han llevado a catalogar a la violencia del hogar como una experiencia potencial traumática, capaz de provocar toda una gama de sintomatología psicológica. Sin embargo, toda victimización suele producir resultados psicológicos. En lo referente a las mujeres abusadas por su pareja el impacto de esta se acrecienta debido a las siguientes peculiaridades: la violencia, generalmente, consiste en una combinación de actos abusivos de tipo físico (empellones, manotazos, patadas, trompadas, porrazos con objetos, embestidas con armas...), psicológico (injurias, ofensas, degradaciones, encierro, conductas de control, intimidaciones,...) o sexual (mediante la fuerza física, bajo amenaza o por temor a represalias), pueden ocurrir de manera gradual y crónica, se producen de forma repetitiva e intermitente, ocurren dentro del propio hogar.

La OMS (2014), en su Informe Mundial sobre Violencia y Salud precisa que aparte de las posibles lesiones físicas ocasionadas, la

enorme posibilidad de experimentar enfermedades físicas de tipo crónicas y el peligro de homicidio, la violencia doméstica se relaciona con las presentes consecuencias psicológicas y conductuales: trastorno de estrés postraumático, depresión, ansiedad, trastornos psicosomáticos, alcoholismo y drogas, inapetencia o gula, insomnio o somnolencia, miedos y trastorno de pánico, conducta suicida y autodestructiva, sentimientos de pena, autoinculpación y baja autoestima.

En la labor diaria de clínica forense que se efectúa en el Instituto Nacional de Medicina Legal, los galenos peritos evalúan una representación considerable de mujeres víctimas de violencia de pareja, cuyos posibles victimarios han poseído cierto tipo de relación afectiva de convivencia o sin esta, con o sin hijos. Al margen de estas situaciones, el haber tenido un acercamiento como pareja y haber sostenido cualquier tipo de relación sentimental que involucra lazos afectivos, hace conocedor al presunto agresor de las instancias en las que se desenvuelve la víctima y logra conocer rutinas, familiares, amigos, lugar de residencia o sitio de trabajo de la misma, lo que la hace más vulnerable y la violencia tiende a repetirse, por lo cual difiere de manera significativa de un caso de lesiones personales. Desde el enfoque forense presentado en el protocolo de valoración del riesgo de violencia mortal contra mujeres por parte de su pareja o expareja (Instituto Nacional de Medicina Legal, 2014) hace una valoración de la dinámica de la relación de pareja y el proceso de la violencia para enfrentar el sistema de justicia. Esto se lleva a cabo mediante la evaluación y la entrevista realizada por especialistas en medicina, psicología y trabajo social donde se toman en cuenta las posibles experiencias y situaciones a las que han tenido acceso estos profesionales, y los que evidencian un alto contenido de riesgo para la vida de mujeres que se quedan calladas ante la violencia de sus parejas.

Moya (2018) indicó que la violencia tiene altos niveles de riesgos que comprometen las decisiones económicas y, por tanto, afectan las dinámicas de la pobreza mundial. Su estudio concluye que son necesarias las intervenciones psicológicas por sus posibles consecuencias psicopatológicas.

La violencia es uno de los factores de mayor atención en la sociedad contemporánea pues las muertes violentas conducen a los países a pérdidas irreparables y estragos en toda la sociedad, esto conlleva a entorpecer los programas sociales para el progreso económico, social y político. Los efectos son de mediano e inmediato plazo, el costo, tanto en cuestión de vida como en asuntos legales, productividad y economía son irreparables cuando no se puede prevenir este tipo de violencia.

Por su parte, la teoría psicoanalítica ha desarrollado el conocimiento de los aspectos relacionados con la violencia y la agresión, en este sentido, Cogan, Porcerelli & Dromgoole (2001), consideraron que no se han realizado muchas investigaciones con relación al estudio específico de los sujetos que ejecutan hechos violentos. Plantearon que la carga psicoanalítica se ha encauzado hacia el estudio clínico, principalmente para los aspectos de estructuración de la personalidad, situando los modelos agresivos de interacción en los contextos que presentan una breve revisión de la tendencia de Freud sobre la provocación humana y teniendo en cuenta los patrones psicoanalíticos modernos procedentes de la representación de la teoría de las relaciones objetivas (Catania & Pereira, 2014).

En su primera teoría pulsional Freud (1976) señaló el impulso agresivo como lo opuesto entre la pulsión sexual y la autoconservación, con mayor importancia acerca de lo sexual donde se destaca que la agresividad no se deriva de un impulso propio sino de la relación entre instinto y autoconservación. Más adelante, se refirió a los destinos pulsionales en el desarrollo de vida y en la cual se pueden

suceder la reversión a su opuesto, el retorno al yo, la represión y la sublimación.

En sus ensayos sobre la teoría de la sexualidad, Freud (1976) aludió al masoquismo como escenificación de la brutalidad relacionada con la pulsión del dolor vinculado al placer y a la existencia de las formas pasivas y activas en un mismo individuo en la que incluye que en determinadas situaciones la pasividad se relaciona directamente con la satisfacción, con el sufrimiento aplicado por el objeto sexual y el sadismo como un elemento de la pulsión sexual o utilización de la violencia sobre otra persona. Por añadidura, asociaba al masoquismo con el sentimiento de culpa, de modo que el sujeto podía ser castigado por algo que consideraba que podía ser culpable.

También introdujo en sus estudios la idea del sadismo y el masoquismo como instintos destructivos relacionados con el erotismo y con el instinto de la muerte. Esta última posición está en contraposición con sus perspectivas iniciales pues no existía para él la idea de una pulsión dual. De esto modo, la agresividad pasó a ser parte del conflicto entre las pulsiones vida y muerte.

Con respecto a esto, Freud (1976) tomó como referente las proposiciones psicoanalíticas y describió que toda estructura viva está formada por aspectos pulsionales: pulsión de vida (Eros) y pulsión de muerte (Tánatos), validadas entonces como pulsiones independientes y opuestas al sentido sexual, por tanto, esta aparece más allá del placer como conducta asociativa. Así, la agresividad pasaría a ser parte de la imposibilidad del ego de una conexión proveniente de la muerte y exige entonces la descara de símbolos que le ayuden a interiorizarlo.

Más adelante, refirió Freud (1976), que la relación motricidad impulsiva con acto destructivo como contestación al crecimiento de la excitación y su aumento son catalogados como la amenaza a la organización de la psiquis, hecho este que establece que las fallas

no permitieron que se entendieran y se pudiera lidiar con esas experiencias.

Por lo tanto, el individuo pasaría a ser el malo y destructivo según la perspectiva de la sociedad que plantea necesaria la contención de los deseos pues en caso contrario se comportaría como los pueblos salvajes. De esta forma, la existencia del sujeto, como ser humano y social, solo se da a través de su inclusión en lo simbólico, lo cual le permite la capacidad de implantar comunicación, relaciones con otros sujetos y con el mundo que lo rodea. Resultado de esto, la cultura se viene a ver en la condición misma del ser humano. De esta manera, el camino que lleva al hombre hacia la cultura es el enfrentamiento entre la impotencia y la omnipotencia y, por lo tanto, el establecimiento de la ley, ocasión en que el sujeto se ve limitado, teniendo la ley como orientadora y limitadora, lo que posibilita la convivencia en la sociedad (Freud, 1976).

La contribución freudiana con su modelo estructural pulsional permitió identificar a la agresión humana con los conceptos centrales para una mejor comprensión del funcionamiento y desarrollo psíquico en una perspectiva intrapsíquica y de los aspectos interrelacionales de la sociedad cultural de la humanidad. Con base en estas perspectivas teóricas surgieron otros conceptos de la mano de Winnicott (1999), los cuales representaron los modelos estructural y relacional (Catania & Pereira, 2014).

A medida que las contribuciones actuales, surgidas desde las teorías de Freud (1976) se consolidaron y desarrollaron, algunas de ellas produjeron contribuciones psicoanalíticas que ampliaron la comprensión de los procesos relacionados con situaciones de violencia y destacaron el papel de las relaciones objetivas internalizadas y caracterizadas en los estilos de apego surgidos desde la primera infancia. Los modelos comprensivos establecen primeramente las características vinculares preestablecidas con las figuras parentales

y las representaciones objetivas que se derivan de estas relaciones (Lamanno y Vera, 1999).

Estos mismos autores, Lammanno & Vera (1999) testificaron que las conductas violentas son el resultado de distorsiones psíquicas relativas a aspectos de la realidad circundante originadas en un ambiente que no permite que la persona construya su sentido de pertenencia a un grupo familiar específico, con esto logran que la persona desarrolle sentimientos de amenaza frecuentes que afecten su ego. Con respecto a esto se deben construir defensas a nivel psíquico que permitan que el ego no sufra los mecanismos de represión y negación y que se puedan proteger de los excesos de ansiedad. De ahí que se plantee que la violencia responde al miedo extremo asociado a las estructuras inconscientes (Catania & Pereira, 2014).

El psicoanálisis utilizó la relación objetal para denominar las formas en que se relaciona el individuo con su mundo interno y externo, dando como resultado la personalidad de cada individuo. Con relación a esto, Klein (1969), discípula de Freud, ajusta este modelo y lo amplía para profundizar en los aspectos del desarrollo desde la infancia y modela su enfoque hacia la relación del individuo con los objetos circundantes entendiendo también a las otras personas dentro de esta categoría.

Castillo (2015) también dio su aporte a este tema al señalar que:

La teoría psicoanalítica de Melanie Klein se basa principalmente en su teoría de las relaciones objetales. En esta teoría se establece que el sujeto se relaciona con el medio a partir de las sensaciones e impulsos que siente y proyecta sobre los objetos de su impulso. Las relaciones con dichos objetos generan huellas permanentes que marcarán la futura relación con otros, internalizándose las experiencias vividas y originándose en base a ellas la estructura psicológica del sujeto. Así, la



configuración psíquica de una persona estaría basada en cómo se ha relacionado y cómo ha internalizado la interacción con dichos objetos, desarrollándose el individuo en base a ello. Es decir, que los aprendizajes pasados tienen mucha importancia para la teoría de Melanie Klein, a diferencia de la corriente biologicista de la época que defendía lo esencial de los genes (p. 35).

Laplanche & Pontalis (2001), relacionaron la expresión objeto para definir la manera en que el sujeto reacciona en relación con su mundo en base a su organización y la aprehensión fantasmática o real de lo que le rodea en función de crear su propia personalidad.

En otro orden de investigaciones Bruscato (1998) se acogió al término relaciones objetales refiriéndose a la habilidad de los sujetos para establecer relaciones interpersonales, de este modo, se muestran actitudes y comportamientos relacionados con sus objetos que pueden ser reales o imágenes mentales. El término objeto se utiliza para mostrar la relación de una persona con algo concreto, real, pero externo, y que está fuera del sujeto. Entonces, la representación objetual u objeto interno abarca las disímiles condiciones del objeto externo. Así, la relación objetual se describe como las representaciones intrapsíquicas de los vínculos con los demás, las mismas que se derivan de las experiencias referidas o en los comportamientos en las relaciones objetivas (Moore & Fine, 1990; Nigg et al., 1991), ya que los objetos internos son representaciones intrapsíquicas de las relaciones con otros individuos.

Por tanto, la teoría de las relaciones objetales pretende mostrar las experiencias de la relación con los objetos, cómo es que se generan las organizaciones internas perdurables en la mente y donde existe, desde luego, una interacción entre la internalización de las experiencias de relación, por una parte, y la actualización de las estructuras relacionales internalizadas, lo que conlleva a que se conformen nuevas relaciones que, a su vez, serán nuevamente internalizadas.

Por lo mismo, esta teoría se basa fundamentalmente en la experiencia de la interacción entre los objetos y de cómo se generan estructuras internas en la mente que perduran y a su vez la actualización de estas provoca el surgimiento de nuevas relaciones que otra vez serán internalizadas, Ramos, Jiménez & Thola (2018) ampliaron su concepción de las teorías objetales de la siguiente forma:

De tal forma que las relaciones de objeto comprenden elementos estructurales y dinámicos del funcionamiento psíquico, determinan la concepción que cada persona tiene de sí misma y del mundo que le rodea, influyendo en sus interacciones con los demás. Los objetos internos son representaciones de personajes que adquirimos por introyección e identificación, estableciendo entre ellos una dramática cuyo libreto son las fantasías inconscientes. Las emociones humanas no serían solo fuerzas instintivas puras sino resultado de las fantasías inconscientes (p. 1659).

Estos procesos son de gran importancia a la hora de estudiar el desarrollo de la personalidad y del funcionamiento de la mente, en cuanto a esto, Moore & Fine (1990) estructuraron estas internalizaciones como las principales fases en el desarrollo psicológico pues a partir de aquí se pudo medir si el individuo está capacitado para asumir las funciones que necesita.

Klein (1969) explicó la evolución de esta teoría a partir del desarrollo psicogenético del niño y de cómo va apropiándose de las características personales según su experiencia en relación con el mundo que lo rodea:

Inicialmente, el bebé, siendo tan frágil, tanto en el aspecto físico de cuidados como en el aspecto emocional, es dependiente de la madre o de un cuidador. De forma gradual, durante la primera infancia, el bebé conoce las frustraciones, que son

importantes para su desarrollo, para que pueda adquirir la capacidad de tolerarlas. Sin embargo, si son excesivas, pueden generar intensos sentimientos de odio, vividos como una amenaza terrorífica a la supervivencia, en forma de terror de fragmentación. De esta forma, el bebé lanza un mecanismo mental extremadamente primitivo, cuando coloca fuera de sí los contenidos agresivos, de los cuales necesita librarse, pues no puede percibirlos como algo propio (p. 152).

Kristeva (2001), en su estudio sobre la teoría de Melanie Klein, sostuvo que esta posee elementos que complementan estudios anteriores sobre la relación de los seres humanos con su entorno próximo y anterior, y se adhiere a ella a través de fortalecerla con ejemplos como la relación madre-bebé en el proceso de lactancia y asume que cuando la madre se encuentra atormentada su bebé procesa dentro de sí sentimientos ambivalentes que no sabe que existen y que los exterioriza a través de las rabietas o largos períodos de llanto, en ese momento, el bebé no está en condiciones de desarrollar su ego de manera correcta, por tanto, genera una percepción distorsionada del mundo y de sí mismo aunque no pueda expresarlo con palabras ni dominarlo con acciones.

Lo mismo sucede con vivencias diferentes, es decir, agradables y de sensaciones de placer como cuando el bebé es amamantado y acariciado por una madre afectiva, del mismo modo su percepción del mundo va a ser esa, y va a desarrollar un sentimiento de tranquilidad y placer ante lo que le sea transmitido.

De este modo el ego del bebé se estructura en base al ego auxiliar de la madre que calma y organiza hasta que esas funciones las pueda realizar por sí mismo en su internalización de las representaciones (Maciel & Rosemburg, 2006). Existen también otros aspectos que, por el contrario, destacan otras interacciones con rasgos violentos relacionados con el desarrollo psíquico y con fallas en la capacidad de

admitir las pérdidas objetales, estos se relacionan muchas veces con elementos narcisistas que han sido predominantes en la estructura de personalidad o en situaciones edípicas que susciten ansiedades limitantes (Zosky, 1999).

Para Zosky (1999), estas personas que experimentaron violencia en la infancia pueden implicarse en relaciones objetivas con tipologías patológicas, ya que las prácticas negativas internalizadas se constituyen como un modelo básico para establecer las relaciones de su mundo. Estas dificultades emocionales se sujetan en las representaciones mentales del objeto y son determinadas por imágenes ambivalentes y disociadas. Muchas veces, esas representaciones causan distorsiones en las relaciones de su vida de adultos, con predominio de la identificación proyectiva negativa.

La violencia ocurre entonces del déficit ocurrido en la infancia y que se materializa en las relaciones conyugales adultas, estas se suscitan por el temor a la separación y, por consiguiente, a la pérdida del amor del objeto, lo que supone entonces que el agresor sienta un impulso imparable de buscar el poder como garantía de sostenimiento de la relación. Sin embargo, esto ocurre cuando el adulto no resolvió sus conflictos infantiles de la mejor manera. Costa & Kats (1992) sostuvieron que esto se materializa de modo más certero en los adultos que utilizan la resolución de conflictos al sustituir las elecciones infantiles por otras más actualizadas y responsables (Catania & Pereira, 2014). Mientras que la construcción cultural de la violencia impacta contra la integridad física o psíquica de una persona o grupo de personas deja una secuela social vinculada a espacios imprecisos. Por lo general, la violencia tiende a ser originada desde contextos muy distintos y provocada por una gran cantidad de variables que hacen pensar que la violencia tiene orígenes múltiples. Estas conductas se manifiestan a través de amenazas, ofensas, fuerza física o psicológica y sus bases están sentadas sobre razones de todo tipo que incluyen las sociales, políticas, personales, culturales.

Y como en todas las variantes de la violencia están involucrados los agresores y los agredidos. Ahora bien, Rodembush (2015) alegó que no es posible operar frente a la importancia de lo aprendido a través de la socialización, progreso que se inicia con el nacimiento de una persona y que transita toda una vida en interacción con los demás, de los otros se aprende, se interioriza, se intercambian deseos, expectativas y comportamientos que hacen de los seres humanos un ente social que se desenvuelve en este ámbito.

La socialización diferencial planteada por Román, García & Álvarez (2011) pretendió asumir que las personas inician una relación social a partir de los agentes socializadores de género, de estilos cognitivos, de actitudes y conductas, símbolos axiológicos, morales y las normas de estereotipos que rigen la conducta asignada a cada individuo. Esto implica entender que los niños y las niñas tienen una marcada diferencia por su propia naturaleza y, por tanto, la sociedad supone que deben desempeñar roles diferentes durante toda su vida adulta. Entonces, son los agentes socializadores los que impulsan los aprendizajes diferenciados en cuanto a competencias, habilidades y responsabilidades procesuales en las que se eternizan las desigualdades entre hombres y mujeres, lo que lleva a transmitir el mensaje androcéntrico que sitúa a los hombres en el eje de la sociedad, mientras las mujeres son relegadas a segundos planos con papeles y roles complementarios según sea el caso.

Este comportamiento es completamente originario del seno familiar, es desde allí que se comienzan a establecer los roles y comportamientos según el sexo del niño. Los mensajes no siempre son explícitos, en algunos casos se transmiten de forma sutil, por lo que se hace difícil contrarrestarlo (Russell & Radford, 2006). En el mundo actual la sociedad concientiza la desigualdad de género, de razas, de clases sociales, etarias y otras.

Esto hace que las diferencias se acentúen y que sea difícil conciliar la vida laboral y la familiar y desde esta perspectiva desigual surgen las frustraciones personales y grupales a través de las cuales se desenmascara la violencia en sus diferentes manifestaciones.

Bosch & Ferrer (2016) pasaron largos años estudiando la construcción de estos procesos de socialización diferencial en las relaciones de pareja y las creencias y mitos asociados a ellos. El amor, como elemento primordial, es analizado desde su consecución en el tiempo, es decir, desde el enamoramiento, la relación que sigue después del flechazo, el matrimonio y el cuidado del uno al otro. Lo cierto es que para cada integrante de la pareja la relación tiene diferentes matices, para la mujer, socialmente importa el proceso en la pareja, pero para el hombre importa el reconocimiento social.

Otro de los aspectos dentro de la violencia es la agresión, definida desde la psicología social como una conducta que desarrolla un individuo con la clara intención de dañar a otra tanto física como psicológicamente, la agresión externa, está llamada a ser altamente destructiva y cruel (Mikulincer & Shaver, 2011).

Es importante recalcar que estas conductas violentas, muchas veces, no pueden prevenirse aunque se han logrado caracterizar para una mejor comprensión, Cuenca, Graña & Redondo (2015), realizaron un estudio donde resumen y caracterizan estas conductas violentas en un intento por evaluar los riesgos que la violencia produce, para ellos pueden ser: complejos, pues logran tener diferentes finalidades y componentes en un mismo sujeto; heterogéneas, pues hay que tener en cuenta el tipo de violencia así como los tipos de víctimas y de agresores y la forma de relacionarse entre estos; multicausales, pues en ocasiones no es solo un factor el que interviene en el detonante de la conducta violenta; intencionadas, pues puede ser el resultado

de una intención claramente violenta y preparada con anterioridad e infrecuentes, pues también es viable que se tenga en cuenta que no siempre resulta de una predicción social aunque haya una alarma que obligue a estar preparados para actos violentos desde todas las áreas vulnerables.

Estas conductas violentas tienen un eco en las relaciones afectivas, por su incidencia y la cantidad de casos que se le atribuyen, sin embargo, ha sido muy variada la forma en que se le conoce, también, por la variación de cada caso y sus especificidades, se le ha llamado: maltrato, violencia doméstica, abuso de pareja, conflicto conyugal, abuso contra la mujer, violencia de género, violencia sexista, malos tratos en la pareja, femicidio o feminicidio, entre otros (McCue, 2008). El caso es que todos corresponden a una conducta violenta desatada contra otra persona que no logra defenderse y que, a medida que ha pasado el tiempo, ha logrado visibilizarse en el contexto jurídico y social.

Sánchez, Zagalaz & Cachón (2018), en su estudio sobre las conductas violentas refieren que estas personas suelen responder de forma impulsiva y sin control ante determinados eventos y sin tener en cuenta los intereses o sentimientos de los demás, lo cual puede desencadenar un sinnúmero de resultados violentos y nefastos para las personas hacia las que se desencadenan estas agresiones, es importante señalar que en estos casos no solo se encuentran personas aisladas sino también existen grupos sociales, y hasta países, que devienen en víctimas de los agresores.

La conducta agresiva está emparentada con la intención de hacer daño de forma intencional para lastimar al otro, sobre todo, teniendo en cuenta que el agredido no quiere ser lastimado, Chaux (2003) estableció que estas agresiones pueden darse de manera física, verbal

o relacional. En el último caso debe entenderse como el daño que se puede infligir a las relaciones sociales, estatus o reputación del agredido. Explicadas las conductas violentas y los antecedentes de estas, se procede a detallar las tipologías propuestas para describir la violencia en las relaciones afectivas.





# CAPÍTULO IV

## TIPOLOGÍAS DE VIOLENCIA

En cuanto a las tipologías de la violencia contra la mujer en el mundo es lícito señalar que, tanto las conductas de violencia física y psicológica se corresponden con patrones anexos de comunicación, esto ocurre igual en los hombres y en las mujeres. Estos resultados mostrarían que, en parejas no-clínicas, la violencia puede ser moderada, consumada y absorbida por personas de los dos sexos, y su caracterización se define por bajos niveles de control. Estas características encuentran correspondencia con el concepto de violencia situacional que propone Johnson (2017). También, se puede añadir que la violencia en las parejas puede resultar un nexo asociativo con patrones de comunicación poco efectivos y de escasa probabilidad de cambio. De esta manera, los resultados develan la necesidad de valorar patrones de violencia en ambas direcciones en las parejas para determinar hacia dónde pretende llegar la adaptación preliminar.

Colombia es uno de los países de Latinoamérica en los que los índices de violencia reflejan altos repertorios de intervenciones, sobre todo, se visualizan en la violencia de pareja. Jaramillo & Ripoll (2016) exploraron las representaciones de los profesionales respecto a las intervenciones para la violencia de pareja en contextos públicos y privados. Desde una perspectiva, tropezaron con que los profesionales en ámbitos públicos no tenían conciencia acerca de la relación entre género y violencia de pareja. Sus intervenciones estuvieron asociadas con los aspectos legales institucionales y no con las tipologías de la violencia o la relación de pareja.

Estas investigaciones arrojaron sugerencias acerca de la importancia de hacer adaptaciones y evaluaciones de programas específicos que traten los diferentes tipos de violencia más allá de las generalidades del trabajo con parejas, así como las especialidades de riesgo, seguridad y protección al tratar este tema. Johnson (2017), por su parte, reconoció una tipología en la que propone cinco patrones de violencia de pareja: terrorismo íntimo familiar, resistencia violenta, control y violencia mutua y violencia situacional.

En los tres primeros tipos de violencia los niveles de control coercitivo son altos en la relación. En el terrorismo íntimo, la pareja que ejerce control coercitivo sobre otra persona maneja la violencia como una habilidad más de control, que se une a otras utilizadas (por ejemplo, amenazas respecto a los hijos, monitoreo permanente). Esta violencia, generalmente, es unidireccional y suele afianzarse a fuertes inequidades de género, en su mayoría ejercida por hombres heterosexuales hacia sus parejas. El terrorismo íntimo familiar tiene especificaciones parecidas al anterior, solo que, en este los actos de violencia orientados al control se ejercen por el compañero y también por sus familiares cercanos, que pueden ser la suegra, el hermano (Jaramillo & Ripoll, 2018).

En el informe que hace la Organización Mundial de la Salud acerca de la situación de salud en el mundo, indicó que en el año 2017:

Al menos un 23% de la población adulta sufre de abuso físico, y un tercio (35%) de las mujeres ha experimentado violencia física o sexual, tanto por parte de sus parejas como en otros contextos, en algún momento de su vida. Asimismo, se reporta que, en 2015, 152.000 personas fueron asesinadas dentro de conflictos armados, siendo esto equivalente al 0,3% de las muertes ocurridas en ese año. Este dato no incluye las muertes derivadas del efecto indirecto de las guerras (epidemias, pobre alimentación y dificultad de acceso a los servicios de salud) (Organización Mundial de la Salud, 2017).

Otro dato para tener en cuenta de Médicos sin Fronteras (2017) cuando habla de las situaciones de violencia como efectos de otros daños ocasionados por organizaciones criminales o pandillas diseminadas por todo el mundo, pero que solo para América Latina se convierte en un 50% de ciudadanos hondureños, guatemaltecos o mexicanos, entre otros. Dentro de esto se destaca un alto porcentaje relacionado

con violencia física intencional y sexual que recae directamente en las mujeres. Teniendo en cuenta lo anteriormente planteado, se puede concluir que la violencia se explica desde diferentes patrones como el modelo biológico, donde la violencia de pareja se explica por factores presentes a nivel evolutivo, hormonal, genético o neurobiológico. El modelo intergeneracional, que se adentra en el origen de la violencia de pareja a partir de la exposición a la violencia interparietal en la infancia, la cual hace susceptible a la persona para ser víctima o victimario de este tipo de violencia y principalmente de aprobarla. Se encuentra también el modelo psicológico del psicoanálisis, que enfatiza en el carácter traumático y repetitivo de la violencia de pareja y en la pareja como una proyección de las construcciones psíquicas individuales.

El modelo Cognitivo-Conductual, que es el que considera a la violencia como un ciclo de castigos y recompensas con un carácter funcional y que se origina por los déficits socioemocionales de los maltratadores y las víctimas se basa en el modelo sistémico, el cual asume que la relación de pareja violenta tiene una relación asimétrica de poder y cada miembro de la misma tiene una responsabilidad por su aparición. Por su parte, el modelo de perspectiva de género asume que la violencia está sustentada en las relaciones desiguales entre hombres y mujeres que se originan en la construcción social del género y el modelo ecológico, en cambio, señala que la violencia de pareja es fruto de la interacción entre los sistemas humanos (microsistema, mesosistema, macrosistema). Y el modelo multicausal, que abarca la violencia de pareja como parte de la interacción de varios factores personales, familiares y socioculturales.

Con esta descripción Garzón (2017) dio a conocer los elementos asociados a la violencia de pareja e identificó los instrumentos para prevenirla. Sin embargo, es importante mencionar que no hay predictores perfectos que actúen de manera independiente e inciten a la victimización de la violencia en la pareja. Desde ese punto de

vista surgieron algunos estudiosos que defienden la necesidad de continuar las investigaciones que lleven a corroborar con certeza el efecto de los predictores y que reconozcan los cambios a lo largo de la vida de una persona. Además, aunque se ha encontrado asociación entre algunos factores con la violencia de pareja, aún no hay certeza de si su papel en la violencia es predictor, mediador o moderador, pues se ha tendido a confundir la correlación con la causalidad. La violencia tiene diferentes componentes que la forman entre los cuales se encuentran:

### **Componentes individuales**

- Características genéticas
- Problemas fisiológicos
- Daños cerebrales
- Abuso de sustancias
- Trastornos de personalidad
- Poca instrucción académica
- Ingresos bajos
- Haber presenciado violencia en la niñez
- Depresión

### **Componentes de la relación**

- Estructura y dinámica de la familia de origen
- Dominio masculino en la familia
- Presiones económicas
- Mal funcionamiento familiar
- Conflicto e inestabilidad en el matrimonio

### **Componentes comunitarios**

- Sanciones débiles en contra de la violencia doméstica
- Pobreza y poco capital social

## Componentes sociales

- Normas tradicionales de género
- Normas sociales que apoyan la violencia (Alonso y Castellanos, 2006).

Además de los aspectos que componen la violencia, también Hernández (2014) se refirió a los ciclos que esta posee, en su texto sobre la violencia de género visto desde la sociología, los asimiló como tres ciclos básicos, para entenderlos mejor, se relata a continuación la manera en que esta autora los entiende:

- a) Acumulación de tensiones: se da en el comienzo de la relación, cuando solo de poner de manifiesto el abuso psicológico, comienzan los insultos, el aislamiento, los gritos hasta las explosiones de ira o rabia donde la mujer termina maltratada físicamente.
- b) Reconciliación o luna de miel: se da en el momento en que el hombre reconoce lo que ha hecho y se siente en condiciones de ser amable y cariñoso para buscar el perdón, aquí aparecen las disculpas, las promesas de que no volverá a pasar y las conductas de convencimiento en el caso de que esta amenace con la separación.
- c) Período de ambivalencia: en este estadio, la mujer se siente perdida, no sabe cómo actuar, se cuestiona a sí misma, siente la ambivalencia del hombre que la atacó, pero a la vez es cariñoso y amable. Este ciclo vuelve una y otra vez y con el tiempo los espacios entre uno y otro maltrato físico comienzan a ser menor cada vez hasta que se convierten en habitual y pasa por cualquier pequeña discrepancia.

Mientras profundizaba en sus estudios, Hernández (2014) repasó las causas de los distintos niveles de conceptualización por los que pasa la violencia y los denominó procesos circulares donde confluyen las construcciones sociales con las creencias históricas, los valores adquiridos, las ideas del poder y los derechos y deberes de cada persona en el ámbito familiar y social.

Los tipos de violencia, según Ortega (2017) pasan por la representación que tiene la violencia de mostrarse, las cuales van de acuerdo con la estructura de la conducta, es así que añade que las acciones no nacen de la nada, todas tienen una razón y una raíz basada en la represión, la explotación y el bienestar de las personas, también tienen su nacimiento en las conocidas violencias culturales y estructurales, además de otros actos que sirven para legitimar la violencia como constructo social.

En este mismo orden de pensamiento, la Organización Mundial de la Salud (2014) hace una clasificación de la violencia teniendo en cuenta la identificación general de las personas que cometen actos de violencia en todas sus manifestaciones, en la siguiente figura se detalla esta categorización y sus consiguientes subdivisiones.

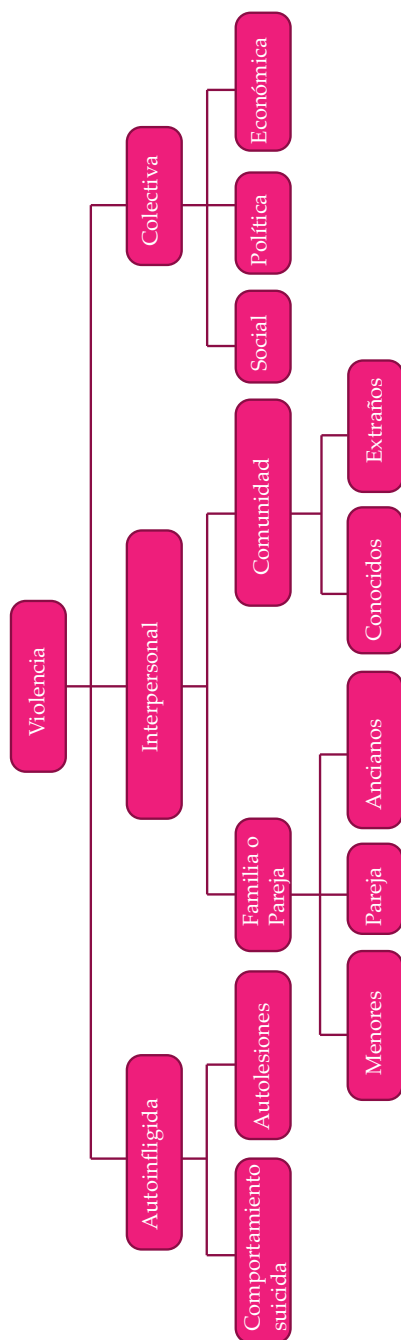


Figura 2 . Muestra un esquema que tipifica a la violencia.

- **Autoinflingida**
- **Interpersonal**
- **Colectiva** (Ortega, 2017)



Las conductas violentas en el campo teórico del psicoanálisis aportaron aspectos de comprensión intrapsíquicos acerca de la violencia y la agresión, Freud (1996) relacionó tanto conceptos del funcionamiento psicoanalítico como otros conceptos de la psiquis individual y otros referentes a la naturaleza y desarrollo humanos propios del desarrollo de la civilización. Su teoría se basa en la perspectiva de que la agresión es inherente e intrínseca de la naturaleza humana, lo que generó diversas y fuertes diferencias con sus colegas, su afirmación estipulaba que “esa agresión cruel (...) desenmascara a los seres humanos como bestias salvajes que ni siquiera respetan a los miembros de su propia especie” (Freud, 1996, p 108).

#### 4.1 Formas de violencia

Para poder analizar y tener una base que pueda minimizar la violencia y sus efectos se hace necesario tipificarla y tener en cuenta los fundamentos sobre la que se basa para actuar y evitarla en tanto se pueda, en función de esto CONAPO (2018), hizo una distinción y clasificación de cinco tipos de violencia en la actualidad, ellas son las siguientes:

- **Patrimonial:** está relacionada con los actos de omisión, sustracción, retención o transformación de objetos o documentos personales o derechos patrimoniales a los cuales tiene derecho la persona, pero se vulnera y termina dañando a la víctima, en este caso, la mayor parte de las veces se encuentran las personas de la tercera edad cuando se les saca de sus casas y se les priva de ejercer sus derechos constitucionales.
- **Física:** se trata de la violencia por la fuerza física de una persona hacia otra en la que pueden usarse objetos o armas que provoquen lesiones de todo tipo, es fácilmente reconocible por dejar marcas visibles en el cuerpo de la víctima, uno de los efectos

de este tipo de violencia es el miedo que puede desencadenar estados de tensión que terminen en enfermedades físicas.

- **Económica:** es la violencia que se ejerce contra la supervivencia económica de la persona agredida, se manifiesta a través de los salarios menores, las limitaciones para controlar sus propios ingresos y la dependencia extrema hacia el agresor.
- **Sexual:** está determinada por cualquier acto que vulnere o degrade el cuerpo y la sexualidad de la otra persona, generalmente se da del hombre contra la mujer al demostrar la supremacía masculina y la concepción de la mujer como objeto. No solo se da en una relación de parejas, cualquiera puede ser víctima de una agresión sexual.
- **Psicológica:** es la más sutil de todas, pues atraviesa un largo camino de negligencias, abandono, humillaciones, rechazos, indiferencias en los que el agredido no suele darse cuenta hasta que se ha dañado su estabilidad psicológica (CONAPO, 2018).

En función de los tipos de violencia que propone la CONAPO (2018), se han realizado estudios que las evalúan y analizan para darle una mejor utilidad, en función de esto se dejaron sentadas las modalidades sobre las que se especifican los tipos de violencia anteriormente mencionados, estos pueden ser: la violencia doméstica, la institucional y laboral, la violencia contra la libertad reproductiva, la obstétrica y la mediática.

En este marco de investigaciones y conceptualizaciones también se expresa la necesidad de legislar todo lo referente a la violencia como parte de una campaña contra lo violento, ya sea personal, institucional o social, pues reparar las desigualdades tiene que ver

con el futuro de paz a que aspira toda la sociedad.

Por otro lado, Vargas (2016) según los fundamentos post funcionalistas sostuvo que no siempre la violencia responde a un conflicto explícito, sin embargo, los medios de información transmiten e imponen la lectura de la violencia como forma intencionada para determinar estrategias de soluciones a favor de una de las partes, o en otros casos, cuando una de las partes no se encuentra en condiciones de dominar sus propias emociones y desencadenan una violencia intencionada y excesiva reconocida como inmoral, negativa, inconsciente, irresponsable y fuera de todo juicio racional o moral.

Con el afán de conocer las consecuencias y efectos que causa la violencia contra la mujer se procede a describir como componentes culturales, sociales, afectivos que influyen sobre esta problemática, se describen a continuación.





# CAPÍTULO V

## VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

## 5.1 Secuelas y riesgos de la violencia

La violencia no debe ser atendida solamente desde sus acciones inmediatas, también es necesario analizarla desde sus posibles consecuencias, por supuesto, esta pretensión supone encasillar todos los tipos de violencia en una estructura cerrada y bien delimitada, lo que hace más difícil la situación por el hecho de que la violencia tiene tantas formas de expresarse que siempre surgen otras nuevas que no están comprendidas en los estudios científicos ya realizados, no obstante, se ha valorado la mayor parte de las consecuencias conocidas en las reiteradas posiciones de los victimarios.

De manera general la violencia tiene dos tipos de consecuencias: la física y la psicológica, las cuales pueden conducir a situaciones crónicas si no se visibilizan a tiempo, Serrano (2011) lo dejó explícito cuando se refirió a ello:

Las consecuencias psicológicas del maltrato crónico pueden resultar devastadoras para la regulación emocional de la persona que lo sufre. Un elevado porcentaje de víctimas de violencia familiar presentan un perfil psicopatológico caracterizado por el estrés crónico, estrés postraumático (TEPT) y por otras alteraciones clínicas (depresión, ansiedad, síntomas depresivos, tendencias suicidas, baja autoestima, sentimientos de culpa, etc.) (p. 37).

Existen impactos a nivel personal, familiar y social que son necesarios tener en cuenta, y que Fernández (2013) mencionó como posibles lesiones físicas y psíquicas de largo impacto y duración como fracturas, enfermedades gastrointestinales, hemorragias, desequilibrio del sistema nervioso central, enfermedades mentales tales como depresión, ansiedad, intentos de suicidio; dificultades sexuales añadidas por infecciones de transmisión sexual, disfunciones sexuales, embarazos no deseados, abortos peligrosos; propensión

al alcoholismo, muerte de las víctimas; baja productividad laboral, pérdida de oportunidades educativas y laborales, grandes costos económicos en servicios médicos, sociales, judiciales y de protección física.

En otro orden de secuencias la clínica reporta determinadas producciones psicológicas siempre que se enfrenten a amenazas violentas tales como la desmentida, el sometimiento, las restricciones del pensamiento, la renuncia a los valores sociales, individuales y colectivos y las perturbaciones en las maneras de resolver situaciones de riesgo de cualquier tipo (Loinaz & Echeburúa, 2012). Como se ha conceptualizado a lo largo de este trabajo, la violencia de género constituye un problema social multicausal y muy complejo que se sostiene en casi todas las investigaciones en la base del uso de la fuerza física, verbal, psicológica, privativa o amenazadora contra las mujeres, a las cuales se les infringe un daño directo que puede reflejarse en el aspecto físico o psicológico (Ruiz & Ayala, 2016).

Teniendo en cuenta esto se tiende a interiorizar estos roles y se condiciona de forma diferente la función social del hombre y de la mujer, por lo que la mujer viene condicionada por un proceso sociocultural que la desvaloriza y subordina. Por lo que el ejercicio de la violencia de género sobre la mujer se ha institucionalizado como normal, aunque se haya visibilizado en los últimos tiempos. No es denotativo ser conscientes de la existencia de la violencia, también hay que estudiar y atender a los factores de riesgo que la catapultan para contribuir a su disminución. Molina (2019), en su estudio sobre los factores de riesgo de la violencia de género apuntó:

Entre los factores de riesgo predominantes para que se produzca la violencia se encuentran las construcciones sociales en función del género, la cultura patriarcal y la normalización o legitimización de los significados de violencia, además de otros factores como las presiones laborales, la insatisfacción de

las necesidades básicas, la exclusión social, la pobreza, el bajo nivel educativo, el vivir en guerra prolongada, el tener acceso a armas, el excesivo consumo de alcohol y de otras sustancias psicoactivas, la historia de violencia en la familia de origen, las experiencias violentas en la infancia, las características psicológicas de las personas, el inadecuado manejo de la ira y otros sentimientos (p. 18).

En el mismo sentido, Puente, Ubillos, Echeburúa & Páez (2016) estableció un marco de estudio en el que plantea que las mujeres se enfrentan a diferentes riesgos de agresión masculina a partir de distintos factores.

Dentro de los factores sociales se encuentran:

- Normas que dan por sentado el control de los hombres sobre las conductas de las mujeres.
- Aceptación de la violencia como vía de resolución de conflictos.
- Noción de la masculinidad unida al dominio, honor o agresión.
- Roles de género rígidos

Mientras que los factores comunitarios se presentan de la siguiente manera:

- Pobreza, estatus socio económico bajo, desempleo.
- Aislamiento social y familiar de las mujeres.
- Formar parte de grupos violentos.

Los factores relacionales son otros que contribuyen a completar estos estudios y están dados por:

- Conflicto de pareja.
- Control del dinero y toma de decisiones por parte del hombre de la familia.



Existen también factores individuales que se deben tener en cuenta, algunos de ellos son:

- Ser testigo o víctima de violencia en la familia de origen.
- Padre ausente o que rechaza.
- Abuso del alcohol.
- Interiorización de los valores y roles tradicionales (superioridad del hombre e inferioridad de la mujer).

Teniendo en cuenta el entorno definitorio y las diferentes visiones sobre la violencia contra las mujeres, también la United Nations (1993) la definió como todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la privada.

Se han identificado como las más frecuentes formas de violencia contra la mujer la física, la sexual y la psicológica, sin embargo, está claro que uno no está por encima del otro, todos los actos de violencia constituyen un menosprecio a la víctima de agresión (Bosch y Ferrer, 2016).

Pero en el contexto de la investigación se hace necesario tipificar en cuanto a la reacción de cada uno de ellos. Dicho esto, es posible aclarar que la violencia física es la que más atención ha recibido porque ha sido más fácilmente mostrada, sin embargo, la violencia psicológica es la que mayor prevalencia tiene en los efectos negativos por su incidencia en el tiempo y la poca visibilidad y capacidad de estudio que ha suscitado. Dentro de la violencia física constan todos los efectos de la agresividad contra el cuerpo de la mujer, ya sean heridas, quemaduras, hematomas, empujones o cualquier impacto sobre el cuerpo que deje lesiones visibles y genere consecuencias en las víctimas (Ruiz, et. al., 2006).

La violencia sexual se traduce en cualquier amenaza, acoso, explotación o intimidación que fuerce a una mujer a decidir sobre su sexualidad, no importa en el contexto en que se encuentre, ya sea dentro o fuera del matrimonio. Constituye una de las violaciones al derecho humano de una vida segura y puede darse en los casos en que se violenta a una persona a realizar una actividad sexual que no desee, más allá de las posibles causas que genere el no consentimiento para ello (Ortega, Ortega & Sánchez, 2008).

La violencia sexual puede darse a través de una violación, el incesto, por abuso sexual de menores, en la pareja, por acoso, por explotación sexual, la masturbación pública delante de mujeres, observar a otras personas en el acto sexual sin consentimiento.

El impacto de la violencia sexual suele dejar reacciones emocionales como la culpa, la vergüenza, el miedo, la desconfianza, la tristeza, el aislamiento. También suelen dejar reacciones psicológicas impactantes como la depresión constante, pesadillas, estrés postraumático, fobias, baja autoestima, regresiones retrospectivas y trastornos alimenticios crónicos (Contreras et al., 2010). Murphy & Hoover (1999) se refirieron a la violencia psicológica como “conductas, actitudes y estilos de comunicación basados en la humillación, la desacreditación, el control, el retraimiento hostil, así como la dominación e intimidación, la denigración y los comportamientos celosos (p. 55).

Muchas veces, estas conductas son apenas perceptibles, ya que forman parte de una cotidianidad propia de la relación de pareja y en la que los rasgos de indiferencia, comportamientos de dominación, aislamiento, discriminación o desigualdad suelen presentarse y asumirse como parte de una relación normal dentro de la pareja sin tomar en cuenta que estos actos minimizan el bienestar y la imagen de la mujer en el contexto privado y el social (Marshall, 1999).

Otras formas de violencia contra la mujer se refieren a las acciones estereotipadas relacionadas con la violencia económica, laboral, institucional y simbólica. El apego adulto en agresores de pareja, también puede ser utilizado para describir o analizar en mayor profundidad distintas tipologías. En concreto, se pueden encontrar hasta cuatro tipos de agresores que se mencionan y detallan a continuación.

Los agresores seguros son significativamente más defensivos que los inseguros (Babcock, Jacobson, Gottman & &erington, 2000). Son flexibles y se adaptan en las relaciones, por lo que no necesitan manipular su comportamiento con la finalidad de que su figura de apego responda a sus necesidades (West & George, 1999). Asimismo, son capaces de pensar sobre sus relaciones (Ansbro, 2008) y de expresar sus necesidades, habitualmente sin recurrir a la violencia (Bartholomew, Henderson & Dutton, 2001). En general, estos agresores muestran mayor empatía y es el estilo de apego predominante en los sujetos normalizados cuya violencia se limita a la pareja (Holtzworth & Stuart, 1994; Holtzworth & Meehan, 2004; Loinaz, 2011a).

Los agresores preocupados (inseguros) son los menos distantes en las discusiones. El abandono de la pareja es el mejor predictor de la violencia-reflejo de sus miedos al abandono (Babcock et al., 2000). Son los que tienen mayor presencia de malos tratos en la infancia y son los que mayor abuso emocional cometen, relacionado con la incapacidad para regular su ira. Asimismo, tienden a volverse violentos cuando la pareja trata de retirarse durante la discusión. West y George (1999) entendieron la agresión como la expresión de un apego ansioso, cuya activación se produce al percibir la conducta de la pareja como amenazante, de abandono o de humillación. Se trata de sujetos celosos y dependientes de su pareja y que, por tanto, temen especialmente su pérdida (Holtzworth y Stuart, 1994; Holtzworth, Meehan, Herron, Rehman & Stuart, 2003; Holtzworth & Meehan, 2004). Este estilo está presente en algunos subtipos normalizados y en los borderline/disfóricos.

Los agresores temerosos (inseguros) muestran conductas frecuentes de ansiedad e ira (Dutton et al., 1994). Los sujetos con apego temeroso, son desconfiados y tienen miedo al rechazo. En cambio, las personas con apego temeroso y preocupado se muestran ansiosas frente al abandono en sus relaciones íntimas (Dutton, 2007).

Los agresores rechazantes son los más controladores y distantes en las discusiones. La defensividad de la pareja (interpretada como un desafío) es el mayor precursor de las agresiones, ya que estos sujetos utilizan la violencia para reafirmar su autoridad y controlar a su pareja (Babcock et al., 2000). Estas personas se muestran independientes, duras e indiferentes a los demás, y sus recuerdos afectivos son descritos mejor de lo que realmente fueron (West & George, 1999).

Asimismo, repiten en sus relaciones los patrones conductuales del niño evitativo: el distanciamiento de las personas les ofrece protección, por lo que rechazan la cercanía y muestran poco interés o poca capacidad para reconocer las cogniciones y emociones de los demás (Ansbro, 2008). Es el estilo propio de los sujetos violentos en general/antisociales, también denominados instrumentales/subcontrolados. El estilo de apego correlaciona positivamente con mayor impulsividad e ira, así como con una menor empatía (Loinaz, 2011a,b). Estas personas presentan puntuaciones significativamente superiores a las que tienen un estilo de apego seguro en la escala antisocial del MCMI e informan en mayor medida haber sido testigos de violencia entre los padres. En resumen, muestran mayor conducta antisocial, pero menor abuso psicológico, y son menos dependientes (Babcock et al., 2000; Dutton, 2007; Holtzworth & Stuart, 1994; Holtzworth & Meehan, 2004).

## 5.2 Violencia doméstica

En el contexto de la violencia doméstica se encuentra el terreno de la convivencia familiar, donde las personas viven juntas y, por tanto,

la relación parental define una relación constante y controlada a la que se unen reglas del hogar no escritas pero trazadas con la rutina diaria y la construcción social.

Carmona (1999) asumió la violencia doméstica como:

Un problema social, que se presenta en diferentes entornos y también en países de Latinoamérica. Se basa en las ideas de pertenencia del hombre sobre la mujer. Lo que conduce a provocar daño verbal, físico o psicológico además de amenazas y hasta privación de la libertad (p. 125).

Las representaciones sociales imponen reglas con respecto al comportamiento y prácticas obligadas que interfieren en las relaciones domésticas y que han sido impuestas por siglos de dominación patriarcal donde la mujer es mirada como un ser inferior y su voluntad se debe a la obediencia y al servicio del hombre. Estos modelos patriarcales definen y estipulan conductas agresivas con relación a la mujer y a todos los que convivan bajo el mismo techo, es así que también se le otorga un rol de desigualdad a los niños y los ancianos que ya no producen la economía de la familia, los cuales quedan, por tanto, relegados a ser víctimas de violencia doméstica por parte del hombre en su estado de patriarca y jefe de la casa (Diamond, 2004).

La cultura occidental aporta a la violencia doméstica a partir de la perspectiva de que existe una persona que debe cuidar y proteger el hogar desde una posición de poder, lo que justifica, de este modo, cualquier tipo de agresión física, psicológica o sexual contra los integrantes de la familia cercana. Sobre esto, Molina & Moreno (2015) señalaron que:

En el interior de las familias se encuentra una relación directa entre poder, autoridad y violencia. En el interior de la familia, como réplica de la sociedad. Es así un funcionamiento alterado

de poder y autoridad de algunos, que constituye una pérdida de respeto en el grupo familiar lo que altera y forma contextos de agresión permanente (p. 1001).

Por su parte, Diamond (2004) reflexionó sobre la percepción que tiene la mujer cuando visualiza al hombre como un ser superior y se mira a ella misma como esposa y madre, esto hace que ella misma limite su propia conducta y que asuma un papel de obediencia hacia el marido, por lo que ella misma facilita el uso de la violencia doméstica cuando acepta el modelo patriarcal en los planos individual, social y comunitario, por lo que los hijos van a recibir también estas influencias heredadas y, por consiguiente, el porcentaje de que se asuman es alto. La representación social de la mujer como víctima que se percibe como ajena a la voluntad del agresor genera en ella misma alteraciones emocionales, conflictos familiares del pasado, consumo de alcohol, llega a visualizar los motivos de agresión como un castigo necesario por su incompetencia, hace que logre identificar a su pareja como exitosa y que esta quiera que permanezcan juntos a pesar de ser conscientes de la violencia que existe.

En estos casos, la mujer desarrolla extrema tolerancia y se auto atribuye la responsabilidad de la violencia (Eizirik y Fonagy, 2009). Es así que las formas de violencia doméstica en la familia suelen ser espacios que la sociedad asume como de seguridad, paz y desarrollo, el ideal previsto asume que en este ámbito debe primar el apoyo, el amor y la protección entre sus miembros. Sin embargo, también es el lugar donde pueden darse la mayor cantidad de agresiones, por lo que se considera un espacio abierto a la consideración y estudio por parte de los entendidos en los temas de violencia.

Todo acto que atente contra la integridad de alguno de los miembros de una familia que convive en un mismo lugar es considerado como violencia doméstica, ya sea entre familia o personas que no tengan lazos filiales pero que se encuentren bajo un mismo techo y que compartan

los deberes y derechos de un hogar (Chávez & Juárez, 2016). Como en todo caso de violencia, existen dos roles completamente opuestos: el agredido que es el que recibe el peso de la violencia y el agresor, que es el que impone su poder sobre el más vulnerable. Las personas que más propensión tienen de ser abusadas en el contexto doméstico son los niños, ancianos, mujeres y personas con alguna discapacidad o trastorno. Su asociación no tiene límite de edad ni género y puede recaer sobre los hijos, los hermanos menores, esposas, primos que viven bajo la tutela de otros parientes (Valdivieso, Luna & Osorio, 2019).

Es importante saber que la violencia doméstica no se limita a uno o varios actos de agresión, si no que refleja una dinámica, una manera de interactuar y de relacionarse entre los miembros de la familia, por lo que existe una tendencia a repetirse generacionalmente. Flores & González (2015) se refirieron a los tipos de comportamientos violentos en el ámbito doméstico, según los daños ocasionados, abordaron el tema a partir de las siguientes clasificaciones:

- Daño físico, es cuando se establece contacto directo con el agredido, ya sea por lesiones externas, empujones, tirones, golpes, huesos rotos e, incluso, puede llegar a la muerte.
- Daño sexual, puede darse a través del abuso sexual a niños por parte de uno de los integrantes de la familia, comentarios degradantes con relación a la sexualidad de algún miembro familiar o manoseos contra la voluntad de la víctima.
- Daño emocional, es un proceso que se puede alargar durante mucho tiempo y comienza con comentarios amenazantes, humillaciones que afectan la autoestima y que muchas veces antecede al ataque físico.

- Daño social, este comienza con condiciones sociales que refuerzan los roles de las mujeres como objetos dentro de la casa y un sentido de la obediencia que anula sus criterios, puede darse a través de la dependencia económica (Flores & González, 2015, p. 89).

### 5.3 Tipos de femicidio

Dentro del espectro de estudio de la violencia contra las mujeres se encuentra el femicidio como una de las lacras sociales que ha costado más erradicar y la manera más extrema de violencia doméstica y contra la mujer. La desigualdad de género es la que origina este tipo de violencia tipificada como muerte violenta de las mujeres debido a su sexo y es considerada como una de las más horrendas discriminaciones hacia ellas.

Es calificado un crimen con tipologías específicas, pues no existe una única forma de expresarse, en estos casos las mujeres de cualquier edad, rango social o moral están expuestas a estos tipos de violencia, Russell & Radford (2006) la definieron como la muerte de las mujeres a manos de hombres que las asesinan por el hecho de ser mujeres. Munévar (2012) en su artículo sobre el delito de femicidio se acercó a esta definición cuando afirmó que estas son las muertas violentas de mujeres y niñas asentadas en el constructo social que las reduce a seres humanos inferiores a los hombres, en este sentido, la autora implica tanto el ámbito privado como el del Estado, poseedor de la fuerza necesaria para cambiar estas miradas. La Fiscalía General del Estado en Ecuador (2016), recientemente incorporó a su legislación el término de femicidio con estas características:

La muerte violenta de una mujer es la forma más extrema de violencia de género, y en Ecuador está tipificada como femicidio, por lo que es importante enfatizar que un hecho de



esta naturaleza tiene un trasfondo de género, de poder y de dominación que determina que la víctima sea una mujer. Por lo tanto, no es un hecho violento aislado, sino que responde a una construcción social patriarcal. El Ecuador, en el marco de sus obligaciones internacionales en materia de derechos humanos, tipificó el femicidio en el Código Orgánico Integral Penal (COIP) vigente desde agosto de 2014. Este nuevo delito permite al Estado investigar, juzgar y sancionar la muerte de las mujeres debido a su género. Contando con la norma penal, corresponde a la Fiscalía titular de la acción pública aplicar la norma y poner en movimiento la administración de justicia (p. 8).

En este sentido, se hace importante valorar los tipos de feminicidios en cuanto a su forma de presentarse, existen muchos autores que le han dado clasificaciones necesarias para entenderlos y pretender estudiarlos a fin de intentar minimizarlos, pero en este caso se valorará la clasificación ofrecida por Solyszko (2013), por lo abarcadora y explícita, a continuación se resumen los tipos de feminicidios:

- **Íntimo:** se da cuando el hombre, asesina a la mujer con quien ha tenido una relación íntima de pareja, ya sea su esposo, novio, exnovio o amante. En algunas ocasiones se incluye el amigo de muchos años que no aceptó un no como respuesta a su declaración de amor.
- **No íntimo:** se da cuando un desconocido, asesina a la mujer con la que no tenía ningún tipo de relación, uno de los ejemplos típicos de estos casos es la agresión sexual callejera o el caso del que intenta violar a su vecina y entre ellos no existe ninguna relación.
- **Infantil:** se da cuando un hombre vulnera y mata a una niña menor de 14 años guiado por su vínculo de dominación que lo faculta socialmente como superior a ellas.

- **Familiar:** se da en el marco familiar, en estos casos siempre hay una relación cercana de familia, por afinidad o por adopción. La muerte en esta situación es provocada por el hombre al intentar vulnerar a la mujer o niña cuando esta se opone.
  
- **Por conexión:** es un tipo de muerte que el hombre le da a una mujer que se encontraba en el lugar donde este maltrataba y trataba de dar muerte a su víctima y la amiga, pariente, madre u otra mujer que trate de intentar salvar a la agredida queda dentro de la situación y producto de este encuentro ella termina asesinada.
  
- **Sexual sistémico desorganizado:** este tipo de femicidio tiene que ver con el secuestro organizado, la violación y la tortura de las mujeres.
  
- **Sexual sistémico organizado:** en estos casos están las redes organizadas de asesinatos a mujeres por temas sexuales, en los que se prepara, organiza y lleva a cabo el secuestro, la tortura, violación y finalmente la muerte a manos de hombres.
  
- **Por prostitución o por ocupaciones estigmatizadas:** estos casos son más frecuentes por darse en un ámbito social de muy baja clase cultural, el hombre odia o desea a la mujer que practica la prostitución u otra ocupación en la que su trabajo tenga que relacionarse con otras personas. Se puede dar de manera individual o por grupos, en estas muertes el victimario suele pensar que, por su condición, la mujer merecía no seguir viviendo y usa frases como: “se lo buscó”, “se lo merecía”.
  
- **Por trata:** existe a partir del comercio indiscriminado e ilegal de personas, en este caso de mujeres, se da a través del rapto, del abuso de poder y de la recepción de pagos por actividades sexuales o por explotación. También se puede presentar en el

caso de la venta de órganos. En todos, la mujer muere a causa del abuso, tortura o asesinato infringido por el hombre.

- **Por tráfico:** es la muerte que recibe una mujer que ha entrado o trata de entrar a un país que no es el suyo y para lo que necesita una garantía que siempre es ilegal, y con la que tiene que relacionarse con individuos desconocidos y carentes de escrúpulos de alguna índole.
- **Transfóbico:** es una muerte por odio, tiene que ver con una mujer transgénero o transexual, en la que el hombre descarga en ella el rechazo social que siente sobre este tipo de decisión.
- **Lesbofóbicos:** se da cuando el victimario rechaza y odia a la mujer lesbiana solo por su orientación sexual.
- **Racista:** tiene que ver con su origen étnico, el victimario es racista y no acepta que esta mujer pueda ser parte de la sociedad en la que vive por su condición racial o por sus rasgos fenotípicos.
- **Por mutilación genital femenina:** se da en casos de hombres con trastornos severos de la conducta o con un odio visceral que lo lleva a la mutilación genital de una niña o mujer (Solyszko, 2013).

#### 5.4 Femicidio y violencia contra la mujer en Latinoamérica y Ecuador

En Ecuador, desde los años 90 aparece el término femicidio y se comenzó a tratar por las organizaciones feministas de América, a partir del año 2000, esta problemática se comenzó a difundir y se

abordaron estudios para de recopilación de la información para poder denunciar estos delitos. Aunque no se lograron cifras exactas, sí se pudo constatar que las dimensiones de la violencia contra la mujer eran atroces.

Todos los países de América Latina estaban altamente afectados por esta situación y hasta el momento no se había podido visibilizar. Ecuador no escapó a este alto índice de violencia, por eso, en 2005 se realizó una encuesta en la que CEPAR investigó acerca del tema, en la que se arrojó que el 41% de las mujeres que están o estuvieron casadas habían sido víctimas de maltratos físicos o psicológicos de sus parejas. El estudio aportó nuevas cifras en cuanto a diferentes formas de violencia, tanto la sexual, como la psicológica o social. Y se supo que las mujeres con mayor índice de afectación sexual son las que viven en la ciudad, están divorciadas, separadas o son viudas, con bajos niveles culturales y con situaciones económicas difíciles (Centro de Estudios de Población y Desarrollo Social, 2005).

Posteriormente, Fernández (2013) realizó una búsqueda y recopilación de los compromisos que se logran establecer con el Estado del país con vistas a la erradicación de la violencia contra las mujeres y en específico de las violencias que terminan en femicidio. En su estudio, Fernández consultó todos los expedientes con cargos de femicidio de los años 2005 al 2007 y sus sentencias para tener en cuenta el efecto real de la incidencia del Estado en la posibilidad de erradicar este mal.

Por su parte, Carcedo (2010) en su estudio sobre el femicidio en el Ecuador, identificó un total de 170 muertes de mujeres por este tema entre los años 2005 y 2007, cifras que son tomadas solamente por los reportes que se hicieron, lo cual no descarta que hayan sido más y que no se reportaron. Las ciudades más involucradas en estos datos son Cuenca, Guayaquil, Esmeraldas y Portoviejo. Munévar (2012)

aludió al femicidio como la asociación de las violencias extremas a que son sometidas las mujeres y niñas, en el marco de las cuales se realiza una lucha por conseguir y transformar el ejercicio de los derechos como seres humanos y visibilizar todas las circunstancias en que estas aparecen para poder declarar libre de violencias los cuerpos de las mujeres.

Un poco más actualizado está el estudio de Valle (2018) que construyó un Atlas de género a través del que pudo realizar un estudio pormenorizado de la violencia en el Ecuador entre los años 2000 hasta el 2017, donde analizó la incidencia en la sociedad actual. En este atlas de género, el autor constata que:

Se puede observar un incremento en el número de femicidios registrados a nivel nacional. Cabe indicar que el dato procede de un consenso entre las instituciones generadoras de la información, en el que a través de la subcomisión técnica de validación que lidera el INEC, se ha definido la forma de mediación y reporte de este dato (p. 362).

Por su parte Rosero (2018), publicó en el diario El Comercio, su mapa de femicidios en Ecuador, haciendo un estudio preliminar con datos exactos acerca de los femicidios en el país en lo que corre el año 2018, en el que la muestra arrojó un total de 75 mujeres asesinadas violentamente desde enero hasta noviembre del citado año. En cambio, Ortiz (2019) asombró al mundo con datos tan alarmantes donde más de 3200 mujeres y niñas fueron brutalmente asesinadas en los anteriores 16 años en el Ecuador, para lo cual no se tuvo reparo ninguno en condición social, raza, estado civil ni otra cuestión que no fuera el sexo femenino. Estos datos corroboraron que los asesinatos de mujeres han sido un problema desde mucho antes de ser legislado, que existían y existen aun cuando se habían tipificado e incluido en la ley penal del país. Este autor plantea visitar estos datos e investigar con más fuerza para lograr que estas muertes sean vistas como una

cuestión de salud pública pues no solo causan daños irremediables a las familias, también ocasionan pérdidas insustituibles a la sociedad.

Por lo que el rol de la mujer en las relaciones de pareja y el maltrato doméstico, el acoso sexual en el trabajo, el hostigamiento laboral, y otros más, representan un atraso cultural en los valores importantes como “la empatía, la tolerancia, la consideración y el respeto por las demás personas, con independencia de su sexo” (Lorente, 2001, p. 123). Del mismo modo, los estereotipos culturales y sociales sobre la unión de la mujer y las relaciones de pareja son un impulso determinante para el sostenimiento de la violencia. Y aunque, en la actualidad, se ha logrado integrar a la conciencia de las personas de que existe violencia de pareja y esto ha dejado de tener una función solamente privada para ser parte de una mirada general a este problema generalizado por la sociedad patriarcal, todavía queda mucho por hacer en este campo de incidencia.

Se ha encontrado en Echeburúa (2019) que no se debe tratar la violencia de pareja desde el machismo histórico, también se debe ver desde el aprendizaje de la aceptación de la violencia general como única forma de resolver los problemas o de imponer voluntades, pues la violencia viene desde la infancia familiar cuando un bofetón o una cachetada, peleas en la escuela, tonos ofensivos entre los padres generaban una asociación con el fin de que se debía seguir esta actitud para solucionar cualquier problema por pequeño que fuera.

Argumentó, además, que sería importante no solo asumir los casos extremos que llegan al femicidio desde la explicación de los estereotipos rígidos de la sexualidad, de la masculinidad y la feminidad.

De Alencar & Cantera (2017) en su estudio sobre la intervención del rol social en la violencia de pareja, asumieron que hay mucha importancia en la red que rodea a las mujeres, red que puede estar caracterizada por miembros cercanos a la familia, los compañeros de

trabajo, los amigos y todos aquellos que, de algún modo, intervienen en los vínculos personales que reaccionan de modo cercano a la mujer y que pueden incidir negativa o positivamente en la violencia contra esta. Añade, también, que estas redes pueden ser instrumentales, informacionales y emocionales.

La primera tiene que ver con la eventualidad de que estas relaciones constituyan un puente de acercamiento para que se puedan lograr objetivos o metas establecidas y que hayan tenido dificultades para llevarse a cabo. La red informacional está relacionada con el flujo de información, consejos e investigaciones que pueden llevar los estímulos de un extremo a otro de la red. Y la dimensión emocional se refiere a la satisfacción de las necesidades emocionales tales como sentir la aceptación de los demás, expresar sus sentimientos.

Estos contactos pueden tener tendencia a reducir los niveles de estrés a los cambios o adversidades en función del cese o no de la violencia de género contra la pareja. Con respecto a esto, Krenkel et al. (2015), señalaron que la red social y la violencia de género contra la mujer es un elemento de continuidad y relación directa, que no ha sido lo suficientemente estudiado y que ha dejado esquelas sin revisar en los casos donde la red social ha sido un instrumento que ha contribuido a evidenciar los riesgos que siguen las mujeres, también en el entorno social y personal, a lo que concluye que el aislamiento al que pueden ser sometidas las mujeres por la carencia de apoyo social las puede condenar y llevar a la consabida violencia de pareja.

En el caso de los estudios de Huertas y Puente (2019), estos asumieron que también es importante analizar los casos de las mujeres emigrantes que solo pudieron viajar con sus parejas y estas vieron en esta situación un espacio favorable para ejercer su dominio sobre ellas, al encontrarse sin amparo filial ni social que las respalde. En este mismo sentido, se deduce que las redes sociales que rodean a estas mujeres son débiles y pocas, por tanto, la ayuda y apoyo no siempre llegan con la debida carga que se necesita.

Estrellado & Loh (2019) analizaron y describieron las pérdidas y ganancias percibidas por las mujeres filipinas después de su decisión de permanecer o abandonar una relación de abuso. Las entrevistas realizadas fueron semiestructuradas en profundidad con 60 mujeres maltratadas, 30 de ellas todavía vivían con sus parejas abusivas y 30 ya los habían dejado. Los resultados del análisis de datos revelaron que estas mujeres que se quedaron y dejaron a sus parejas abusivas todas experimentaron pérdidas y ganancias.

Para las mujeres que se mantuvieron en una relación abusiva, perdieron el sentido de sí mismas, la oportunidad de una vida mejor, tranquilidad, bienestar psicológico y amor por sus parejas. Sin embargo, estas mujeres tenían los beneficios de tener una familia completa y una pareja para ayudar a criar a sus hijos. Por el contrario, a pesar de no tener una familia completa o una pareja para ayudarlos a criar a sus hijos, las mujeres que dejaron una relación abusiva recuperaron su sentido de identidad, tranquilidad, libertad, fortaleza interior y esperanza.

La perspectiva de la violencia contra la mujer se conceptualiza desde diferentes criterios, uno de ellos lo asume la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en su *Declaración Sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer de 1993* en su artículo 1, en el cual sintetizó este concepto de la siguiente forma: todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como secuela un daño o alteración de tipo físico, sexual o psicológico para la mujer. No obstante, las consecuencias que causan estas amenazas como, la coerción o la privación injusta de la libertad, de igual forma se producen en público o en privado (Sánchez, 2009).

La violencia de pareja está considerada como uno de los problemas más acuciantes de la realidad actual. Se tiene como uno de los factores importantes la insatisfacción y perpetración ya sea física, psicológica y sexual de la pareja al provocar ira, depresiones y otras emociones



negativas que atentan contra la mujer, en este caso, Llorens et al. (2016), acertaron en su investigación sobre la insatisfacción de las relaciones de afecto y sus posibles causas como parte de la sociedad proveedora de estos problemas.

Por su parte, Halmos, Leone, Parrott & Eckhardt (2018) entendieron la insatisfacción de las relaciones afectivas como respuesta inmediata a los conflictos de pareja y a la agresión contra la mujer.

Según Aiquipa (2015) el tipo de violencia inducida por la pareja ha sido conocido como violencia doméstica, intrafamiliar, conyugal, etc. En este caso, no importa el tipo de relación aceptada por el entorno social ya sean novios, enamorados o cónyuges. Y es considerada como cualquier comportamiento o daño ya sea físico como golpes, puños, empujones, mientras el tipo psicológico como intimidaciones, humillaciones, insultos, indiferencia, y las agresiones sexuales.

Las mujeres que son víctimas de violencia por parte de su pareja, esposo o compañero reciben desde lesiones leves hasta psíquicas como depresión, pensamientos autolíticos, angustias, las cuales no les permite realizar sus actividades cotidianas y cada día que pasa aumenta esta serie de sentimientos y creencias irracionales que pueden desembocar en situaciones críticas y en atentar contra su vida (Bott, Guedes, Goodwin & Adams, 2014).

Es así que la violencia se origina por varias causas, con factores predisponentes y mantenedores, se observan desde el modelo ecológico de Heise & García (2010), en el que se demuestra el riesgo de la interacción y aparición de la violencia, con factores comunitarios, sociales y culturales. Los factores socioculturales como inequidad de género, una sociedad patriarcal, conductas machistas, además del consumo de sustancias por parte del agresor. Es así como se dejan de lado los factores individuales y los factores de la psiquis de la mujer que permiten las conductas violentas.

La violencia reside en la utilización intencional de la fuerza contra un grupo o una comunidad específica, no importa que este sea real o en forma de amenaza, puede incluso terminar en muerte y la mayor incidencia está en las mujeres, las cuales son atacadas, generalmente, por su pareja íntima. Por eso, en el año 2013, Brasil ocupó el quinto lugar entre los países con mayor incidencia de femicidios s (Leite, Amorim, Wehrmeister & Gigante, 2017).

Savall, Blasco & Martínez (2017) añadieron sobre el tema de la violencia que se considera una forma de intimidación o control sobre la pareja, que causa daño físico y emocional. Una de las principales características de la violencia de pareja es la sensación de riesgo constante y de pérdida de control que viven las mujeres víctimas, incluso, se da aunque no se esté dentro del evento traumático. Por tanto, estas situaciones suelen derivar en estresores de tipo crónico que conllevan un profundo desgaste sobre las mujeres y ejercen un notable efecto perjudicial sobre su salud física y mental.

Algunos autores como Cuenca & Graña (2016) conceptualizaron a la violencia doméstica como todas las formas de abuso que están vinculadas con la familia sea esta de forma periódica o cotidiana. Lo mencionado establece una interacción en la dinámica familiar. Además, la violencia en la pareja es conocida como violencia conyugal o doméstica. Sea esta con el uso de fuerza corporal o lesiones de arma blanca, que pueden llegar, incluso, a provocar la muerte. Además de formas más sutiles como someter a la persona a acciones que llevan a devaluar a la víctima sean estos insultos, humillaciones, burlas, acaparamiento de ingresos familiares, control y restricción de pertenencias. Provoca en la mujer alteraciones físicas como cefaleas, ansiedad constante, además de experiencias de pánico y letargos.

Ya, desde 1995, la ONU estableció objetivos para responder a las consecuencias físicas y mentales de las víctimas de violencia de pareja y en 1998 la asumió como prioridad en los servicios de salud.

En Beijín en 1995, la declaración de las Naciones Unidas establece que las relaciones desiguales entre género se han dado a través de la historia y la dominación del hombre con discriminación hacia la mujer, de forma principal por creencias culturales, con efectos nocivos, de las prácticas tradicionales y el rol de inferioridad de la mujer ante la familia, trabajo, comunidad y sociedad (Blázquez & Moreno, 2008). En otro orden de estudios se determinó la vulnerabilidad en la personalidad de mujeres víctimas de violencia. En ellos se analizó la dependencia emocional de la pareja, la baja autoestima y las actitudes tradicionales (Green & Brock, 2000).

La violencia de pareja provoca alteraciones en la salud mental y en la calidad de vida. Como resultado de un estado emocional como ira, impotencia y repertorio conductual con problemas en comunicación. El conflicto de la violencia contra las mujeres es un problema multidimensional que abarca varios factores que involucran las relaciones de poder que ha ejercido el hombre hacia la mujer y con estereotipos de género (ONU, 2015).

En México se considera que el 11% de las mujeres que han sido víctimas de violencia dan a conocer a las autoridades de su situación (Ellsberg et al., 2015). La violencia, como factor de afectación en la salud y beneficio de los derechos del ser humano lleva a consecuencias graves como el suicidio, homicidio, abortos, enfermedades de transmisión sexual, disminución en la autoestima, ansiedad, depresión, estrés postraumático, fobias (Sierra, Macana & Cortés, 2013).

Un factor importante para evaluar la presencia de la violencia doméstica es el nivel de escolaridad, se sabe que en las mujeres de menor grado de escolaridad existe un mayor riesgo de padecer violencia infringida. Mientras que en el hombre de menor grado de escolaridad, es mayor es la incidencia de violencia contra sus parejas (González, 2018).

En investigaciones sobre la insatisfacción marital se visualiza el autoritarismo, la agresión pasiva y el chantaje, a diferencia de las que tienen satisfacción marital que experimentan equidad y reciprocidad en la interacción de afecto y sexualidad (Sánchez y Hernández, 2018). Ramos et al. (2017) plantearon que las manifestaciones de la violencia contra la mujer pueden verse como psicológica, física y sexual, donde la violencia física se entiende como la que provoca daños en el cuerpo de la mujer o lesiones leves como moratones o pequeñas heridas hechas con algún instrumento.

La violencia psicológica se muestra a través de la palabra y los gestos agresivos como las amenazas, los gritos, las conductas de aislamiento, los reproches y la dominación. Y la agresión sexual se entiende por la obligación de contraer relaciones sexuales que no se desean y que utilizan la fuerza para llevarla a cabo.

La violencia más utilizada en las relaciones de pareja es el maltrato psicológico y casi siempre se realiza antes del maltrato físico, suele comenzar de forma temprana, y de ahí se convierte en crónica después de materializarse y concretarse el compromiso en la relación. En este mismo sentido, los incidentes violentos no suelen ser aislados, sino que comienzan a tener un patrón de comportamiento estable o en aumento dentro de la relación (Gherardi, 2016).

Otra de las manifestaciones que afectan a la violencia contra la mujer es el sexismo ambivalente considerado uno de los principales dogmas que conservan las desigualdades y eternizan el desequilibrio de poder entre los sexos. Sobre esto, Montañés, Megías, De Lemus & Mo&a (2015) consideraron que esto afecta de manera significativa a las mujeres y lo asocia con la mayor posibilidad de convertirse en víctima de violencia de género, estos autores se suman a los numerosos casos de investigación en los que se demuestran la secuela del sexismo en la vida de las mujeres y su acercamiento a ser víctimas de violencia por toda su vida.

European Union Agency for Fundamental Rights (2014) mostró resultados en la Europa occidental que sostienen que cada tres mujeres mayores de 15 años hay una que ha sufrido violencia psicológica.

En este sentido, Díaz (2009) realizó un estudio sobre el sexismo a partir de sus componentes:

- a) El cognitivo, que consiste en confundir las diferencias sociales o psicológicas existentes entre hombres y mujeres con las diferencias biológicas ligadas al sexo, es decir, se trata de la creencia errónea de que las primeras surgen automática e inevitablemente como consecuencia de las segundas;
- b) El afectivo, que gira en torno a la forma sexista de construir la identidad, explica la relación entre la identidad masculina y la violencia que ejercen los hombres, así como la tendencia de las mujeres a sentirse culpables o deprimidas, y
- c) El conductual, que consiste en la tendencia a llevar a la práctica el sexismo a través de la discriminación y la violencia (p. 62).

Rottenbacher de Rojas (2015) señaló que la violencia doméstica es una experiencia en la que la sobreviviente encuentra limitado su sentido de libertad personal. La capacidad de establecer relaciones consigo misma y con personas de relativa cercanía afectiva es lacerada. Su confianza en otros y su derecho a mantener relaciones de mutualidad se encuentran amenazados. A través de la historia se ha documentado y explicado la violencia doméstica como un problema que tiene sus raíces en la familia de origen ya que se entiende que los agresores provienen de familias en las que se ha vivido la violencia doméstica desde la perspectiva de un problema intergeneracional.

Esta perspectiva macrosocial propicia que se puedan analizar las situaciones que presentan las sobrevivientes de violencia doméstica desde una postura no punitiva e individualista. También permite realizar observaciones en las intervenciones terapéuticas con las sobrevivientes sobre cómo la estructura o el sistema social en el que esta interactúa les re-victimiza o cómo la respuesta de familiares y amigos podría perpetuar la violencia contra la misma (Fernández, 2013).

El daño causado por la violencia puede durar toda la vida, afectando a varias generaciones y con graves consecuencias para la salud, el trabajo y el bienestar financiero de las personas afectadas, la familia y la sociedad. Las consecuencias a corto y a largo plazo de las maneras de comportarse la violencia incluyen lesiones físicas, embarazos no deseados, abortos, dificultades ginecológicas, contagios de transmisión sexual, trastorno de estrés post traumático y depresión, también conductas riesgosas como el tabaquismo, el consumo indiscriminado de alcohol y drogas y las conductas sexuales arriesgadas.

El sostenimiento del patriarcado es la teoría más corriente que explica el ejercicio o el padecimiento de la violencia de pareja o la violencia sexual. Esta teoría, asentada en la dominación masculina socialmente hablando con sus estereotipos patriarcales muestran las desigualdades y la desigualdad de género en la esfera social, lo que hace que se legitime la violencia infligida por la pareja y la violencia sexual cometida por hombres (Organización Mundial de la Salud, 2014). Un estudio realizado en Paraguay, en el 2015 para estimar el impacto económico de la violencia contra las mujeres en 25 empresas medianas y grandes del país, tuvo como resultado que, en el año 2014, el 30,2% del personal estuvo involucrado en situaciones de violencia contra la mujer como agredida o como agresor, con un promedio de 24,6% de ataques violentos al año.

Esta pérdida está estimada por año de 72 337 colaboradores y un costo económico del 2,39% del PIB de Paraguay, estimado en 734 871 583 USD (Suhurt et al., 2018).

Otro estudio, llevado a cabo por la Fundação Perseu Abramo y el Serviço Social do Comércio (Venturi & Godinho, 2013), en 2010, señaló que cinco mujeres son golpeadas cada dos minutos en Brasil. Estos números no estipulan las muertes, solo ayudan a reconocer el escenario en el que estas se dan: el de la violencia constante. Es como si, al final de todos los días, el país tuviera el saldo de 3 600 mujeres asaltadas por hombres con los cuales se relacionan. Lo complicado de estas posibilidades de agresiones y de cómo estas se encadenan parecen decisivas para comprender la violencia de género y el asesinato de mujeres, pues si se tiene en cuenta el femicidio es necesario ubicarlo en el punto “más extremo del terror antifemenino que incluye una vasta gama de abusos verbales y físicos” (Pasinato, 2011, p. 224).

En el orden de la prevención de la violencia doméstica, Chen et al. (2007) estudiaron las posibilidades de identificarla antes de que aparezcan las señales corporales de golpes y plantearon que, si existieran más redes de apoyo y políticas dedicadas a prevenir más que a sancionar, esto sería posible. El entorno (crimen, pobreza y principales actividades económicas) de las personas puede causar que los individuos, a cualquier edad, puedan ejecutar actos de violencia.

Dado que, en las estructuras familiares, la mayor parte de los abusos violentos los ejecutan los que tienen posiciones de poder dentro de la familia se entiende que ese poder proviene de la fuerza física o la propiedad económica. “[...] La violencia ya sea conyugal, progenitor filial, fraternal y parental extensa, responde a lógicas particulares y contiene sentidos, significados inherentes a la estructuración de cada grupo familiar” (Cuartas, 2012, p. 92).

Las estructuras familiares se entienden en la actualidad de acuerdo con las nuevas formas de tipologías de la familia, dejan ver cómo, en muchas estructuras familiares, los hombres de las familias son quienes asumen el rol de verdugos, pues aún tienen los privilegios de tener sueldos más altos y mejores posibilidades de trabajos bien remunerados (Badel & Peña, 2010). A esto se suma que el consumo de drogas y alcohol, la regulación de la violencia e inequidad de género, así como la inseguridad económica se presentan como factores de riesgo de la violencia intrafamiliar.

Por ejemplo, en el estudio “Necesidades, expectativas y sueños sobre la relación de pareja en hombres remitidos para atención psicológica por denuncias de violencia intrafamiliar”, Medina, Arévalo & Durán (2015) pudieron observar cómo muchos de los hombres victimarios fueron víctimas de disímiles tipos de violencia en su niñez, lo que les introdujo en su pensamiento regular que la violencia es un sistema normalizado para comunicar, corregir y para expresar la masculinidad, lo que hace necesario estudiar los casos de maltrato en niños y niñas (Sandoval & Otálora, 2017).

Al respecto, Guzmán, Carrasco, Figueroa, Trabucco & Vilca (2016) plantearon que existen diferentes formas en que las personas pueden reaccionar ante eventos traumáticos. Así mismo, diversos autores han identificado algunos factores que protegen a las víctimas de desarrollar las reacciones psicopatológicas ya mencionadas, entre los que se encuentran: las características propias del evento traumático, el contexto social (principalmente el apoyo social percibido) y las características propias de la víctima, tales como, las estrategias de afrontamiento que emplea Echeburúa, et al. (1996). En consecuencia con lo que se ha dicho hasta el momento, se empieza a usar el término “recursos psicológicos”, para referirse a los aspectos que tiene un individuo en el momento de solucionar una necesidad o realizar una labor en cuanto a recursos afectuosos, expresivos, sociales, cognoscitivos, instrumentales y materiales.



A pesar de que los estudios sobre la violencia de género son numerosos y el interés en lograr la protección de estas personas crece constantemente, en muchas ocasiones, su estudio se orienta hacia situaciones opuestas o simplemente se enfoca en el impacto negativo que este genera. Otras veces, se experimentan las fortalezas sin establecer el papel protector o regulador que estas puedan cumplir frente a expresiones psicopatológicas en estas locaciones. Por ende, indagar sobre los elementos protectores que consienten que los individuos puedan experimentar un evento traumático sin incurrir en una disfunción psicológica, generarían una perspectiva más completa del fenómeno de la violencia de género (Ortiz, 2019).

La Organización Mundial de la Salud (OMS), Mujeres América Latina y El Caribe (2016), han dejado claro, a través de sus estudios globales, que América Latina es una de las regiones más inseguras del mundo. Considerada como la región donde se presentan más asesinatos de mujeres por su género: 14 de los 25 países del mundo con las tasas más elevadas de femicidio están en América Latina y Caribe, y se estima que, en esta región del mundo, 1 de cada 3 mujeres mayores de 15 años ha sufrido violencia sexual. En este sentido, un dato alarmante de Bolivia es que una de cada tres mujeres en el país justifica la violencia física que su pareja le propina. Este pormenor, lleva a pensar en la insuficiente conciencia social que tiene esa población sobre el problema de la violencia de género y lo cargada que es todavía la mal llevada construcción del patriarcado machista que lo sostiene, justifica y contribuye a razonar por qué muchas mujeres que son víctimas de violencia por parte de sus parejas no se atreven a denunciar los maltratos a que son sometidas (Hernández & Domínguez, 2019). Para ampliar este tema, Moore et al. (2017) añadieron que la utilización de la violencia en las relaciones con los iguales va unida a una privación de habilidades sociales, puede involucrar el rechazo y aislamiento social del individuo y esto lo

limitará de una significativa fuente de apoyo, esto lo ejemplifican de la siguiente manera:

En ocasiones, estas conductas agresivas pueden favorecer su liderazgo en grupos conflictivos o incrementar la probabilidad de que se relacionen con otros adolescentes con conductas agresivas, lo que conllevará consecuencias negativas no solo para las víctimas sino también para los propios agresores, puesto que pasan a integrar la violencia como elemento en sus relaciones (p. 76). La mayor parte de las veces, la violencia trae aparejada celos, controles extremos, coerción y todo lo que esté relacionado con la vigilancia y aislamiento de las actividades que ejecuta la mujer. También tiende a tener un estado de salud deficiente y muchos malestares físicos, psicológicos, así como respuestas conductuales negativas como la falta de deseos de realizar actividad física, la sobrealimentación, el tabaquismo, el consumo de alcohol (Caudillo, et al. 2018).

Otro de los aspectos que los investigadores precisan indagar y reflexionar es acerca de las diferentes cuestiones que afectan a la situación actual de la mujer con discapacidad intelectual y que, además, sufre violencia de género, lo que pone de manifiesto que una de las características más notables a subrayar es su sustentación en las desigualdades de género. Se hace preciso señalar que no es menos cierto que, en el período de crisis o período crítico a nivel económico, han aumentado las necesidades sociales, a través de un incremento de personas en riesgo de exclusión social (Martínez & Pérez, 2018).

Bardales (2012) identificó las causas de la violencia en la vida de las mujeres, al referirse a que los principales factores que prevalecen ante una violencia son de tipo socioculturales como distinción de género, sociedad patriarcal, actitudes machistas, consumo de alcohol por parte del agresor, antecedentes de violencia en la familia, entre otros. Es casi indiscutible mencionar que el contexto sociocultural

interviene mucho en la violencia hacia las mujeres, sin embargo, cabe recalcar que también existen factores individuales, aquellas características psicológicas que una mujer presenta al inicio de sus relaciones de pareja y que actúan como factores de riesgo para que se pueda convertir en víctima de violencia de pareja.





# CAPÍTULO VI

## APORTES EMPÍRICOS DE VIOLENCIA Y APEGO

## 6.1 Resultados de investigación

Se realizó una investigación con un enfoque cuantitativo, de tipo descriptivo correlacional, comparativo entre dos grupos (muestra no clínica y clínica) (Alto & López y Benavente, 2013), de cohorte transversal respecto del tiempo y no experimental respecto del diseño ya que no se manipulan variables, cuyos objetivos se enfocaron en el análisis y la relación de los tipos de apego y la violencia experimentada por mujeres.

Se trabajó con una muestra completa que fue integrada por 718 mujeres mestizas ecuatorianas, divididas en dos grupos de estudio. El primero fue compuesto por  $N=600$  (no maltratadas), con edades alcanzadas entre 18 y 59 con una  $x=29,36$  y una  $S=0,744$ . El porcentaje más alto (58%) corresponde a solteras y en mayor proporción su instrucción es tercer nivel.

Las evaluaciones se efectuaron en un espacio de tiempo de 12 meses. Los instrumentos fueron aplicados posterior a la firma del consentimiento informado, con lo estipulado en la declaración de Mellin, Staender, Whitaker & Smith (2010), de los compendios éticos para los estudios médicos con seres humanos. Se requirió a la directora del Consejo de la Judicatura de la provincia de Chimborazo el acceso a la población de mujeres víctimas de violencia doméstica que tenían colocada una denuncia en contra de sus parejas o exparejas.

La administración de los instrumentos fue presencial, los valores obtenidos se procesaron mediante el paquete estadístico Statistical Package for the Social Sciences (SPSS) versión 25,00 (IBM); se identificaron los análisis de frecuencias (absoluta y relativa) y medidas de tendencia central (media, desviación estándar, valores límite). Se realizaron pruebas de bondad de ajuste o distribución normal que determinan la distribución de los valores numéricos de la población de estudio en la campana de Gauss. A partir de obtener resultados de

la prueba como normal (paramétricas) y no normal (no paramétricas), radica la importancia de realizar un acercamiento al tipo de la prueba estadística que se debe utilizar para contrastar la hipótesis del estudio. En este caso la prueba de bondad de ajuste que se aplicó fue la de Kolmogorov-Smirnov Conocida como prueba K-S, esta se aplica para variables cuantitativas continuas y cuando el tamaño muestral es mayor que 50 datos. Se obtuvo que los datos presentan distribución no normal, por lo que se aplicaron pruebas inferenciales no paramétricas tales como la prueba U de Mann-Whitney, Kruskal y Wallis para muestras independientes (la que permitió determinar la significación en las diferencias entre las variables estudiadas en ambos grupos). La prueba de independencia de Chi cuadrado de Pearson está dirigida a establecer el estado de la asociación entre variables.



*Figura 3.- Nivel de instrucción grupo de 600 mujeres no clínicas*

En la muestra general que pertenece a 600 mujeres de tres zonas de Ecuador el mayor porcentaje en el nivel de instrucción corresponde al tercer nivel y un mínimo porcentaje el nivel de estudios primarios.

## MUESTRA CLÍNICA

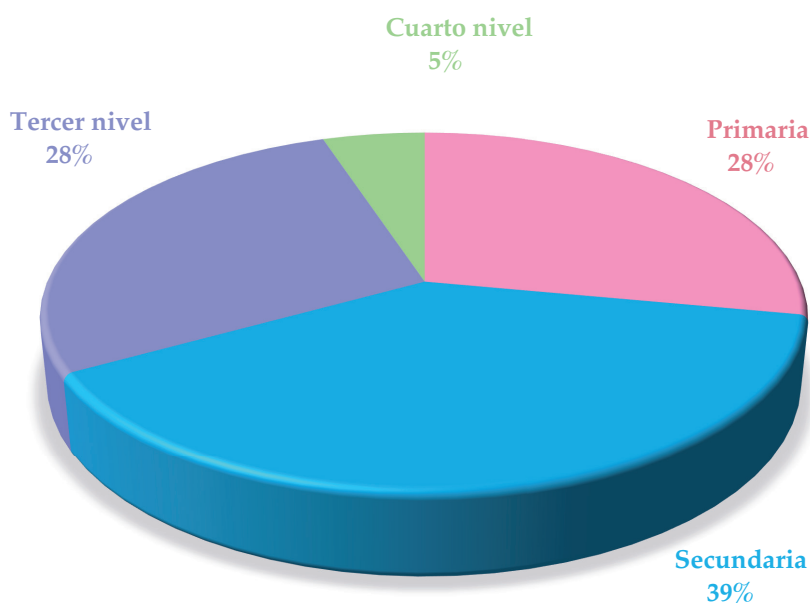


Figura 4.- Nivel de instrucción del grupo de 118 mujeres clínicas

Se observa en la muestra de 118 mujeres que han sido víctimas de violencia por parte de su pareja que el mayor porcentaje en el nivel de instrucción académica corresponde a secundaria o bachillerato con un mínimo porcentaje de mujeres con estudios de cuarto nivel.

## 6.2 Cuestionario de apego

Para evaluar el tipo de apego se aplicó el cuestionario Relationships-revised (ECR-R) Questionnaire validado por Fraley (2000) que respeta el modelo de Bartholomew, y que fue adaptado y validado por Balabanian, Lemos y Vargas (2013) y Fraley, Waller y Brennan (2000). Este instrumento permitió obtener el tipo de apego del individuo y evalúa dos submodelos de apego: ansioso y evitativo a continuación de la identificación lineal de las cuatro formas de apego. Dicho instrumento se encuentra con formato de autoinforme, consta de 36 ítems que determinan el tipo de apego y está constituido por dos factores latentes: ansiedad y evitación, lo que da como resultado los



4 tipos de apego: seguro, preocupado, evitativo y temeroso. Posee las características de una escala Lickert con 7 opciones para responder desde 1: Muy en desacuerdo, hasta 7: Totalmente de acuerdo con cada oración estímulo, con un Alpha de Crombach de 0,87 para la escala de apego ansioso y 0,86 en la escala evitativo (Nóblega, et al., 2018). En esta investigación se realizó un cuestionario para evaluar la violencia de pareja, el mismo se inició con 49 ítems luego del estudio estadístico realizado a través del Análisis Factorial Exploratorio y con pruebas de rotación de ejes Varimax, se conservaron 28 ítems con una varianza total de 60,152%. Cada ítem presenta cuatro opciones de respuesta del 1 al 4 (nunca, alguna vez, varias veces y siempre) los cuales evalúan tres formas de violencia doméstica (psicológica, física y sexual), la misma que se sometió a examen mediante el análisis de confiabilidad con un 0,968 para una muestra general de 0,958 y para la muestra clínica fue de 0,966. El índice de Kaiser, Meyer y Olkin (KMO) con un valor de 0,958 del AFE.

Además, se elaboró con el análisis de validez de contenido, criterio y constructo.

**Tabla 2 .**  
*Tipos de apego*

Estadísticos	Apego Ansioso			Apego Evitativo		
	Muestra total (N= 718)	Muestra general (N=600)	Muestra Clínica (N=118)	Población total (N= 718)	Población general (N=600)	Población Clínica (N=118)
Media	4,1271	4,3087	3,2034	3,2925	3,4069	2,7109
Mediana	4,1111	4,3056	2,6944	3,1111	3,1667	2,6944
Desv. Desviación	1,49086	1,41219	1,54311	1,10824	1,08545	1,04233
Varianza	2,223	1,994	2,381	1,228	1,178	1,086
Mínimo	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00
Máximo	7,00	7,00	7,00	7,00	6,94	6,33

La media del apego ansioso predomina en relación con el apego evitativo en la población clínica, de ahí que sea aceptada la hipótesis de la investigación inicial de este estudio que asevera que las mujeres víctimas de violencia doméstica presentan mayoritariamente un apego ansioso. En el prototipo de la clasificación de Bartholomew (1990) sobre el apego que parte de la percepción del self (persona) y los demás, se plantea que si la persona experimenta apego seguro podrá proporcionar seguridad entre sus pares. A diferencia de las personas ansiosas, estas pueden experimentar angustia ante la separación temporal de sus parejas, además de manifestaciones disfuncionales en interacciones sociales (Fraley & Shaver, 2000).

Las personas con apego seguro experimentan satisfacción en las relaciones íntimas, muestran confianza y apertura en el intercambio de apoyo y la resolución de las situaciones habituales (Feeney & Noller, 1990). Por lo tanto, se desarrollan relaciones más seguras y amistosas (Huertas & Puente, 2019). A diferencia de quienes experimentan problemas con el apego adulto que fundamentan en supuestos de estrategias defensivas, estas son valoradas como estados mentales de inseguridad, y que se derivan de experiencias familiares tempranas y luego con las relaciones de pareja, las cuales se construyen desde una interpretación errada e incoherente de los dominios románticos (Bartholomew & Moretti, 2002).

**Tabla 3.**  
*Descriptivos de violencia doméstica*

	Nivel bajo		Nivel medio		Nivel alto	
	f	%	f	%	F	%
Población						
Total (718)	243	33,8	269	37,5	206	28,7
General (600)	231	38,5	239	39,8	130	21,7
Clínica (118)	12	10,2	30	25,4	76	64,4

Para transformar las puntuaciones de un instrumento se aplica una estrategia que codifica las puntuaciones obtenidas en la medida de sus puntuaciones directas, lo que proporciona un nuevo sistema de

valores para la interpretación, sin que las puntuaciones transformadas alteren a las directas y se mantenga el orden original.

Entre las ventajas de esta metodología se destaca la simplicidad conceptual y, por otro lado, se encuentra que el cálculo y la interpretación correcta consisten en dividir una distribución de valores en cien posiciones ordinales. No obstante, existen otros abordajes que simplifican la cantidad de órdenes posibles y que pueden ser suficientes para resumir el comportamiento de un conjunto de valores (Valero, 2013).

Un percentil incorpora un punto en la escala de medición original (directa) que divide el total de puntuaciones en dos: el percentil 30 ( $P_{.30}$ ) es aquel por debajo del que se registró el 30% total de las puntuaciones y por encima del que se encuentra el 70% de las observaciones (Ramos, 2018). Con respecto a la escala de violencia se estimó el baremo en tres niveles en base a los valores percentilares de 30 y de 70% con resultados de valores entre 27 y 29, los que corresponden a un nivel bajo de violencia doméstica, de 30 a 36 nivel medio y finalmente de 37 a 102 nivel alto.

**Tabla 4.**

*Kruskal-Wallis para muestras independientes apego ansioso y evitativo*

Estadísticos de prueba <sup>a,b</sup>	Apego ansioso	Apego evitativo
H de Kruskal-Wallis	51,355	38,344
Gl	1	1
Sig. Asintótica	0,000	0,000
a. Prueba de Kruskal Wallis		
b. Variable de agrupación: Grupo (muestra general, muestra clínica)		

Se realizaron comparaciones entre los dos grupos poblacionales (población general y clínica). La prueba Kruskal y Wallis, considerada una prueba no paramétrica, que trabaja en contrastar grupos independientes, sigue la distribución de chi cuadrado, evalúa variable

independiente de tipo politómica y la variable dependiente Ordinal/Intervalo (Betanzos & López, 2017), esta permitió evaluar de forma independiente el tipo de apego ansioso y evitativo, y de ese modo se pudo definir si existen diferencias entre las medidas de tendencia central en las dos poblaciones que no justificaron la suposición de normalidad y de igualdad de varianza.

En los resultados se observan las significativas con un  $p= 0,05$ , por lo que se rechaza la hipótesis nula de medias que enuncia para corroborar que sí existen diferencias entre el tipo de apego ansioso y evitativo entre las dos poblaciones de estudio (Gómez, Danglot & Vega, 2003).

Ahora bien, tal como lo afirmó Medina, Rivera & Aguasvivas (2016), la conformación de la pareja tomará relevancia en el desarrollo psicosocial y en la salud física y emocional de los individuos, lo que genera el predominio del tipo de apego adulto para la complacencia con la relación de pareja. Para Brennan & Shaver (1995) y Feeney y Noller (1990), los individuos que padecen un estilo de apego inseguro ansioso suelen experimentar una recurrente sensación de apatía y desengaño con su pareja y manifiestan una perenne necesidad de afecto e intimidad debido a esta constante inseguridad que experimentan.

La conducta, con respecto al apego, suele incluir comportamientos más estables frente a los vínculos afectivos (Medina, Rivera & Aguasvivas, 2016). Mientras que las víctimas inciden en reclamos constantes, fiscalización de los actos, problemas, reclamos de situaciones que le proporcionan aproximación a su pareja (Román, 2011).

Posteriormente, esos patrones conductuales los utilizan como estrategias a través de las cuales afrontan los acontecimientos, el futuro, los planes y las interacciones con otras personas (Feeney, Cassidy & Ramos, 2008).

**Tabla 5.***Asociación entre violencia doméstica y tipos de apego*

	<b>Apego ansioso</b>	<b>Apego evitativo</b>
H de Kruskal-Wallis	98,419	9,333
Gl	2	2
Sig. Asintótica	,000	,009
a. Prueba de Kruskal Wallis		
b. Variable de agrupación: Baremo violencia		

La prueba H de Kruskal-Wallis se utiliza con el objetivo de conocer si dos grupos cuentan con distribuciones similares. Estas son válidas cuando los resultados son exactos o tienen puntos de cohorte (Gómez, Danglot & Vega, 2003). Producto del carácter de las variables contenidas en el análisis, que no se distribuyen de forma normal y, además, denotan la falta de homocedasticidad, la cual se conoce como una propiedad fundamental en el modelo de regresión lineal que determina la distribución de probabilidad de amplitud idéntica para cada una de las variables aleatorias. También, determina que los errores de estimación son constantes en las diferentes observaciones.

De ahí que se asuma como una varianza constante y más pequeña que hace que el modelo sea fiable (Aubone & Wöhler, 2000). Se han empleado pruebas estadísticas no paramétricas H de Kruskal-Wallis y se admite la H1, es decir, que hay una relación directa con los niveles de violencia y el apego ansioso, mientras que ocurre lo inverso con el apego evitativo.

### 6.3 Comparación con varios estudios

En este estudio se puede identificar el tipo de apego que presentan las mujeres que han experimentado violencia de pareja y se tiene como resultado que el apego ansioso es superior al evitativo en la muestra estudiada.

Acerca de estos resultados se considera similar al producto de una investigación realizada en Perú, en la que identifican la nula importancia en la satisfacción de la relación sentimental, al contrario predomina el temor y la necesidad de sostener un apego insano (Huertas & Puente, 2019) y, por lo general, las parejas se unen con características similares en el tipo de apego (Kirkpatrick & Davis, 1994). Equivalentes evidencias se encuentran en investigaciones como; una realizada en Ecuador con muestra sucedánea donde se observa que prevalece el apego ansioso en el 73% de la muestra de investigación (Sánchez, 2016). De igual forma reflejan los resultados de un estudio de Arequipa, Perú con una muestra de mujeres de 26 a 45 años (Begazo & Rodrigo, 2019).

De modo similar ocurre con el porcentaje demostrado en el análisis efectuado por Estrada (2018), con una muestra española y con la investigación llevada a cabo en Ecuador con mujeres que presentan altos porcentajes de creencias irracionales (Pilco et al., 2016). Del mismo modo, Sánchez (2016) demostró diferencias ostensibles en la comparación entre dos grupos, el primero de féminas abusadas y el segundo constituido por quienes no habían experimentado la problemática. Este último presentó la influencia del apego romántico evitativo temeroso a diferencia de las féminas abusadas que presentaron menos apego romántico evitativo al encontrarse en relaciones de parejas. Asimismo, se identifican las siguientes causales: carencias económicas, culturales y sociales como mantenedoras de la relación de pareja.

Por el contrario, en un estudio realizado en la ciudad de Riobamba, Ecuador con 28 mujeres que acuden a la Fundación Nosotras con Equidad se concluye que el 46,5% de una población de mujeres víctimas de violencia presentan un estilo de apego preocupado, es decir, se trata de un apego que se determina por utilizar el temor y la rabia para reclamar la cercanía, mecanismos aprendidos durante

la infancia. Mientras que el 71,5% de las participantes muestran un estilo de apego evitativo temeroso (Polit & Proaño, 2019). Por lo que se pudo comprobar que el apego ansioso predomina en las mujeres que han experimentado violencia de pareja.

Esto se relaciona con una investigación en la que participaron como voluntarias 133 parejas heterosexuales de 17 a 25 años. Se evaluó la calidad de apego con su pareja actual y los resultados de la asociación significativa entre la vinculación afectiva de la infancia y la calidad de la relación de pareja actual (Nóblega, et al, 2018). Les así que los tipos de apego descritos por Bartholomew y Horowitz (1991), permiten interactuar a la persona en un medio social con libertad e independencia. Desde la adolescencia las figuras de apego cambian alcanzando mayor importancia las figuras iguales y la pareja hasta sustituir al referente parental.

También, Mínguez & Álvarez (2013) describen el apego seguro como el vínculo asociado al establecimiento de relaciones positivas, sin dificultades para formar relaciones afectivas y con facilidad de mostrar sus emociones. Esto confirma los resultados obtenidos en la investigación, ya que la minoría del total de mujeres evaluadas obtuvo como resultado un estilo de apego evitativo. De esta forma se demuestra que poseen características de independencia y poco ansiosas, lo que evitaría las probabilidades de ser víctima de violencia. Por lo que la violencia contra la mujer es más recurrente en los núcleos familiares que en otros grupos sociales (Sandoval & Otálora, 2017).

De esta manera, se evidencia en un estudio realizado en Cuba que el maltrato psicológico afecta a un 60% de las mujeres, en el que se incluyen humillaciones y miradas agresivas. Mientras que un 50% determinó que se presentaron sentimientos de desvalorización, manipulación y subestimación. También se identificó el maltrato mixto en un 40% asociado con la violencia física y psicológica, los empujones, sacudidas y puñetazos fueron las expresiones más

declaradas de maltrato físico, el cual se mezcla o acompaña de humillaciones recibidas en forma de amenazas de separación e intimidación, con gestos o palabras.

La totalidad refirió que los sentimientos de culpa y aislamiento caracterizan, casi siempre, el ambiente hogareño, con una atmósfera de control donde se ceba desmedidamente, se hacen prohibiciones injustificadas y se limita intencionalmente el derecho de privacidad. El 100% de las féminas consultadas señalaron a la figura masculina como la causante del perjuicio emocional en la generalidad de las ocasiones. Se agrava esta problemática con el consumo de alcohol y los padecimientos mentales de un 33,3% de la población (Pérez, De La Vega, Montero & Royano, 2019).



## CONCLUSIONES

El modelo dimensional del apego concierne, por un lado, a la representación de sí mismo, *self* positivo, donde existe menos ansiedad versus el modelo negativo de sí mismo que se caracteriza por el miedo al rechazo, como no merecedor de amor y atención. Además de la visión de los demás, si esta es positiva habría menos distanciamiento social, a su vez la visión negativa de los demás preferiría relaciones con mayor distancia y consideración de las relaciones íntimas como secundarias. Desde este enfoque se distinguen los cuatro estilos de apego seguro, temeroso, preocupado y evitativo.

Las diferencias particulares o intrínsecas provienen de las creencias o representaciones mentales de las personas sobre sí mismas y los demás. Estas, a la vez, emergen de la regulación del afecto y el comportamiento. El estilo de apego y la violencia doméstica se vinculan a niveles altos de ansiedad y temor al abandono, lo que puede contribuir a que las personas se mantengan dentro de relaciones sentimentales marcadas por la agresión.

De la misma forma, en el modelo negativo del *self* se visualizan como poco merecedoras de afecto y atención, pues al comprometerse emocionalmente reducen su autonomía. Por lo que se refiere a la figura de apego quien está disponible y goza de confianza, además de la imagen del *self* se muestra como alguien con valía e interés que suscita en los demás atención y valoración positiva.

En el contexto ecuatoriano el ejercicio de la sexualidad está profundamente relacionado con criterios de valor, por lo que la mujer ha consentido actos violentos en el ámbito conyugal. Por consiguiente, se activan creencias irracionales que son naturalizadas, minimizadas y justificadas dentro del contexto familiar. A esto se le suman las secuelas psicológicas, físicas, emocionales de la mujer a partir de la experiencia, lo que lleva a que se encierren dentro del

ciclo de la violencia caracterizado por la acumulación de tensión a partir de la falta de comunicación que lleva, como una especie de ciclo denigrante, a la frustración y la ansiedad. Y esto, a su vez, hace que se impida la resolución de problemas y la proyección hacia el demérito hacia la mujer con el consecuente aumento de la agresión desde los más pequeños incidentes hasta las agresiones más aberrantes, las cuales pueden llegar a terminar en femicidio.

A partir de esta investigación se pudo concluir que las relaciones afectivas enmarcadas en la desigualdad estructural y cultural por razones de género constituye una problemática continua en Ecuador. Esta se extiende a través de las generaciones con un reforzamiento de las conductas violentas, además, de la presencia de factores externos como el consumo de alcohol, desempleo, pobreza y antecedentes familiares.

En Latinoamérica y, específicamente, en Ecuador se presentan altos niveles de violencia contra la mujer por parte de la pareja, expareja, esposos, conviviente u otras personas que hayan procreado hijos, a pesar de que nunca hubieran convivido. La violencia llega a liberar conductas de agresiones físicas, psíquicas, sexuales o de otra índole que causan daños y de este modo vulneran la libertad.

Una de las principales limitaciones en el estudio de los estilos de apego y violencia hacia la mujer que se pudo visualizar en la presente investigación está relacionada con la no existencia de evaluaciones acerca de la personalidad como factor que influye en la naturalización ante la violencia de pareja debido a que conductas propias de los diferentes rasgos de personalidad podrían confundirse con situaciones de apego. Además, se considera como una limitación el hecho de que no se realizó un estudio con muestras probabilísticas, sino con mujeres que accedieron de forma voluntaria a participar en la investigación.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agüero, J. M. (2018). La violencia de género en América Latina: diagnóstico, determinantes y opciones de política. *Scioteca*. Obtenido de: <http://scioteca.caf.com/handle/123456789/1340>
- Aguilar, V. (2002). *La violencia simbólica entretrejida en la enseñanza del Referencias Derecho Penal*. [Tesis de Maestría]. Universidad de Costa Rica. San José.
- Ainsworth, M. (1967). *Infancy in Uganda: Infant care and the growth of attachment*. Baltimore, Estados Unidos: Johns Hopkins University Press.
- Ainsworth, M. (1969). Object relations, dependency, and attachment: A theoretical review of the infant-mother relationship. *Child Development*, 40(4), 969-1025.
- Aiquipa, J. (2015). Dependencia emocional en mujeres víctimas de violencia de pareja. *Revista de Psicología*, 33, 412-437.
- Aizpuru, A. (1994). La teoría del apego y su relación con el niño maltratado. *Psicología Iberoamericana*, 2(1), 37-44.
- Alamán, M. (2018). *La satisfacción sexual desde una perspectiva de apego y locus de control*. [Tesis doctoral]. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.
- Alonso, I., Shaver, P. R. & Yáñez, S. (2002). Insecure attachment, gender roles, and interpersonal dependency in the Basque Country. *Personal Relationships*, 9, 479-490.
- Alonso, J. M. & Castellanos, J. L. (2006). Por un enfoque integral de la violencia familiar. *Psychosocial Intervention*, 15(3), 253-274. Obtenido de: [http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S113205592006000300002&lng=es&tlng=es](http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S113205592006000300002&lng=es&tlng=es).
- Alto, M., López, J. J. & Benavente, A. (2013). Un sistema de clasificación de los diseños de investigación en psicología. *Anales de Psicología*,

- 29(3), 1038-1059. Obtenido de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=167/16728244043>
- Ansbro, M. (2008). Using attachment theory with offenders. *Probation Journal*, 55, 231-244. doi: 10.1177/0264550508092812
- Argüello, E.; Polit, C. & Proaño, R. (2019). *Estilo de apego en mujeres víctimas de violencia*. [Tesis de Grado]. Universidad Internacional SEK. Obtenido de: <http://repositorio.uisek.edu.ec/handle/123456789/3509>
- Aubone, A. & Wöhler, O. C. (2000). Aplicación del método de máxima verosimilitud a la estimación de parámetros y comparación de curvas de crecimiento de von Bertalanffy. *INIDEP. Informe técnico*, 37, 1-21.
- Babcock, J., Jacobson, N., Gottman, J. & Yerington, T. (2000). Attachment, emotional regulation, and the function of marital violence: Differences between secure, preoccupied, and dismissing violent and non violent husbands. *Journal of Family Violence*, 15, 391-409.
- Badel, A. & Peña, X. (2010). Decomposing the gender wage gap with sample selection adjustment: Evidence from Colombia. *Revista de Análisis Económico*, 25(2), 169-191. <http://www.scielo.cl/pdf/rae/v25n2/art07.pdf>
- Balabanian, C., Lemos, V. & Vargas, J. (2013). *Apego y conducta prosocial en adolescentes*. In V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación. Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.
- Bardales, O. (2012). *Estado de las investigaciones en violencia familiar y sexual 2006-2010*. Obtenido de: [http://www.mimp.gob.pe/files/programas\\_nacionales/pncvfs/estado\\_investigaciones2006-2010.pdf](http://www.mimp.gob.pe/files/programas_nacionales/pncvfs/estado_investigaciones2006-2010.pdf)
- Barroso, O. (2014). El apego adulto: la relación de los estilos de apego desarrollados en la infancia en la relación y las dinámicas de pareja. *Revista digital de medicina psicosomática y psicoterapia* 4(1), 1-25.
- Bartholomew, K. (1990). Avoidance of intimacy: An attachment perspective. *Journal of Social and Personal Relationships*, 7, 147-178.

- Bartholomew, K. & Horowitz, L. M. (1991). Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *American Psychological Association*, 61(2), 226–244. Obtenido de: <https://psycnet.apa.org/buy/1991-33075-001>
- Bartholomew, K., Henderson, A. & Dutton, D. (2001). Insecure attachment and abusive intimate relationships. En C. Culow (Ed.), *Adult attachment and couple psychotherapy*, 43-61. New York: Brunner-Routledge.
- Bartholomew, K., & Moretti, M. (2002). The dynamics of measuring attachment. *Attachment & Human Development*, 4(2), 162–165. DOI: <https://doi.org/10.1080/14616730210157493>
- Beck, A. (1976). *Cognitive Therapy and the Emotional Disorders*. New York: International Universities Press.
- Begazo, L., & Rodrigo, E. (2019). *Relación de los estilos de apego con la resiliencia en mujeres víctimas de violencia conyugal* [Tesis de Grado]. Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa. Arequipa.
- Bell, S. & Ainsworth, M. (1972). Infant crying and maternal responsiveness. *Child Development*, 43, 1171-1190.
- Belsky, J. & Cassidy, J. (1994). Attachment and close relationships: An individual difference perspective. *Psychological inquiry*, 5, 27-30.
- Berenstein, I. & Puget, J. (1997). Lo vincular. *Clínica y técnica psicoanalítica*. México DF: Paidós.
- Betanzos, F. G. & López, J. K. C. (2017). *Estadística aplicada en Psicología y Ciencias de la salud*. Manual Moderno.
- Blázquez, M. & Moreno, J. (2008). Análisis de la inteligencia emocional en la violencia de género. *Electronic Journal of Research in Education Psychology*, 6(15), 475–500. Obtenido de: <http://ojs.ual.es/ojs/index.php/EJREP/article/view/1281/1347>
- Bojic, M, Njoku, A. & Priebe, S. (2015). Salud mental a largo plazo de los refugiados de guerra: una revisión sistemática de la literatura.

- Derechos de Hum de BMC Int Health*, 5, 15-29. 10.1186 / s12914-015-0064-9.
- Bosch, E. & Ferrer, V. A. (2016). El Modelo Piramidal: alternativa feminista para analizar la violencia contra las mujeres. *Revista Estudios Feministas, Florianópolis*, 27(2).
- Bott. S., Guedes, A., Goodwin, M. & Adams, J. (2014). *Resumen del informe Violencia contra la Mujer en América Latina y el Caribe*. Organización Panamericana de la Salud. OPS.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss, separation: anxiety & anger*. Hogarth Press.
- Bowlby, J. (1979). *The making and breaking of affectional bonds*. Cambridge: Tavistock.
- Bowlby, J. (1990). *Apego e perda* (Vol. 1). Martins Fontes.
- Brenlla, M. E., Brizzio, A. & Carreras, A. (2003). Actitudes hacia el amor y apego. *Psicodebate*. DOI: 4. 10.18682/pd.v4i0.491.
- Brennan, K. y Shaver, P.R. (1995). Dimensions of adult attachment, affect regulation, and romantic relationship functioning. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21(3), 267–283. DOI: <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0146167295213008>
- Brennan, K., Clark, C. & Shaver, P. (1998). Self-report measurement of adult attachment: An integrative overview. En J.A. Simpson y W.S. Rholes (Eds.), *Attachment Theory and Close Relationships*, 46-76. New York: Guilford Press.
- Brew, B., Mhairi D., Ciaran S. & Ciaran M. (2018). What Impact Does Trauma Have on the At-Risk Mental State? A Systematic Literature Review. *Early Intervention in Psychiatry*, 12, 115-124. DOI: <https://doi.org/10.1111/eip.12453>
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Buenos Aires: Paidós.

- Bruscato, W. (1998). *Validade e confiabilidade de um inventário de avaliação de relações objetais*. [Tesis de Maestría]. Universidade Federal de São Paulo, Sao Paulo.
- Camacho, G. (2014). *La violencia de género contra la mujer en Ecuador: Análisis de los resultados de la encuesta nacional sobre relaciones familiares y violencia de género contra las mujeres*. Obtenido de: [http://www.unicef.org/ecuador/Violencia de Género. pdf](http://www.unicef.org/ecuador/Violencia%20de%20G%C3%A9nero.pdf).
- Camargo, E. (2019). Gender inequality and intimate partner violence in Bolivia Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0. *Revista Colombiana de Sociología*, 42 (2), 2-6. DOI: <https://doi.org/10.15446/rsc.v42n2.69629>
- Campos, F. S. (2018). Estratégias de apego são representações implícitas, não conscientes, de modos de estar com o outro desenvolvidas nos primeiros anos de vida. O aprendizado relacional acontece antes que o sistema de memória explícita - associado com imagens evocadas conscientemente ou símbolos - esteja disponível de “Trauma Oculto”: um estudo sobre a dissociação a partir da teoria do apego (Doctoral dissertation, PUC-Rio).
- Camps, S., Castillo, J. A. & Cifre, I. (2014). Apego y psicopatología en adolescentes y jóvenes que han sufrido maltrato: implicaciones clínicas. *Clínica y Salud*, 25(1), 67–74. DOI: <https://doi.org/10.5093/cl2014a6>
- Carcedo, A. (2010). *Femicidio en Ecuador*. Comisión de transición hacia el consejo de las mujeres y la igualdad de género. Obtenido de: <http://scm.oas.org/pdfs/2012/CIM03334A-2.pdf>
- Carlson, M. & Earls, F. (1997). *Secuelas psicológicas y neuroendocrinológicas de la privación social temprana en niños institucionalizados en Rumania*. En CS Carter, II Lederhendler y B. Kirkpatrick (Eds.), *Anales de la Academia de Ciencias de Nueva York*: Vol. 807. La neurobiología integradora de la afiliación (p. 419–428). Academia de Ciencias de Nueva York.



- Carmona, M. (1999). Violencia y sociedad. *Adolescencia y Salud*, 1 (1), 14-17. Obtenido de: [http://www.scielo.sa.cr/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S140941851999000100004&lng=en&tlng=es](http://www.scielo.sa.cr/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S140941851999000100004&lng=en&tlng=es).
- Carrera, O. (2007). *Apego y Anorexia Nerviosa: manipulación de las experiencias tempranas en ratas y desempeño en el procedimiento experimental de anorexia basada en la actividad*. Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de Publicación e Intercambio Científico.
- Castelló, J. (2000). *Análisis del concepto "dependencia emocional"*. Trabajo presentado en el I Congreso Virtual de Psiquiatría. Recuperado de: [http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:AiuIui\\_HUQJ:files.psicodxfunccogpersonalidad.webnode.com.co/2000000574%202c14225d/dependencia%2520emocional.pdf+&cd=1&hl=es&ct=clnk&gl=es](http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:AiuIui_HUQJ:files.psicodxfunccogpersonalidad.webnode.com.co/2000000574%202c14225d/dependencia%2520emocional.pdf+&cd=1&hl=es&ct=clnk&gl=es)
- Castelló, J. (2005). *Dependencia emocional: características y tratamiento*. Madrid: Alianza.
- Castillo, C. (2015). *La teoría psicoanalítica de Melanie Klein*. StuDocu. Obtenido de: <https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-de-moron/tecnicasproyectivas-i/resumenes/la-teoria-psicoanalitica-de-melanie-klein/7960547/view>
- Catania, S & Pereira, S. (2014). Contribuciones psicoanalíticas sobre la violencia conyugal. *Psicología, Ciencia e Profissao*, 34(1), 112-126.
- Caudillo, L., Valdez, C., Flores, M., Ahumada, J., Gámez M. & Ramos, V. (2018). Relación entre la violencia contra la mujer y el Índice de Masa Corporal: revisión integradora. Obtenido de: <http://www.scielo.org.co/pdf/aven/v36n2/0121-4500-aven-36-02-209.pdf>
- Cavero, R. (2008). *La relación de pareja, apego, dinámicas de interacción y actitudes amorosas: consecuencias sobre la calidad de la relación* [Tesis doctoral]. Universidad de Valencia.
- Centro de Estudios de Población y Desarrollo Social (CEPAR) (2005). Encuesta demográfica de salud materna e infantil – ENDEMAIN 2004. [Tesis de Grado]. Obtenido de: [http://www.cepar.org.ec/endemain\\_04/nuevo05/pdf/texto/01\\_introduccion.pdf](http://www.cepar.org.ec/endemain_04/nuevo05/pdf/texto/01_introduccion.pdf)



- Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva (2009). *Modelo Integrado para la Prevención y Atención de la Violencia Familiar y Sexual*. Secretaría de Salud.
- Chaux, E. (2003). Agresión reactiva, agresión instrumental y el ciclo de la violencia. *Revista de Estudios Sociales* 15, 47-58.
- Chávez, M. & Juárez, A. (2016). Violencia de género en Ecuador. *Revista Publicando* 3(8), 104-115.
- Chen, Z., Fiske, S. & Lee, T. (2009). Ambivalent sexism and power related gender role ideology in marriage. *Sex Roles*, 60(12), 765-778.
- Cogan, R., Porcerelli, J. & Dromgoole, K. (2001). Psychodynamics of partner, stranger, and generally violent male college students. *Psychoanalytic Psychology*, 18(3), 515-533.
- Collins, N. & Read, S. (1994). Cognitive representations of attachment: The structure and function of working models. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in Personal Relationships*, 53-90. Jessica Kingsley Publishers.
- CONAPO, Consejo Nacional de Población (2018). *Los tipos de violencia*. Obtenido de: <https://www.gob.mx/conapo/documentos/que-onda-con-los-violencia?state=published>
- Contreras, J., Bott, S., Guedes, A. & Dartnall, E. (2010). *Violencia sexual en Latinoamérica y el Caribe: análisis de datos secundarios. Iniciativa de Investigación sobre la Violencia Sexual*. Obtenido de: [https://oig.cepal.org/sites/default/files/violencia\\_sexual\\_en\\_latinoamerica\\_y\\_el\\_caribe.pdf](https://oig.cepal.org/sites/default/files/violencia_sexual_en_latinoamerica_y_el_caribe.pdf)
- Costa, G. y Katz, G. (1992). *Dinâmica das relações conjugais*. Sao Paulo: Artes Médicas.
- Critchfield, K., Levy, K., Clarkin, J. & Kernberg, O. (2008). The relational context of aggression in borderline personality disorder: Using adult attachment style to predict forms of hostility. *Journal of Clinical Psychology*, 64(1), 67-82.

- Cuartas, M. (2012). La violencia intrafamiliar una problemática que requiere pensarse desde lo interinstitucional. *Eleuthera*, 7, 90-103.
- Cubas, D., Espinoza, G., Galli, A. & Terrones, M. (2004). Intervención Cognitivo-Conductual en un grupo de pacientes mujeres con dependencia afectiva. *Revista de Psiquiatría y Salud Mental Hermilio Valdizan*, 5, 81-90.
- Cuenca, M. L. & Graña, J. L. (2016). Factores de riesgo psicopatológicos para la agresión en la pareja en una muestra comunitaria. *Clínica y Salud* 27(2), 57-63.
- Cuenca, M. L., Graña, J. L. & Redondo, N. (2015). Diferencias en las prevalencias de agresión en la pareja según la “escala de tácticas para el conflicto revisada”: informe individual y diádico. *Behavioral Psychology/ Psicología Conductual*, 23(1), 127-140.
- Cussiánovich, A., Tello, J. & Sotelo, M. (2007). *Violencia intrafamiliar*. Unidad de Coordinación del Proyecto Mejoramiento de los Servicios de Justicia
- Damasio, A. (1994). *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*. Avon Books.
- Damasio, A. (1995). Toward a neurobiology of emotion and feeling: Operational concepts and hypotheses. *The Neuroscientist*, 1, 19-25.
- De Alencar, R. & Cantera, L. M. (2017). Violencia en la pareja: el rol de la red social. *Arquivos Brasileiros de Psicologia* 69(1), 356-421.
- De la Cruz, M., Luviano, K. & Gonzales, G. (2013). *La dependencia emocional en relación con el apego*. <http://www.facico-uaemex.mx/conten/pdf/10.pdf>
- Del Barrio, M. (2002). *Emociones infantiles*. Madrid: Pirámide.
- Delgado, C. (2006). *Patrones de masculinidad y feminidad asociados al ciclo de la violencia de género*. Universidad Pontificia de Salamanca.
- Diamond, D. (2004). Attachment disorganization: The reunion of attachment theory and psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 21, 276-299.

- Díaz, C. (2015). Apego parental y su influencia en la autoestima de estudiantes del primer a tercer año de bachillerato de los colegios Jorge Álvarez y los Andes de la ciudad de Píllaro [Tesis doctoral]. Universidad Técnica de Ambato. Obtenido de: <https://repositorio.uta.edu.ec/bitstream/123456789/12295/1/D%C3%ADaz%20S%C3%A1nchez%2C%20Cristian%20Sebasti%C3%A1n.pdf>
- Díaz, M. J. (2009). Convivencia escolar y prevención de la violencia de género desde una perspectiva integral. *Participación educativa*, 11, 63-84.
- Díaz, M. & Díaz, J. (2016). El apego adulto y la amistad: Revisión bibliográfica *Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y del Adolescente* 11(1), 11-23.
- Dutton, D. (2007). *The abusive personality. Violence and control in intimate relationships*. The Guilford Press.
- Dutton, D., Saunders, K., Starzomski, A. & Bartholomew, K. (1994). Intimacyanger and insecure attachment as precursors of abuse in intimate relationships. *Journal of Applied Social Psychology*, 24, DOI: 1367-1386. 10.1111/j.1559-1816.1994.tb01554.x
- Echeburúa, E. (2019). Sobre el papel del género en la violencia de pareja contra la mujer. Comentario a Ferrer-Pérez y Bosch-Fiol, 2019. *Anuario de Psicología Jurídica* 29, 77-79. DPI: <https://doi.org/10.5093/apj2019a4>
- Echeburúa, E. & Corral, P. (1999). Avances en el tratamiento cognitivo-conductual de los trastornos de personalidad. *Análisis y Modificación de Conducta*, 25, 586-614.
- Echeburúa, E., & Fernández, J. (2009). Evaluación de un programa de tratamiento en prisión de hombres condenados por violencia grave contra la pareja. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 9(1), 5-20.
- Eizirik, M. & Fonagy, P. (2009). Terapia de mentalização para pacientes com transtorno de personalidade borderline: uma atualização. *Revista Brasileira de Psiquiatria*, 31(1), 72-75.

- Ellsberg, M., Arango, D., Morton, M., Gennari, F., Kiplesund, S., Contreras, M., & Watts, C. (2015). Prevention of violence against women and girls: what does the evidence say? *The Lancet*, 385(9977), 1555-1566.
- Estrada, M. (2018). *Apego adulto y creencias irracionales: estudio en una muestra de víctimas de violencia conyugal*. [Tesis de maestría]. Comillas. Universidad Pontifica. Obtenido de: <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/handle/11531/32149>
- Estrellado, AF & Loh, J. (MI). (2019). Permanecer o abandonar una relación abusiva: pérdidas y ganancias experimentadas por mujeres filipinas maltratadas. *Revista de violencia interpersonal*, 34(9), 1843-1863. DOI: <https://doi.org/10.1177/0886260516657912>
- European Union Agency for Fundamental Rights (2014). *Violence against women: An EU wide survey. Main results*. Publications Office of the European Union.
- Feeney, B. C., Cassidy, J., & Ramos, F. (2008). The generalization of attachment representations to new social situations: predicting behavior during initial interactions with strangers. *Journal of personality and social psychology*, 95(6), 1481.
- Feeney, J. A. & Noller, P. (2001). *El apego adulto*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Feeney, J. A., Noller, P. & Harahan, M. (1994). Assessing adult attachment. En M. B. Sperling y W. H. Berman (Eds), *Attachment in adults: Clinical and developmental perspectives*, 128-152. Guilford Press.
- Feeney, J. A., & Noller, P. (1990). Attachment style as a predictor of adult romantic relationships. *Journal of Personality Ando Social Psychology*, 58(2), 281-291. DOI: <https://psycnet.apa.org/doiLanding?doi=10.1037%2F0022-3514.58.2.281>
- Fernández, C. & Merari, E. (2013). Violencia Doméstica: *La relación terapéutica con mujeres sobrevivientes de violencia domestica desde una perspectiva relacional-cultural*. <https://revistas.upr.edu/index.php/analisis/article/view/13445>

- Fernández, C., Baptista, P. & Hernández Sampieri, R. (2006). *Metodología de la investigación*. México DF: Editorial McGraw Hill.
- Fernández, M. (2013). La autonomía personal. *Revista Clases historia*, 362, 1-12. Obtenido de: <https://dialnet.unirioja.es/>
- Fiscalía General del Estado (2016). Femicidio. *Análisis penológico 2014-2015*, 1ra. edición digital. Quito, Ecuador.
- Fischer, H., Aron, A., Mashek, D., Li, H., Strong, G. & Brown, L. (2002). Review: The neural mechanisms of mate choice: A Hypothesis. *Neuroendocrinology Letters*, 23, 92-97.
- Fisher, H., Aron, A. & Brown, L. (2006). Romantic love: a mammalian brain system for mate choice. *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 361, 2173-2186.
- Flores, M. & González, A. (2015). Caracterización de la violencia intrafamiliar, maltrato infantil y abuso sexual en Bogotá D.C. durante el año 2011. *Teoría y praxis investigativa* 8(1), 74-91. Obtenido de: <https://reviaareandina.edu.co/index.php/Pp/article/view/401>
- Fonagy, P., Redfern, S. & Charman, T. (1997). The relationship between belief–desire reasoning and a projective measure of attachment security (SAT). *British Journal of Developmental Psychology*, 15(1), 51-61. DOI: <http://dx.doi.org/10.1111/j.2044-835X.1997.tb00724.x>
- Fontanil, Y., Alonso, Y. & Ezama, E. (2015). Pautas de Crianza y Masculinidad. Estilos de Apego. *Revista de Psicología GEPU*, 6(2), 158-171.
- Fox, E., Russo, R. & Dutton, K. (2002). Sesgo de atención por la amenaza: evidencia de una desconexión tardía de los rostros emocionales. *Cogn Emot*, 16(3), 355–379. DOI: 10.1080 / 02699930143000527
- Fraley, R. C. & Shaver, P. R. (2000). Apego romántico adulto: desarrollos teóricos, controversias emergentes y preguntas sin respuesta. *Revisión de Psicología General*, 4(2), 132-154. DOI: <https://doi.org/10.1037/1089-2680.4.2.132>

- Fraley, R. C., Waller, N. G. & Brennan, K. A. (2000). An item response theory analysis of self-report measures of adult attachment. *Journal of personality and social psychology*, 78(2), 350-366.
- Fraley, R. & Davis, K. (1997). Attachment formation and transfer in young adults' close friendships and romantic relationships. *Personal Relationships*, 4(2), 131-144. DOI: <http://dx.doi.org/10.1111/j.1475-6811.1997.tb00135.x>
- Freud, S. (1976). *Além do princípio do prazer*. In Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão trad., Vol. 18, p. 17-90). Rio de Janeiro: Imago (Trabalho original publicado em 1920).
- Freud, S. (1996). *O instinto e suas vicissitudes*. In Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão trad., 14, p. 137-168). Rio de Janeiro: Imago (Trabalho original publicado em 1915).
- Freud, S. (1999). *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*. Alianza.
- Fromm, E. (2007). *El arte de amar*. Rio de Janeiro: Paidós.
- Gámez, E. & Marrero, H. (2005). Bases cognitivas y motivacionales de la capacidad humana para las relaciones interpersonales. *Anuario de Psicología*, 36(3), 239-260.
- García, C. (2014). Violencia en los niños y la comunicación como propuesta de intervención, *Educere*, 18(60), 313-320.
- García, F. (2001). Modelo Ecológico / *Modelo Integral de Intervención en Atención Temprana*. XI Reunión Interdisciplinar sobre Poblaciones de Alto Riesgo de Deficiencias Factores emocionales del desarrollo temprano y modelos conceptuales en la intervención temprana Real Patronato sobre Discapacidad. Obtenido de: [http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/rehabilitaciontemprana/%20modelo\\_ecologico\\_y\\_modelo\\_integral\\_de\\_intervencion.pdf](http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/rehabilitaciontemprana/%20modelo_ecologico_y_modelo_integral_de_intervencion.pdf)
- Garrido, L. (2006). Apego, emoción y regulación emocional. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 38(3), 493-507.

- Garzón, A. (2017). *Diseño, implementación y evaluación de un programa de prevención de la violencia de pareja en la etapa de educación primaria en Colombia*. [Tesis doctoral]. [https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/137499/DPEE\\_GarzonSegura.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/137499/DPEE_GarzonSegura.pdf?sequence=1&isAllowed=y)
- Gherardi, N. (2016). Violencia contra las mujeres en América Latina. *Sur* 24, 13(24), 129-136.
- Golanó, M. (2015). La mentalización parental durante la primera infancia. [Tesis doctoral]. Universidad Ramon Llull. Facultat de Psicologia, Ciències de l'Educació i de l'Esport Blanquerna.
- Gómez, A., Pérez, M., Vargas, G. & Wilthew, M. (2010). Evaluación del Apego y las Relaciones Objetales como factores que determinan las relaciones de pareja en población universitaria. Clínica e investigación relacional. *Revista Electrónica de Psicoterapia*, 4(2), 429-442.
- Gómez, Danglot & Vega, L. (2003). Sinopsis de pruebas estadísticas no paramétricas. Cuando usarlas. *Revista Mexicana de Pediatría*, 70(2), 91-99.
- Gómez, J., Ortiz, M. & Gómez, J. (2011). Experiencia sexual, estilos de apego y tipos de cuidados en las relaciones de pareja. *Anales de Psicología*, 27(2), 447-456.
- González, Z. (2018). Relaciones tóxicas de noviazgo entre jóvenes y su relación con la violencia: un análisis desde la perspectiva de género. [Tesis de Grado]. Universidad de Almería. Facultad de Psicología.
- Green, M., & Brock, T. (2000). The role of transportation in the persuasiveness of public narratives. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79(5), 701-721. DOI: 10.1037//0022-3514.79.5.701
- Guzmán, M., Carrasco, N., Figueroa, P., Trabucco, C. & Vilca, D. (2016). Estilos de Apego y Dificultades de Regulación Emocional en Estudiantes Universitarios. *Psykhé (Santiago)*, 25(1), 1-13.
- Halmos, M., Leone, R., Parrott, D. & Eckhardt, C. (2018). Relationship Dissatisfaction, Emotion Regulation, and Physical Intimate



- Partner Aggression in Heavy-Drinking, Conflict-Prone Couples: A Dyadic Analysis. *Journal of Interpersonal Violence*. DOI: <https://doi.org/10.1177/0886260518801019>
- Hazan, C. & Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- Hazan, C. & Zeifman, D. (1994). Sex and the psychological tether. *Attachment processes in adulthood*. Jessica Kingsley.
- Hazan, C. & Zeifman, D. (1999). Pair bonds as attachments: Evaluating the evidence. En J. Cassidy y P.R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment: Theory, research and clinical applications*, 336-354. Guilford Press.
- Heise, L. & García, C. (2010). Consecuencias y costos. Asamblea General de las Naciones Unidas. *ONU Mujeres*. Recuperado de: <http://www.endvawnow.org/es/articles/301-consecuencias-y-costos>
- Hernández, C. (2014). Estudio sobre la percepción de los/as jóvenes sobre la violencia de género y el perfil del agresor [Tesis de Maestría]. Universidad de la Laguna. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Hernández, I. & Domínguez, A. (2019). Evaluación de Percepciones Sobre la Interdisciplinariedad: Validación de Instrumento para Estudiantes de Educación Superior. *Formación universitaria*, 12(3), 27-38.
- Hesse, E., & Main, M. (2000). Disorganized infant, child, and adult attachment: Collapse in behavioral and attentional strategies. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48, 1097-1127.
- Holtzworth, A. & Meehan, J. (2004). Typologies of men who are martially violent. Scientific and clinical implications. *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 1369-1389.
- Holtzworth, A. & Stuart, G. (1994). Typologies of male batterers: three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin*, 116, 476-497. DOI: 10.1037//0033-2909.116.3.476



- Holtzworth, A., Meehan, J., Herron, K., Rehman, U. & Stuart, G. (2003). Do subtypes of martially violent men continue to differ over time? *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 728-740.
- Huertas, J. A. & Puente, S. (2019). Apego y dependencia emocional en parejas de adultos jóvenes [Tesis de Grado]. Universidad Cooperativa de Colombia. Obtenido de: <http://hdl.handle.net/20.500.12494/13313>
- Instituto de la Mujer (2006). La Violencia contra las Mujeres. Resultados de la Macroencuesta. III Parte. *Mtas.es*. <http://www.mtas.es/mujer/violencia>.
- Instituto Nacional de Medicina Legal (2014). *Protocolo de valoración del riesgo de violencia mortal contra mujeres por parte de su pareja o expareja*. Alcaldía de Medellín.
- Izquierdo, S. & Gómez, A. (2013). Dependencia afectiva: abordaje desde una perspectiva contextual. *Psychologia: avances de la disciplina*, 7, 81-91.
- Jaramillo, A. & Ripoll, K. (2018). Adaptación de un programa de intervención para violencia situacional de parejas. *Revista de Estudios Sociales*, 66, 55-70. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/28173>
- Johnson, M. (2017). A Personal Social History of a Typology of Intimate Partner Violence. *Journal of Family Theory & Review*, 9, 150-164. <https://doi.org/10.1111/jftr.12187>
- Kiecolt, J., Newton, T. (2001). Marriage and health: His and hers. *Psychological Bulletin*, 127(4), 472-503.
- Kirkpatrick, L. A. & Davis, K. E. (1994). Attachment style, gender, and relationship stability: A longitudinal analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66(3), 502-512. DOI: <https://doi.org/10.1037/0022-3514.66.3.502>
- Klein, M. (1969). *Psicoanálisis del desarrollo temprano*. Rio de Janeiro. Ediciones Paidós.

- Kobak, R. & Duemmler, S. (1994). Attachment and conversation: Toward a discourse analysis of adolescent and adult security. En K. Bartholomew & D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships, Attachment processes in adulthood*, 121-149. Jessica Kingsley Publishers.
- Krenkel, S., Moré, C., Cantera, L. M., Silveira, S. & Cunha, C. (2015). Resonances arising from sheltering in the family dynamics of brazilian women in situations of violence. *Universitas Psychologica*, 14(4), 1245-1258. DOI : <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy14-4.rdad>
- Kristeva, J. (2001). *El genio femenino: Melanie Klein*. Paidós Argentina.
- Krug, E. G., Mercy, J. A., Dahlberg, L. L. & Zwi, A. B. (2002). El informe mundial sobre la violencia y la salud. *Biomédica*, 22(2), 327-336.
- Krug, E., Dahlberg, L., Mercy, J., Zwi, A. & Lozano, R. (2003). *World Report on Violence and Health*. World Health Organization.
- Kunce, L. y Shaver, P.(1994). An attachment-theoretical approach to caregiving in romantic relationships. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in Personal relationships*, 205-237. Jessica Kingsley Publishers.
- Lafuente, M. (1992). Los padres como figuras de apego a lo largo del ciclo vital. *Revista de Psicología de la Educación*, 4, 81-98.
- Lamanno, A. & Vera, L. (1999). Violência doméstica: uma contribuição da psicanálise. *Ciências Saúde Coletiva*, 4(1), 159-159.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. B. (2001). *Vocabulário de psicanálise* (4a ed.). São Paulo: Martins Fontes.
- Lecannelier, F. (2017). El legado del apego temprano: traslación desde la descripción a la intervención. [Tesis doctoral]. Universidad autónoma de Madrid. Departamento Interfacultativo de Psicología Evolutiva y de la Educación.
- LeDoux, J. (1994). The amygdale: contributions to fear and stress. *Seminal Neuroscience*, 6, 231-237.

- LeDoux, J. (1996). *The Emotional Brain: the Mysterious Underpinnings of Emotional Life*. Simon and Schuster.
- LeDoux, J. (1997). *Parallel Memories: Putting emotions back into the brain. A talk with Joseph LeDoux*. Biblioteca Nacional de Medicina Estados Unidos. Obtenido de: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3625946/>
- LeDoux, J. (2000). Emotion circuits in the brain. *Annual Review of Neuroscience*, 23, 155- 184.
- Leite, F., Amorim, M., Wehrmeister, F. & Gigante, D. (2017). Violence against women, Espírito Santo, Brazil. *Revista de Saúde Pública*, 51(0). <https://doi.org/10.1590/s1518-8787.2017051006815>
- Lemos, M., Jaller, C., González, A. M., Díaz, Z. & De la Ossa, D. (2012). Perfil cognitivo de la dependencia emocional en estudiantes universitarios en Medellín, Colombia. *Universitas Psychologica*, 11(2), 395-404.
- Llorens, N., Salis, K., O'Leary, D. & Hayward, J. (2016). Focus on the Positive: Reasons for Not Engaging in Physical Aggression Against a Dating Partner. *Journal of Family Violence* 31, 75-83.
- Loinaz, I. (2011). Estudo de tipologias de agressors conjugais em prisões [The Study of the partnerviolent men typologies in prison]. Ousar Integrar. *Revista de Reinserção Social e Prova*, 9, 23-34.
- Loinaz, I. (2011a). Clasificación de agresores de pareja en prisión. Implicaciones terapéuticas y de gestión del riesgo. En VV.AA. *Intervención con agresores de violencia de género*, 153-276. Centro de Estudios Jurídicos y Formación Especializada, Generalitat de Cataluña.
- Loinaz, I. (2011b). Estudo de tipologias de agressors conjugais em prisões. Ousar Integrar - *Revista de Reinserção Social e Prova*, 9, 23-34.
- Loinaz, I. & Echeburúa, E. (2012). Apego adulto en agresores de pareja. *Acción Psicológica*, 9(1), 33-46. DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/ap.9.1.435>
- Loinaz, I., Echeburúa, E. & Ullate, M. (2012). Estilo de apego, empatía y autoestima en agresores de pareja. *Terapia Psicológica*, 30, 61-70.

- López, F. (1993). El apego a lo largo del ciclo vital. En M.J. Ortiz y S. Yarnoz (Eds.), *Teoría del apego y relaciones afectivas*, 11-62. Universidad del País Vasco / Euskal Eriko Unibertsitatea.
- Lorente, M. (2001). *Mi Marido me pega lo normal*. Barcelona: Ares y Mares.
- Lozano, L., Albarracín, P. & Vázquez, M. (2016). Apego parental y su relación con el apego romántico y la dependencia afectiva en 119 universitarios de la ciudad de Ibagué – Colombia. *Revista de Psicología GEPU*, 7(1), 001-268.
- Maciel, R. & Rosemburg, C. (2006). A relação mãe-bebê e a estruturação da personalidade. *Saúde e Sociedade*, 15(2), 96-112.
- Main, M., Kaplan, N., & Cassidy, J. (1985). *Security in infancy, childhood, and adulthood: A move to the level of representation*. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50, 66-104. doi: 10.2307/3333827
- Marrone, M. (2001). *La Teoría del Apego*. Un enfoque actual. Editorial Psimática.
- Marshall, L. (1999). Effects of men's subtle and overt psychological abuse on low-income women. *Violence and Victims*, 14, 69-88.
- Martínez, M. & Pérez, J. (2018). Discapacidad intelectual y violencia de género un análisis transnacional. *Revista Electrónica de Investigación y Docencia*, 3, 63-80. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6383025>
- Mayseless, O. (1996). Attachment patterns and their outcomes. *Human Development*, 39(4), 206-223.
- McCue, M. (2008). *Violencia doméstica: un manual de referencia*. Editorial ABC Clio.
- Médicos Sin Fronteras (MSF) (2017). Informe de misiones MSF-E 2017. *Obtenido de*: [https://www.msf.es/sites/default/files/attachments/informe\\_de\\_misiones\\_ocba\\_2017\\_esp\\_final.pdf](https://www.msf.es/sites/default/files/attachments/informe_de_misiones_ocba_2017_esp_final.pdf)
- Medina, A., Arévalo, A. & Durán, A. (2015). Necesidades, expectativas y sueños sobre la relación de pareja en hombres remitidos para atención

- psicológica por denuncias de violencia intrafamiliar. *Universitas Psychologica*, 14(1), 15–28. DOI: 10.11144/Javeriana.upsy14-1.nesr
- Medina, C. J., Rivera, L.Y. & Aguasvivas, J.A. (2016). El apego adulto y la calidad percibida de las relaciones de pareja: Evidencias a partir de una población adulta joven. *Salud y Sociedad*, 7 (3), 306–318. DOI: <https://doi.org/10.22199/S07187475.2016.0003.00005>
- Melero, R. (2008). *La relación de pareja. Apego, dinámicas de interacción y las actitudes amorosas: Consecuencias sobre la calidad de la relación*. [Tesis Doctoral]. Obtenido de: <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/10234/melero.pdf?sequence=1>
- Melero, R. & Cantero, M. (2008). Los estilos afectivos en la población española: un cuestionario de evaluación del apego adulto. *Clínica y Salud*, 19(1), 83-100.
- Meltzer, D. (1998). *Metapsicología ampliada*. Barcelona: Spatia Ed.
- Mellin, J., Staender, S., Whitaker, D., & Smith, A. (2010). Declaración de Helsinki sobre la seguridad del paciente en anestesiología, *European Journal of Anaesthesiology*, 27(7), 592-597. DOI: 10.1097 / EJA.0b013e32833b1adf
- Mikulincer, M & Shaver, P. (2011). Inseguridades de apego y procesamiento de información relacionada con amenazas: Estudiar los esquemas involucrados en estrategias de afrontamiento de personas inseguras. *APA PsycNet*. Recuperado de: <https://psycnet.apa.org/record/2011-04116-001>
- Mikulincer, M. (1998): Adult attachment style and affect regulation: Strategic variations in selfappraisals. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75, 420-435.
- Mikulincer, M. & Shaver, P. (2007). *Attachment in adulthood: Structure, dynamics y change*. Guilford Press.
- Mikulincer, M. & Shaver, P. R. (2008). Adult attachment and affect regulation. En J. Cassidy and P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment: Theory, research and clinical implications* (2ª ed.; pp. 503-531). New York, NY: Guilford Press
- Mínguez, L. & Álvarez, L. (2013). *Estilo de apego y estilo de amar*. Universidad de Cantabria.

- Molina, E. (2019). Factores de riesgo y consecuencias de la violencia de género en Colombia. *Tempus Psicológico*, 2(1), 14-35.
- Molina, J. & Moreno, J. (2015). Percepción de la experiencia de violencia doméstica en mujeres víctimas de maltrato de pareja. *Universitas Psychologica*, 14(3), 997-1008.
- Montañés, P., Megías, J. L., De Lemus, S., & Moya, M. (2015). Influence of early romantic relationships on adolescents' sexism. *Revista de Psicología Social*, 30(2), 219-240. DOI: 10.1080/21711976.2015.1016756
- Montero Gómez, A. (2001). Síndrome de adaptación paradójica a la violencia doméstica: una propuesta teórica. *Clínica y Salud*, 12(1), 5-31. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180618320001>
- Moore, B. & Fine, B. (1990). *Psychoanalytic terms and concepts*. The American Psychoanalytic Association.
- Moore, S., Norman, R., Suetani, S., Thomas, H., Sly, P. & Scott, J. (2017). Consequences of bullying victimization in childhood and adolescence: a systematic review and meta-analysis. *World Journal of Psychiatry*, 7(1), 60-76. DOI: <https://doi.org/10.5498/wjp.v7.i1.60>
- Moral, M. V. & Sirvent, C. (2009). Dependencia afectiva y género: perfil sintomático diferencial en dependientes afectivos españoles. *Interamerican Journal of Psychology*, 43, 230-240.
- Mosquera, D. & González, A. (2011). Del apego temprano al TLP. *Mente y Cerebro*, 46, 46-26.
- Moya, A. (2018). Violence, Psychological Trauma, and Risk Attitudes: Evidence from Victims of Violence in Colombia. *Journal of Development Economics*. 131, 15-27. <https://doi.org/10.1016/j.jdeveco.2017.11.001>
- Mujeres América Latina y El Caribe. (2016). *Comunicado de prensa de ONU Mujeres sobre reciente feminicidio en Argentina*. Recuperado de: <http://lac.unwomen.org/es/noticias-y-eventos/articulos/2016/10/onu-mujeres-feminicidio-argentina>.
- Munévar, D. (2012). Delito de feminicidio. Muerte violenta de mujeres por razones de género. *Estudios Sociales Jurídicos*, 14(1), 135-175.



- Muñoz, L. (2017). La autorregulación y su relación con el apego en la niñez. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(2), 807-821. DOI:10.11600/1692715x.1520201082016
- Murphy, C. & Hoover, S. (1999). Measuring emotional abuse in dating relationships as a multifactorial construct. *Violence and Victims*, 14, 39-53.
- Nigg, J., Silk, K., Westen, D., Lohr, N., Gold, L., Goodrich, S. & Ogata, S. (1991). Object representations in the early memories of sexually abused borderline patients. *The American Journal of Psychiatry*, 148, 864-869.
- Nóblega, M., Núñez, J. D., Alcántara, N., Barreda, V. A., Cabrerizo, P., Castañeda, E.A., Jesús, M.M, Nóblega, A., Oré, B., Palomino, A., Ramírez, R.J. & Vásquez, L.C. (2018). Propiedades psicométricas de una versión en español del Experiences in Close Relationships-Revised (ECR-R). *Revista de psicología (Santiago)*, 27(2), 1-13.
- ONU (2015). *Infografía: Violencia contra las mujeres*. Recuperado de: <http://www.unwomen.org/es/digitallibrary/multimedia/2015/11/infographic-violence-against-women>
- Organización Mundial de la Salud (2014). Informe sobre la prevención mundial de la violencia 2014. *Organización Mundial de la Salud*. Recuperado de: [https://www.who.int/violence\\_injury\\_prevention/violence/status\\_report/2014/es/](https://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/status_report/2014/es/)
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2017). *World Health Statistics*. <http://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/255336/9789241565486eng.pdf?sequence=1>
- Ortega, D. (2017). *Violencia intrafamiliar e interés superior en justicia juvenil. Su consideración desde el ámbito social, educativo y jurídico*. [Tesis doctoral]. [https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/402108/DOO\\_TESIS.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/402108/DOO_TESIS.pdf?sequence=1&isAllowed=y)
- Ortega, R., Ortega, F. & Sánchez, V. (2008). Violencia sexual entre compañeros y violencia en parejas adolescentes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy* 8(1), 63-72.
- Ortiz, E. (2019). Mujeres asesinadas: una cuestión de salud pública. GK. Recuperado de: <https://gk.city/2019/04/22/numeros-femicidios-ecuador/>

- Pasinato, W. (2014). Violência contra a mulher: segurança e justiça. En J.L. Ratton, R.S. Lima y R.G. de A. Azevedo (Eds.), *Crime, polícia e justiça no Brasil*, 277-284. Contexto.
- Pérez, V. T., De La Vega, T., Montero, A. O. A. & Royano, P. A. (2019). Caracterización de la violencia doméstica en parejas disfuncionales cubanas. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 35(1). Recuperado de: <http://www.revmgi.sld.cu/index.php/mgi/article/view/802/236>
- Pietromonaco, P. & Collins, N. (2017). Interpersonal mechanisms linking close relationships to health. *American Psychologist*, 72(6), 531-542.
- Pilco, A., Barreno, L. A., Choez, A. V. & Lorenzo, E. (2016). Personalidad dependiente y creencias irracionales en mujeres indígenas. *Revista Eugenio Espejo* 10(2), 23-32.
- Pinker, S. (2012). *La violencia no funciona (la mayoría de las veces)*. Bogotá: El atlántico
- Pinzón, B. & Pérez, M. (2014). Estilos de apego y relación con la figura materna en mujeres que viven violencia conyugal. *Psicología Iberoamericana*, 22, 16-24.
- Polit, C. V. & Proaño, R. A. (2019). Estilo de apego en mujeres víctimas de violencia. [Tesis de Maestría]. Universidad Internacional SEK.
- Puente, A., Ubillos, S., Echeburúa, E. & Páez, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes. *Anales de Psicología*, 32(1), 295-306. DOI: <https://dx.doi.org/10.6018/analesps.32.1.189161>
- Ramos, L., Jiménez, L. & Thola, Y. (2018). Impacto jurídico de las violencias contra mujeres víctimas de violencia de pareja o expareja. *Colomb Forense*, 5(1), 1593-1670.
- Ramos, P., Cañete, F., Dullak, R., Palau, R., Florenciano, G., Florentín, P., Fragnaud, V., Franco, A., Franco, B. & Ulke, G (2017). Características de los casos de violencia contra la mujer de Asunción y Gran Asunción, Paraguay (2008-2012). *Rev. salud pública Parag* 7(2), 125-163.
- Ramos, Z. (2018). *Psicometría básica*. Colombia – Bogotá. Ed. Fundación Universitaria del Área Andina.



- Rhatigan, D., Street A. & Axsom, D. (2006). A critical review of theories to explain violent relationship termination: implications for research and intervention. *Clin Psychol*, 26(3), 321-45.
- Rodembush, C. (2015). *La tutela de los miembros del núcleo de la familiar en condiciones de vulnerabilidad*. [Tesis Doctoral]. Universidad de Burgos. <https://riubu.ubu.es/bitstream/handle/10259/4657/Rocha.pdf;jsessionid=401B4333ABA405480E3EA753A265448A?sequence=1>
- Román, M. (2011). Metodologías para la evaluación del apego infantil: de la observación de conductas a la exploración de las representaciones mentales. *Acción Psicológica*, 8, 27-38. Recuperado de: <https://search.proquest.com/docview/1240991609/fulltextPDF/6C3477D07255489FPQ/18?accountid=36757>
- Román, M., García, A. & Álvarez, S. (2011). Tratamiento informativo de la mujer inmigrante en la prensa española. *Cuadernos de Información*, 29, 173-186.
- Rosero, M. (25 de noviembre de 2018). Mapa de femicidios en Ecuador es horrible, pero necesario. *El Comercio*. Recuperado de: <https://www.elcomercio.com/actualidad/mapa-femicidios-ecuador-horrible-necesario.html>
- Rottenbacher de Rojas, J. M. (2015). Sexismo ambivalente, paternalismo masculino e ideología política en una muestra de adultos jóvenes de la ciudad de Lima. *Pensamiento Psicológico* 7(14), 125-156.
- Ruiz, I., Plazaola, J., Blanco, P., González, J., Ayuso, P. & Montero, M. (2006). La violencia contra la mujer en la pareja. Un estudio en el ámbito de la atención primaria. *Gaceta. Sanitaria*. 20(3), 202-208.
- Ruiz, R. & Ayala, M. R. (2016). Violencia de género en instituciones de educación. *Ra Ximhai*, 12(1), 21-32.
- Russell, D. & Radford, J. (2006). Femicidio. *La política del asesinato de las mujeres*. Ceich/Unam.
- Sánchez, C. & Hernández, R. (2018). La satisfacción marital y el manejo del poder en la pareja: Prevención para la salud. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 27(1). <https://doi.org/10.24205/03276716.2018.1048>

- Sánchez, H. M. (2016). Los estilos de apego en mujeres con y sin violencia conyugal. *Revista de Investigación en Psicología*, 19(1), 35-49.
- Sánchez, M., Zagalaz, M. & Cachón, J. (2018) Análisis de las conductas violentas en la escuela en función del género. *Education, sport, health and physical activity* 2(1), 16-29.
- Sánchez, S. (2009). *Estudio longitudinal del impacto de la violencia de pareja sobre la salud física y el sistema inmune de las mujeres*. (Tesis Doctoral). <https://www.tdx.cat/handle/10803/10204>
- Sandoval, L. & Otálora, M. (2017). Análisis económico de la violencia doméstica en Colombia, 2012-2015. *Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas*, 17(33), 149-162. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=100254730009>> ISSN 1657-8953
- Sanmartín, P. (2018). Una aproximación a la etiología de la desigualdad de género. *Ehquidad, Revista Internacional De Políticas De Bienestar Y Trabajo Social*, 9, 145-178. DOI: <https://doi.org/10.15257/ehquidad.2018.0006>
- Savall, M., Blasco, C. & Martínez, M. (2017). Deterioro de la salud mental asociada a la violencia de pareja: *diferente impacto en la psicopatología de las mujeres*. *Información Psicológica*, 114, 15-26.
- Schore, A. N. (1994). *Affect regulation and the origin of the self: The neurobiology of emotional development*. Lawrence Erlbaum Associates.
- Serrano, D. (2011). *Educación emocional para la prevención e intervención de problemas de conducta en adolescentes en el contexto escolar*. [Tesis de Grado]. Universidad de Cuenca. Recuperado de: <http://dspace.ucuenca.edu.ec/handle/123456789/2248>
- Siegel, D. (2007). *La mente en desarrollo*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Sierra, R., Macana, N. & Cortés, C. (2013). *Violencia intrafamiliar – Impacto social de la violencia intrafamiliar*. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses–DRIP. Recuperado de: <http://www.medicinalegal.gov.co/documents/10180/33850/9+Violenciaintrafamiliar.pdf/10708fa9-efb1-4904-a9e6-36377ca8a912>
- Simpson, J. (1990): The influence of attachment styles on romantic relationships. *Journal of Social and Personal Relationships*, 59, 971-980.

- Skvortsova, S. & Shumskiy, V. (2014). Existential-phenomenological análisis of dependence in close interpersonal relationships. *Existenzanalyse*, 31, 4-13.
- Smith, K.; Ortiz, M. J. & Apodaca P. (2014). Experiencias e interacciones de la familia de origen y su influencia en las relaciones afectivas de los adultos jóvenes. *Apuntes de Psicología Colegio Oficial de Psicología de Andalucía Occidental* 32(2), 127-136.
- Solomon, J. & George, C. (1999). The development of attachment in separated and divorced families. Effects of overnight visitation, parent and couple variables. *Journal Attachment and Human Development*, 1(1). DOI: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14616739900134011>
- Solyszko, I. (2103). Femicidio y feminicidio: avances para nombrar la expresión letal de la violencia de género contra las mujeres. *Géneros*, 13(2), 23-42.
- Sorribes. F. (2001). *Una aproximación racional - emotiva a los problemas sexuales*. Instituto RET.
- Spangler, G. & Grossmann, K. (1993). Biobehavioral Organization in Securely and Insecurely Attached Infants. *Child Development*, 64(5), 1439-1450.
- Sroufe, A., & Waters, E. (1977). Attachment as an Organizational Construct. *Child Development*, 48, 1184-1199. <https://doi.org/10.2307/1128475>
- Sternberg, R. (1989). *El triángulo del amor*. Barcelona: Paidós.
- Suhurt, C., Ruoti, M., Fresco, M. P., Suhurt, C. M. & Capurro, M. (2018). Participación de mujeres en organizaciones sociales y redes familiares en contexto de violencia doméstica. *Mem. Inst. Investig. Cienc. Salud*, 16(1), 6-13. 10.18004/Mem.iics/1812-9528/2018.016(01)06-013
- Torres, A. (2014). *Violencia de pareja: detección, personalidad y bloqueo de la huida*. [Tesis Doctoral]. Universidad de Barcelona. [https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/313041/ATG\\_TESIS.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/313041/ATG_TESIS.pdf?sequence=1&isAllowed=y)
- United Nations. (1993). *Declaration on the elimination of violence against women*. United Nations.

- Valdivieso, M.; Luna, V. & Osorio, E. (2019). *Manifestaciones socioculturales de la violencia intrafamiliar contra la mujer en el Cantón Santa Rosa*. UTMACH.
- Valero, S. (2013). Transformación e interpretación de las puntuaciones. *Psicometría*, 5, 201-224.
- Valle, C. (2018). Atlas de género. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC), Ecuador.
- Vargas, S. (2016). La construcción social de la violencia. *Inventio*, 12(27), 27-33.
- Vega, R. (2015). *Apego, relaciones de pareja y salud psicológica de militares desplegados en Líbano*. [Tesis Doctoral]. Universidad de Sevilla. <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/26945/TESIS%20RAQUEL%20VEGA%20CORDERO%202015.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Venturi, G. & Godinho, T. (2013). *Mulheres brasileiras e gênero nos espaços público e privado: Uma década de mudanças na opinião pública*. Fundação Perseu Abramo: Sesc SP.
- Villamarín, G. (2017). *Consideraciones culturales sobre la práctica de la psicología: el caso de la teoría de apego*. [Tesis de Maestría]. Universidad Andina Simón Bolívar. Recuperado de: [http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/5637/1/T2295-MEC-Villamar% c3% adn-Consideraciones.pdf](http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/5637/1/T2295-MEC-Villamar%c3%adn-Consideraciones.pdf)
- Walker, L. (2009). *The Battered Woman Syndrome, Third Edition*. Springer Publishing Company.
- West, M. & George, C. (1999). Abuse and violence in intimate adult relationships: New perspectives from attachment theory. *Attachment and Human Development*, 1, 137-156. doi: 10.1080/1461673 9900134201
- Winnicott, D. (1999). *Tudo começa em casa*. Martins Fontes (Trabalho original publicado em 1967).
- Zosky, D. (1999). The application of object relations. Theory to domestic violence. *Clinical Social Work Journal*, 27(1), 55-69.



Gestión del Conocimiento y Propiedad Intelectual

**APEGO, MUJER Y VIOLENCIA;** se publicó en el mes de junio de 2021 en la Universidad Nacional de Chimborazo.

# APEGO, MUJER Y VIOLENCIA

Es una obra que pretende dar una visión amplia de la mujer como víctima de violencia de parte de su pareja, además de tratar de identificar las motivaciones que mantiene la relación de pareja a pesar de concientizar las agresiones entre la pareja. Se realizó una amplia revisión bibliográfica de antecedentes del apego y las teorías sobre la violencia, se vinculó las dos variables a fin de realizar aportes en la rama de salud mental que permita generar estrategias de cambio a esta problemática planteada y mejorar la calidad de vida de las mujeres que experimenta agresiones de parte de su pareja. Se realizó un aporte empírico con la relación del apego y la violencia doméstica, mediante un estudio de enfoque cuantitativo y de tipo descriptivo correlacional de cohorte transversal. La muestra estuvo constituida por dos grupos: el primero  $N= 600$  (no maltratadas), con edades comprendidas entre 18 a 59 con una  $\bar{X}=29,36$  y una  $S=10,744$  y el segundo por 118 mujeres víctimas de violencia de pareja 20 a 59 años con una  $\bar{X}=35,27$  y una  $S= 10,011$ . Los instrumentos utilizados fueron el cuestionario Relationships-revised (ECR-R) Questionnaire validado por Fraley y Shaver (2000), con un  $\alpha=0,87$ , que evaluó el tipo de apego, además, se construyó una escala que evalúa niveles de violencia doméstica, con un  $\alpha= 0,968$ . Se concluyó que, en base a los resultados de esta investigación, predominaron el apego ansioso y una asociación significativa entre este tipo de apego con las creencias irracionales de las mujeres víctimas de violencia.

ISBN: 978-9942-835-44-4



ISBN: 978-9942-835-45-1



**Unach**  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CHIMBORAZO

VICERRECTORADO DE INVESTIGACIÓN,  
VINCULACIÓN Y POSGRADO  
DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN  
GESTIÓN DEL CONOCIMIENTO  
Y PROPIEDAD INTELECTUAL